

«Lo sabíamos. El mundo había oído hablar de ello. Pero hasta ahora ninguno de nosotros lo había visto. Fue como si al fin penetráramos en el lado oscuro del corazón, en el más despreciable interior del corazón maléfico.»

MEYER LEVIN

Annette WIEVIORKA

1945

Cómo el mundo descubrió el horror



taurus



ANNETTE WIEVIORKA

1945

CÓMO EL MUNDO DESCUBRIÓ
EL HORROR

Traducción de Núria Petit

taurus historia


SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

EL CORAZÓN MALÉFICO

«Lo sabíamos. El mundo había oído hablar de ello. Pero hasta ahora ninguno de nosotros lo había visto. Fue como si al fin penetráramos en el lado oscuro del corazón, en el más despreciable interior del corazón maléfico [*the vicious heart*]»^[1], escribe Meyer Levin.

«He olvidado la mayor parte de las grandes historias que habían provocado en mí una intensa emoción cuando era corresponsal de guerra. Pero durante los dos años posteriores a la guerra uno de esos episodios no ha dejado de crecer, y he terminado por pensar que contenía todo lo que yo había aprendido de la guerra»^[2]. El episodio que alimenta hasta la obsesión y hasta la locura la vida y la obra del escritor y periodista estadounidense Meyer Levin es el descubrimiento de los campos de concentración nazis.

A menudo, escribe, no tiene sentido ser «el primero», precipitarse antes que los demás para recoger y transmitir una información. Pero, en este caso concreto, haber sido el primero en Ohrdruf, el primer campo descubierto en Alemania por los estadounidenses, es muy significativo. El destino lo condujo hasta allí, le hizo vivir esa experiencia imborrable: la confrontación brutal con lo que se sabía confusamente, la existencia de los campos de concentración; la destrucción de las comunidades judías. Para Meyer Levin, esa experiencia se integra en su «búsqueda personal» de identidad. También la supera. Lo que ocurrió es «fuente de miedo y de culpabilidad para cada ser humano que ha conservado la vida». Porque —constata lo mismo que Robert Antelme, superviviente de Buchenwald, Gandersheim y Dachau, empleando las mismas palabras— «los hombres tenían dentro lo que les permitió hacer aquello y nosotros somos de la misma especie»^[3], la especie humana.

El corazón maléfico, *the vicious heart*: la expresión sirvió como título a la primera obra dedicada por un historiador estadounidense al descubrimiento de los campos por sus compatriotas. Pero nadie, salvo Mikael Levin, el hijo de Meyer, ha comprendido que este, al emplear esta expresión, se refería a un cuento hasídico que su padre había transcrito en 1932^[4]. Un auténtico corazón humano, idéntico al que late en cada uno de nosotros, es el tema de este «cuento extraño, lleno de sentido oculto, que nos dice cómo el joven Israel sostuvo entre sus manos el corazón que era el núcleo de las Tinieblas [*kernel of Darkness*]».

Esto es lo que le viene a la mente a Meyer Levin cuando entra en el campo de Ohrdruf. Su conmoción será, al cabo de unas semanas, la conmoción del mundo occidental. Hay un antes y un después del descubrimiento de los campos nazis, que es para Meyer y para muchos otros después de él, el descubrimiento del Mal encarnado. Mal extremo, escribirá Hannah Arendt, antes de considerarlo «banal». «Mal» que no ha cesado de ser representado y reconfigurado en el transcurso de las décadas que nos separan del choque inaugural.

Meyer Levin, corresponsal de dos agencias de prensa judías que acompañan al ejército estadounidense, sigue su avance dentro del continente europeo. Muy pronto comparte un jeep con un fotógrafo francés, Éric Schwab. El primero busca lo que queda de los judíos de Europa. El segundo,

enviado de la AFP, busca también a su madre deportada, judía y alemana, de la cual no ha tenido noticias desde 1943. Cuando el ejército estadounidense, al ir avanzando, descubre los campos que se encuentran en el territorio alemán, ellos son de los primeros que entran.

Meyer Levin escribe, enviando centenares de comunicados a Estados Unidos; a través de los destinos de los supervivientes, cuenta la destrucción de los judíos de Europa. Pionero entre los pioneros, llama a tomar conciencia de la amplitud de la destrucción, que no será reconocida hasta después de su muerte a principios de la década de 1980.

Éric Schwab fotografía a los supervivientes del universo concentracionario, en particular a sus compatriotas resistentes. Fija también en la película los rostros de los supervivientes descarnados, las imágenes de las fosas. Algunas de sus fotos se han convertido en iconos universales de los que nadie recuerda el autor.

De París hasta Terezin, pasando por Buchenwald, Leipzig, Dachau, guiados por las palabras de Meyer Levin y por la mirada de Éric Schwab, vamos a seguir paso a paso el descubrimiento de los campos entre el 5 de abril y finales del mes de mayo de 1945. Este descubrimiento se produce cuando unos rumores y unas visiones confusas lo presentían sin conocer su alcance y cuando el III Reich se desmorona en medio del furor y la excitación de los últimos combates, cuando millones de hombres, mujeres y niños son arrojados a las carreteras en un éxodo desordenado.



Meyer Levin y su máquina de escribir, fotografiado por Éric Schwab durante su misión.



Autorretrato de Éric Schwab con uniforme de corresponsal de guerra.

BUSCANDO

Antes de cubrir la «verdadera guerra» y de ser destinado a un campamento de prensa en el frente, Meyer Levin pasa por París. Llega a la capital tras su liberación, el 25 de agosto de 1944, como corresponsal de dos agencias: la Jewish Telegraphic Agency y Overseas News Agency. Ya es un escritor reconocido, pero no accederá a la celebridad internacional hasta 1956 con su novela *Impulso criminal*, que narra un suceso, el asesinato «perfecto» en 1924 de un chico de 14 años, Bobby Franks, por dos jóvenes de la burguesía judía acomodada de Chicago, Nathan Leopold y Richard Loeb. Sus lectores son pocos pero fieles y se ha granjeado la estima de grandes escritores mayores que él como Ernest Hemingway. París marca el principio de la misión que se ha asignado: «Yo era idóneo para contar la historia que acababa de suceder en Europa. Era la historia del destino de los judíos. El continente por fin se había abierto; podríamos descubrir los hechos que se ocultaban detrás de los rumores siniestros de masacre en masa y de reducción a la esclavitud que nos llegaban de Europa»[5]. Meyer Levin está buscando lo que queda de las comunidades judías. Pretende relatar su persecución y su supervivencia. El escritor conservará toda su vida la sensación de haber sido elegido para testimoniar ante sus contemporáneos la historia de un acontecimiento que él «cubrió» a partir de septiembre de 1944 y que entonces aún no tenía nombre: la persecución y la destrucción de los judíos de Europa. Para él, esa historia no se detiene con la capitulación alemana del 8 de mayo de 1945. Se prolonga en el destino de los supervivientes judíos, que no tienen o han dejado de tener una patria, especialmente los niños. Meyer Levin también asume la carga de dar a conocer, contra viento y marea, la verdad sobre la identidad judía de las víctimas, en una época en que la especificidad del destino de los judíos en la Segunda Guerra Mundial no ha entrado en la conciencia colectiva y en que, tanto en Francia como en Estados Unidos, se diluye en el vasto conjunto de las víctimas de la criminalidad nazi. Después de la guerra, nadie dedicó tanto tiempo y energía, recorrió tantos kilómetros, escribió tantos folios, rodó tantas imágenes sobre estas cuestiones como él. Este destino no le cae encima por casualidad. Se inscribe en la coherencia de una personalidad atormentada y de un itinerario singular.

En 1950, Meyer Levin publica en París[6], en una editorial creada por él mismo, puesto que no encontró entonces editor, su autobiografía *In Search* [Buscando]. La obra será reeditada al año siguiente por un pequeño editor neoyorquino. El libro «tiene como tema qué es ser judío», nos dice de entrada el autor[7]. De hecho es una autojudeografía, según el término acuñado por Robert Ouaknine para designar la oleada de escritos publicados en Francia en la década de 1970 donde toda la existencia se analiza a través de un único prisma, que es el judaísmo del narrador. Cuando Meyer Levin se entrega a ese ejercicio, ningún autor estadounidense ha conocido un auténtico éxito de ventas tomando como tema a personajes judíos o describiendo los ambientes de la inmigración. La

gran época de la novela judía americana, la de los Saul Bellow, Philip Roth o Bernard Malamud aún está por llegar. A Meyer Levin podría aplicársele la frase: «Se adelantó a su tiempo». Pero la expresión, pensándolo bien, no tiene ningún sentido. Nacido en 1905, en Chicago, de padres inmigrados de la región de Vilna a finales del siglo XIX, autor entonces de seis novelas y de una obra de cuentos hasídicos, Meyer Levin está profundamente anclado en su tiempo, escrutando desde todos los puntos de vista la vida de Chicago, especialmente la de los judíos de su generación, que pugnan por salir del mundo *yiddish* de sus padres para convertirse en verdaderos estadounidenses. «El miedo y la vergüenza de ser judío dominan los recuerdos de mi infancia»[8], escribe, miedo y vergüenza probablemente compartidos por muchos otros jóvenes judíos de la época. Entre las dos guerras, el antisemitismo es poderoso en Estados Unidos, como también lo es bajo distintas formas en Europa. La vida y la obra de Meyer Levin pueden leerse como un deseo de comprender lo que es ser judío, un deseo de asumir valientemente este hecho de nacimiento en todas sus dimensiones, de luchar sin tregua contra esta vergüenza y este miedo para superarlos y transfigurarlos a través de la escritura.

Brillante y precoz, ingresa en la Universidad de Chicago y publica, muy joven, sus primeros textos. Tras licenciarse (1924), trabaja para el *Chicago Daily News* y para una revista cultural judía, *The Menorah Journal*. También se siente atraído por conocer mundo. Primero París, destino obligado de los escritores o aprendices de escritor americanos. Allí satisface su bulimia de cultura: música, pintura, literatura. Hace sus pinitos en la pintura y la escultura. *The Menorah Journal* le ha confiado una carta para un artista judío que acaba de inmigrar de Polonia, Marek Szwarc. La casualidad quiere que Meyer se haya instalado en la misma pensión donde reside la familia Szwarc. Pasa mucho tiempo con Marek, su mujer y su hija, Tereska. Este encuentro es capital. Marek Szwarc le hace sentir «la profundidad de la tradición judía», darse cuenta de que es conveniente para un artista judío no avergonzarse de buscar su inspiración en los materiales de la vida judía[9].

Después de París, Meyer Levin recorre Europa y, gracias al *Menorah Journal*, viaja a Palestina para la inauguración de la Universidad Hebrea de Jerusalén (1925). Es su primer viaje, seguido de un segundo (1927) durante el cual pasa varios meses en un kibutz, no lejos de Haifa, y luego un tercero en 1937-1938. No es un destino habitual para un judío estadounidense. No es que Meyer Levin sea entonces sionista, es un «sionista cultural». No pertenece ni pertenecerá nunca a ningún movimiento, aunque se siente próximo a los sionistas laboristas de Ben Gurion. No cree —y no creará nunca— que los judíos de todo el mundo volverán un día al hogar judío. Pero admira el espíritu de los pioneros, que compara con el de los pioneros estadounidenses. Ve Palestina como un centro cultural en el que es posible vivir plenamente la propia condición judía, y un lugar de vida para los judíos perseguidos. Dos veces también, en 1937 y en 1938, parte para cubrir la guerra de España y, durante una época, coincide con Hemingway.

El comienzo de la guerra se corresponde para Levin con un periodo de crisis. Se ha separado de su mujer, con la que ha tenido un hijo. Su última novela, *Citizens*, una novela realista que describe a los obreros de la industria metalúrgica, su huelga y la violencia de la represión policial, es un fracaso comercial. Se gana la vida escribiendo toda clase de textos, principalmente periodísticos. Tiene cerca de cuarenta años y siente la necesidad de actuar. Tal vez también es un alivio escapar del conflicto permanente entre su identidad judía y su identidad estadounidense, suspender una elección

que se ha revelado como imposible entre ser un escritor estadounidense o un escritor *judío* estadounidense. En 1942[10], Meyer Levin ingresa en el Office of War Informations como realizador, guionista y productor de películas documentales. Recorre el país, filmando fábricas y ciudades y exaltando la fuerza del compromiso de los civiles en la guerra. A finales del mes de agosto de 1943, el Office of War Informations de Nueva York abandona su actividad estadounidense para dedicarse a las operaciones exteriores. Se traslada a Londres y Meyer Levin es destinado allí para escribir «panfletos» de la Psychological Warfare Division. Se reencuentra con sus amigos de París, los Szwarc, instalados en la capital británica; el padre, Marek, se ha alistado en el Ejército polaco; su hija, Tereska, en el Cuerpo Femenino de las Fuerzas Francesas Libres. Meyer Levin se enamora a primera vista de esta joven a la que conoció de niña. El flechazo no es recíproco. Muy pronto el corazón de Tereska será ocupado por otro. La Jewish Telegraphic Agency y la Overseas News Agency nombran a Meyer Levin su corresponsal después del desembarco de Normandía. La primera, fundada en 1917, con sede en Nueva York desde 1922, tiene como misión suministrar noticias a una prensa judía entonces particularmente numerosa y activa. Hay en el mundo unas 400 publicaciones abonadas a ella durante los años que preceden a la Segunda Guerra Mundial. La segunda, efímera emanación de la primera, no se declara exclusivamente judía ya que su dirección cuenta con representantes del protestantismo y del catolicismo y ha sido creada en 1940 con un solo objetivo: cubrir los acontecimientos de la guerra.

En París, en septiembre de 1944, Meyer Levin, como todos los corresponsales de guerra estadounidenses o dependientes del Ejército estadounidense, vive en el hotel Scribe, que ha sido requisado y funciona como centro de prensa, a dos pasos de la Ópera. Tal vez coincida con Hemingway, que a veces abandona el Ritz para instalarse allí. También pudo cruzarse con George Orwell o Robert Capa. En la entrada del hotel ondean banderas y aparcan «filas de coches verde oliva del Estado Mayor y los jeeps con grandes estrellas blancas». Simone de Beauvoir almuerza allí una vez, invitada por Pierre Bost, que trabaja para *Combat*: «Era un territorio americano en el centro de París: pan blanco, huevos frescos, dulces, azúcar, *spam*»[11], por *spicy ham*, aquel jamón especiado en lata que forma parte de las raciones estadounidenses.

Meyer Levin inicia la tarea que se ha propuesto: seguir día a día la crónica de la supervivencia judía, la búsqueda de los «restos de Israel»[12]. Antes de la guerra vivían en Francia entre 300.000 y 330.000 judíos, la mitad de ellos en la región parisina. Unos 76.000 hombres, mujeres y niños fueron deportados hacia un destino desconocido. Entre 10.000 y 15.000 hombres que combatieron en 1940 aún son, en esos momentos, prisioneros en los *Stalags* y los *Oflags* de Alemania. Muchos de los que vivían en la región parisina la han abandonado, se han trasladado a la zona libre a medida que la persecución se recrudecía. Las salidas más masivas tuvieron lugar después de la redada del 16 y 17 de junio de 1942, la célebre redada del Vél' d'Hiv', en la que por primera vez fueron detenidas mujeres y niños. En septiembre de 1944, ya no quedan en París más que unos 25.000 judíos, un poco más del 15 por ciento de los 150.000 judíos censados por decisión alemana en el departamento del Sena en octubre de 1940. Si algunos se han quedado escondidos o han vivido bajo una falsa identidad, otros han sobrevivido en la legalidad de la persecución, censados y marcados con la estrella amarilla. No han compartido la alegría de la liberación. Sí, son libres. Se han quitado inmediatamente la estrella. Ya no corren el peligro de que los convoquen para internarlos ni de ser

objeto de redadas, como lo fueron a partir de mayo de 1941. Pero están sumidos en una miseria terrible tras esos años en que han sido marginados de la sociedad, excluidos de la vida económica, obligados muchos de ellos a vivir de los escasos subsidios de las organizaciones comunitarias. Sobre todo no tienen noticias de sus familiares, deportados hacia el Este, a un lugar del cual ignoran el nombre pero que generalmente sitúan en Polonia. El último gran convoy salió de Drancy el 31 de julio de 1944 con 1.300 deportados. El 17 de agosto de 1944, Aloïs Brunner, organizador nazi de las deportaciones desde el verano de 1943, todavía cargó en uno de los vagones del tren en el que huía a 51 judíos —entre ellos a Marcel Bloch, que luego cambiará su apellido a Dassault—, la víspera de la liberación de un campo por el cual transitó la inmensa mayoría de los deportados y donde entonces quedaban 1.386 prisioneros.

El primer reportaje de Meyer Levin en París lleva por tanto la fecha del 18 de septiembre[13], la noche del año nuevo judío, Rosh Hashaná. Ofrece un cuadro único de la situación de la comunidad judía parisina, poco más de tres semanas después de la liberación. Cuando suena el *shofar*, que abre el ritual del año nuevo judío, «el año de la liberación», escribe Meyer Levin, las sinagogas parisinas están llenas. Eso no demuestra en absoluto que se haya recuperado una práctica religiosa generalizada entre los judíos de Francia, sino el lugar central que ocupa la sinagoga y un sentido de pertenencia, incluso en los que están alejados de toda práctica religiosa como es el caso de Meyer Levin. Cuando llega a una ciudad y busca a los judíos, su primer reflejo es ir a la sinagoga, que sigue siendo el lugar donde se reúnen cuando la angustia o la alegría se apoderan de ellos.

A diferencia de las sinagogas de Alemania y de las de prácticamente toda Alsacia, las sinagogas parisinas están en pie y Levin, como buen periodista, las recorre pasando por la de la rue Notre-Dame-de-Nazareth, la del movimiento judío liberal de la rue Copernic, sin olvidar los pequeños oratorios polacos donde se habla *yiddish* de la rue des Rosiers y de la rue des Écouffes, en el viejo barrio judío al que todavía llaman «Pletzl» (la placita) y que en los años sesenta habrá de convertirse en el Marais. Los estigmas de los atentados perpetrados contra seis de ellas la noche del 2 al 3 de octubre de 1941 son visibles en las puertas. Pero el culto no se ha interrumpido durante la ocupación, y aunque veinticuatro rabinos han muerto durante la guerra, el gran rabino de París, Julien Weill, que ha permanecido en la capital, se ha salvado. Él es quien oficia esta noche del 18 de septiembre de 1944 en la gran sinagoga consistorial de la rue de la Victoire, que los estadounidenses llaman «la sinagoga Rothschild», ante un público meditativo de unas tres mil personas, un millar de las cuales son soldados estadounidenses. Cuando se recita el *Kaddish*, la oración por los muertos, «la comunidad entera se alza hacia el Hejal. Pues todos tienen un muerto por el que llorar», cuenta Meyer Levin. Ninguna familia se ha salvado. Esta ceremonia impresionante deja sumida en la sombra a la primera, infinitamente más confidencial, que tuvo lugar la tarde del 7 de septiembre para celebrar la liberación de París en presencia de un público reducido de unas trescientas personas, sin ninguna alegría.

La miseria lo invade todo. Levin describe las pérdidas materiales: los pisos vaciados de sus ocupantes judíos han sido radicalmente saqueados por los alemanes, «hasta los enchufes eléctricos» arrancados de las paredes. En la carencia crónica de viviendas que sufre París, es difícil para los que vuelven recuperarlas cuando han sido ocupadas por «inquilinos de buena fe» que se han asociado. Claro que el Gobierno provisional ha anulado las legislaciones antisemitas del ocupante

alemán y del Estado francés, como se había comprometido a hacerlo en 1943. Los generales judíos, por ejemplo, han sido reintegrados al Ejército. Pero la restitución de los bienes expoliados sigue siendo un problema jurídicamente complicado, del cual se encarga el jurista René Cassin en nombre del Gobierno. Porque a partir de julio de 1941 las empresas llamadas judías han sido sistemáticamente «arianizadas». Se han abierto aproximadamente 50.000 procedimientos «de arianización», 31.000 de ellos solo para la región de París. Si se compara esta cifra con la de la población judía global, ello significa que todas las familias se han visto afectadas. Es toda una población la que de esta forma ha sido excluida de la vida económica.

Desde el 18 de septiembre hasta finales del mes de noviembre, Meyer Levin envía una veintena de comunicados desde París, Le Mans, Nancy y Toulouse, casi todos centrados en los judíos de Francia, aunque uno de ellos, fechado el 13 de noviembre, celebra la reanudación de la vida parisina. El metro ya funciona hasta las doce de la noche, en vez de las nueve y media, los teatros —Levin menciona veintiséis— han vuelto a abrir. La Ópera, el Odéon, la Comédie-Française, el Folies-Bergère han vuelto a las tradiciones, cosa que Levin considera tranquilizadora. La vitalidad del teatro francés es visible en el Atelier con un grupo de actores dirigido por Charles Dullin, en el teatro Sarah-Bernhardt, donde se representa *La vida es sueño* de Calderón, en el teatro de Montparnasse con Gaston Baty. Pero Levin también menciona lo que él llama el «nuevo teatro». Ve en la obra controvertida de Claude Vermorel, *Jeanne avec nous*, montada durante la ocupación, la promesa de una renovación que según él ilustran tres escritores: Sartre (*A puerta cerrada*), Camus (*El malentendido*), y Anouilh (*Antígona*). El futuro le dará la razón. Sobre todo, Meyer Levin ha visto y ha comprendido todo lo que había sido la vida de los judíos de Francia bajo la ocupación y los problemas de la posguerra[14]. Tiene conciencia del hecho de que los judíos originarios del Este, del mundo *yiddish*, estén donde estén, comparten una historia común. «Son hijos de los mismos padres». Constituyen más de la mitad de los judíos que viven en Francia y fueron las primeras víctimas del internamiento y, luego, de las deportaciones[15].

Meyer Levin se interesa especialmente por la resistencia judía, muy poco celebrada por el conjunto del país, que globalmente la ignora. Traza de ella un panorama que abarca todos sus aspectos, identificando a los actores, individuales y colectivos, desde los comunistas a los sionistas. Nombra al segundo destacamento judío de los FTP-MOI [Francotiradores y Partisanos, Mano de Obra Inmigrante], que fue «durante un tiempo el terror de los nazis en París», esos «bandidos judíos», considerados como los más peligrosos de todas las organizaciones de resistencia en París, y cita la última carta de uno de los fusilados, Jacques Grinbaum: «¡Vivid! ¡Sed felices los cuatro! Es mi único deseo. Tenéis muchos años por delante, espero. ¡Vivid! ¡Vivid! ¡Vivid!».

En Toulouse, habla de la Organización Judía de Combate, la OJC, cuyos miembros dependían orgánicamente de las FFI [Fuerzas Francesas del Interior].

A través de sus artículos, comprendemos qué fue de los niños escondidos. Si bien 11.600 judíos de Francia fueron asesinados, 72.400 sobrevivieron. En general, los niños sobrevivieron más a la persecución que los adultos (un 13,8 por ciento de los niños de menos de 18 años fueron deportados, frente a un 27 por ciento de los adultos). Lo cual no significa que todos estuvieran escondidos. Levin traza el cuadro general del salvamento de los niños en un artículo de unas diez páginas que publicará el *Saturday Evening Post* del 20 de enero de 1945. En el estilo enfático que a veces le caracteriza,

Levin escribe:

Durante los años de la ocupación nazi de Francia, entre todos los relatos de abnegación y de heroísmo de la resistencia clandestina, hay uno que destaca. Es una epopeya de la compasión. Miles de familias francesas, exponiéndose a toda clase de peligros, participaron en una conspiración para socavar el credo de odio racial y religioso que el enemigo intentaba enraizar en el país. Católicos, protestantes y no creyentes, campesinos y aristócratas corrieron riesgos personales para salvar a 8.000 niños judíos. Estos niños están vivos porque se ocultaron en conventos, monasterios y escuelas católicas; fueron escondidos por campesinos que declararon que eran miembros de su familia; fueron escondidos por trabajadores sociales protestantes, como Juliette Mouchon [en realidad Violette Mouchon, de la Cimade], que los secuestró ante las narices de los nazis; fueron salvados por sus propios hermanos y hermanas judíos de los movimientos de resistencia, algunos de los cuales fueron torturados hasta la muerte por la Gestapo sin proporcionar ninguna información que pudiera dar acceso a las organizaciones judías y cristianas.

Con razón, Levin explica que salvar a un niño no era el acto de valentía heroico de una sola persona ni de un instante, sino que implicaba a toda una familia y, a veces, a todo un pueblo.

Meyer Levin y sus colegas del hotel Scribe no son, ni mucho menos, los únicos estadounidenses de París. El ejército estadounidense, que ha desembarcado el 6 de junio de 1944 y los días siguientes, cuenta entre sus soldados con aproximadamente un 3 por ciento de judíos, cuyas familias son originarias de Europa, donde a veces ellos mismos han nacido. Treinta y seis rabinos capellanes ejercen en Francia en el momento de la liberación, durante periodos variables, y acompañan el movimiento de los ejércitos. El responsable de ellos es Judah Nadich, un rabino conservador de 32 años, que será el consejero del general Eisenhower para las cuestiones relacionadas con los judíos. Estos soldados judíos y sus rabinos militares fueron el primer contacto entre los judíos estadounidenses y lo que queda del judaísmo en Europa. Su papel fue fundamental para hacer tomar conciencia a las comunidades judías estadounidenses de la destrucción de los judíos de Europa, pero también para aportar ayuda de toda clase a los supervivientes, particularmente a los de los campos y los guetos. El día de año nuevo, Judah Nadich hizo, como Meyer Levin, el recorrido de las sinagogas parisinas y pronunció ante los *boys* este discurso: «Debéis aceptar voluntariamente vuestras responsabilidades sociales para con los restos del mundo judío. No podéis desentenderos de esta tarea. Hitler ha fracasado en destruir el judaísmo y vosotros debéis devolverle una nueva vida», refiere Meyer Levin.

Con ocasión de las grandes fiestas del mes de Tischri, las del año nuevo y la del Gran Perdón, los *boys* están en todas las sinagogas parisinas. En el oratorio de la rue des Écouffes, en la planta baja de un inmueble vetusto, los militares estadounidenses se encuentran con unos supervivientes famélicos. Algunos han pasado meses o incluso años en sótanos. Los soldados los invitan a compartir su comida. Y ellos les cuentan su historia. Muestran su carné de identidad marcado con un tampón de tinta densa y roja: «Judío». Regalan estrellas amarillas. La búsqueda de recuerdos de la época nazi será durante toda la liberación de Europa uno de los deportes favoritos de los estadounidenses, al cual también se entregará Meyer Levin.

Lo que ocurre en París también tiene lugar en provincias, según cuenta Meyer Levin. Los capellanes estadounidenses han recibido de su jefe, Judah Nadich, la orden de regalar todo lo que sea necesario para el culto: libros de oraciones, *shofar*. Incluso cuando no hay más que tres familias judías, el servicio se celebra en presencia de centenares o miles de soldados estadounidenses. En Isigny, el servicio de Rosh Hashana se celebra en el hospital de la ciudad delante de 500 fieles; en

Cherbourg, un cine se convierte en sinagoga; en Rennes, Herman Dieter, un rabino ortodoxo de 30 años que ha cursado sus estudios rabínicos en Alemania, organiza un servicio en el antiguo cuartel general de la Luftwaffe. Meyer Levin también habla de una institución única y transitoria, cuya historia apenas se menciona en las obras sobre los hogares para niños de después de la guerra: «el orfanato de los soldados estadounidenses», instalado en el castillo de Méhoncourt, cerca de Le Mans, donde dos capellanes militares estadounidenses, Max David Eichhorn y luego Abraham Haselkorn, han reunido a una sesentena de niños escondidos en las granjas de los alrededores.

¿Qué saben esos estadounidenses camino del continente de la destrucción de los judíos? ¿Qué se sabe en Francia del destino de los deportados? Estas preguntas sensibles siguen siendo difíciles de aprehender. Meyer Levin puede considerarse como un símbolo de lo que se sabe y de lo que no se sabe; de lo que se comprende sin comprenderlo realmente. Lo que él sabe, porque la gran prensa estadounidense le ha dedicado una serie de artículos y las organizaciones judías han organizado en Nueva York gigantescos mítines, es la catástrofe de la cual ha sido víctima el judaísmo polaco: en Estados Unidos, se habla de la aniquilación o de la destrucción de los judíos del este de Europa. Pero del destino de los judíos de Francia, Levin no dice ni una palabra. Y nos cuesta imaginarnos lo que piensa. Cuando trata de los niños cuyos padres han sido deportados, nada indica la esperanza de que estos puedan volver. Al contrario. Meyer Levin, como por otra parte el rabino Haselkorn, considera —equivocadamente— el castillo de Méhoncourt como un «orfanato». De hecho, algunos de los niños allí acogidos recuperarán a sus padres, ocultos en otra región de Francia o, menos frecuentemente, regresados de la deportación. Solamente unos tres mil supervivientes deportados de Francia volvieron de los campos.

El nombre de Auschwitz aparece en uno de sus comunicados, el del 14 de noviembre de 1944. Los rumores sobre los campos de Auschwitz, escribe, han sido confirmados por un gestapista llamado Jean Vernières. El joven había sido reclutado en marzo de 1943 para el STO [Servicio de Trabajo Obligatorio] y, como varios centenares de reclutados forzosos, fue destinado a Auschwitz, donde seguramente trabajó en la construcción de la fábrica de la IG Farben, la Buna, en Monowitz^[16]. Allí espío, al parecer, por cuenta de los alemanes a sus camaradas sospechosos de sabotaje. Cuando volvió a Clermont-Ferrand en marzo de 1944, se incorporó inmediatamente a la Milicia y luego a la Gestapo. Reaparece en los días que siguen a la liberación haciéndose pasar por un superviviente de Auschwitz. Desenmascarado, es detenido, juzgado, condenado a muerte y ejecutado en Clermont-Ferrand en diciembre de 1944.

¿Qué cuenta Vernières sobre Auschwitz durante su proceso, según Meyer Levin? Que el campo era muy duro; que a la menor enfermedad le enviaban a uno a la cámara de gas; que un grupo de 2.700 hombres fue ejecutado en un solo día, pero que las ejecuciones fueron interrumpidas por falta de mano de obra. También habla de 25.000 judíos, vestidos con un traje ligero en invierno, con la cabeza rapada, cuya identidad ha desaparecido y ha sido reemplazada por un número cosido en la chaqueta; trabajan, dice, hasta dieciséis horas diarias en unas fábricas de mantequilla y mermelada sintética; las mujeres realizan un trabajo pesado en las carreteras; algunas son colocadas en burdeles. Según Levin, en el campo de Auschwitz hay presos políticos de toda Europa.

Esta visión fantasiosa e imprecisa es la versión más compartida. Los topónimos de la destrucción de los judíos que aparecieron en verano de 1942 en la radio, sobre todo la BBC, son los de Lublin, Belzec, Treblinka o el gueto de Varsovia. Cuando, en octubre de 1943, aparece en inglés en Nueva York *The Black Book of Polish Jewry: An Account of the Martyrdom of Polish Jewry Under the*

Nazi Occupation[\[17\]](#), Auschwitz ni siquiera se menciona. Si el nombre de Auschwitz aparece en la prensa clandestina francesa a partir de febrero de 1943, con ortografías erráticas, es sobre todo para hablar del destino de las mujeres comunistas que fueron deportadas allí el 24 de enero de 1943, como Marie-Claude Vaillant-Couturier o Danielle Casanova.

A partir de abril de 1945, con el impacto del descubrimiento de los campos del Oeste, es cuando el mundo tomará conciencia. No realmente de lo que ha pasado en Auschwitz: hará falta tiempo para distinguir los campos de concentración de los «centros de exterminio» (Raul Hilberg) donde los judíos fueron asesinados; sino de la amplitud inaudita y del horror de los crímenes del nazismo con las fosas y los agonizantes, el aspecto esquelético de los supervivientes, entre ellos, muchos judíos trasladados de los campos de Auschwitz cuyo destino —todavía no se entiende— no fue compartido por los demás internos de los campos de concentración.

EN EL FRENTE

Mientras da cuenta de la situación de los judíos en Francia, Meyer Levin empieza a cubrir la guerra. Su primer comunicado referente a los combates, y solo a estos, lleva la fecha del 27 de septiembre de 1944. Lo envía desde Alemania. Levin se encontraba en Stolberg, a pocos kilómetros de Aquisgrán, durante «los días temibles» que separan la fiesta de año nuevo, que pasó en París, del Yom Kipur, el día del Gran Perdón. El Ejército estadounidense respeta e incluso alienta la práctica religiosa de sus soldados, y es precisamente para contar cómo se desarrollan las fiestas judías en el frente por lo que Meyer pudo trasladarse, por medios de transporte que no revela, al centro de prensa del 12.º Grupo del Ejército estadounidense. Este centro está bajo la autoridad de un redactor jefe de Chicago al que Meyer conoce. Le proporciona aquello con lo que sueña todo corresponsal de guerra: un jeep.

Igual que un chicle, el jeep es inseparable del desembarco. Es uno de los símbolos de los libertadores estadounidenses. En el marco de su preparación para entrar en guerra contra las potencias del Eje, que la administración demócrata consideraba inevitable, Estados Unidos había trabajado en el diseño de un vehículo de reconocimiento ligero y, por tanto, minimalista y sin ningún confort, manejable, todoterreno, que luego fue producido en serie. Dicho vehículo verde oliva, sin techo, con un parabrisas móvil, debía poder transportar a tres hombres y, por consiguiente, disponer de tres asientos bajos con respaldo: uno para el chófer y dos para sus pasajeros. En principio debe ser conducido por un chófer del Ejército y, por razones de economía, destinado a dos hombres. Meyer puede gozar durante dos semanas de un jeep para él solo, que lo lleva donde desee, conducido por un chófer irlandés. Recorre la línea del frente, volviendo regularmente al centro de prensa para enviar por cable sus artículos. El 27 de septiembre, día de Kipur, está en Stolberg, dentro de la línea Sigfrido, donde los alemanes todavía luchan y que será conquistada casa por casa por los estadounidenses, como unos días más tarde la ciudad de Aquisgrán.

Cuando Meyer Levin está en el frente, se convierte en un corresponsal de prensa normal, poniendo entre paréntesis su «manía judía», si bien para satisfacer a sus comanditarios busca, para contar la historia de los combatientes, «a un David Shapiro y a un Joe Mandelbaum»[\[18\]](#), como los demás periodistas buscan a soldados originarios de las ciudades o los estados de los periódicos para los que trabajan. «Durante largos periodos —escribe Levin—, fui un corresponsal de prensa “normal”, dejando que mi dedicación a los asuntos judíos pasara a un segundo plano, igual que los GI judíos, que pueden olvidar que son judíos y sentirse plenamente miembros de su unidad»[\[19\]](#). La oscilación que habíamos mencionado entre identidad judía e identidad estadounidense hace que ahora se incline hacia el lado estadounidense. Firma los comunicados referidos *stricto sensu* a la guerra como «Mike» Levin.

A finales de noviembre, o principios de diciembre, ha llegado la hora de internarse más en territorio alemán. Meyer Levin elige el centro de prensa de la 9.ª Fuerza Aérea, instalado en un gran

hotel de Luxemburgo. El hombre que lo dirige, un publicitario de Michigan, Ben Wright, gestiona su centro como un establecimiento turístico muy apreciado, donde los periodistas son tratados a cuerpo de rey, lo cual disuade a algunos, según explica Levin, de ir a realizar su trabajo al frente. Allí, se le facilita un jeep, *The Spirit of Alpena*, «el espíritu de Alpena», por el nombre de la ciudad de origen de Ben Wright. Su *jeepmate*, su compañero de jeep, es un estadounidense de origen irlandés, Morley Cassidy. Recorren el frente juntos hasta finales del mes de febrero de 1945, contando, uno y otro, los combates, el heroísmo y el miedo, la agonía de los hombres y la de los animales cuyos cadáveres conmueven a Levin, pero también las masacres perpetradas por el ejército alemán. Malmedy, Spa, Lieja, Bastogne, La Roche, la bolsa de Colmar, los Vosgos, Belfort... Los combates son de una violencia extrema. Hicieron falta siete meses de guerra antes de que las tropas aliadas entraran en Alemania. Cassidy y Levin están permanentemente en la carretera. Luego Cassidy es reclamado en París. Entonces se plantea de nuevo la cuestión del *jeepmate*.

«Por el centro de prensa había aparecido un fotógrafo francés. Tenía dificultades. No hablaba la lengua y Ben Wright desconfiaba de los franceses». En general, los fotógrafos de prensa constituían una categoría impopular. «Todo corresponsal de prensa sabía que un fotógrafo constituía un estorbo en un jeep. Pedían continuamente que el vehículo se detuviera para tomar fotos. Además, siempre querían ir allí donde había acción, porque no se puede tomar fotos de un puesto de mando». Este fotógrafo es Éric Schwab. Según escribe Levin, es de la raza de los Capa, de esos reporteros intrépidos que se acercan al escenario mismo de los combates, arriesgando a veces la vida, para captar la escena y a los protagonistas. Fue apodado *Pixie*, el duende.

En 1944, Éric Schwab tiene 34 años. Es más joven que Meyer Levin. No disponemos de escritos de su puño y letra, solo tenemos algunos *curriculum vitae*, lo cual nos permite únicamente trazar las grandes líneas de su historia. Nace el 5 de septiembre de 1910 en Hamburgo de un padre francés nacido en Nancy en 1886, Jean-Maurice Schwab, representante de Hachette en Leipzig y en Berlín, y de una madre alemana y judía, Elsbeth Bieber. Realiza estudios primarios en Múnich, continúa con los estudios secundarios en Berlín y en París. Sus padres se divorcian y su madre contrae segundas nupcias con un alemán, del cual tiene otro hijo. Tras un servicio militar efectuado en Marruecos en 1930-1931, Schwab se instala en París. Trabaja como asistente operador de plató (1928), como fotógrafo de plató (1929) y como fotógrafo de moda hasta 1937, en que hace sus primeros reportajes. Movilizado el 3 de septiembre de 1939, participa con el ejército comandado por el general Giraud en los combates de Walcheren, en Holanda. Es hecho prisionero en Zuydcoote, en la bolsa de Dunkerque, el 5 de junio de 1940. Se evade de un convoy camino de Alemania y se halla de regreso en París el 14 de julio de 1940. A partir del otoño de 1942, después de la detención de su hermano Henri, al que parece que consiguió hacer salir de Drancy, va y viene entre París y la provincia. Sabemos poco de lo que fue su vida en el París ocupado y de cómo subsistió. En junio y julio de 1944, participa con las FFI en los combates del Loira. Está en París los días de la liberación y se une a la agencia France-Presse, que acaba de crearse y sucede, tras el intermedio de Vichy, a la agencia Havas. En octubre de 1944, se le acredita ante el Ejército estadounidense y empieza su trabajo como reportero de guerra.

Desde finales de febrero hasta mayo de 1945, su vida se confunde con la de Meyer Levin y con la de su jeep. ¿Seguirá siendo el *Spirit of Alpena* durante toda la guerra? Eso es al menos lo que Levin

da a entender. Los dos hombres logran prescindir del chófer reglamentario. Generalmente es Meyer Levin quien está al volante y quien enseña a conducir a Schwab. Los dos siguieron siendo amigos, aunque esa amistad fuera a veces una «amistad tormentosa», como escribe Schwab, justo después del conflicto, en la dedicatoria de la revista *Objectif* consagrada a la liberación de los campos[20] y que envía «afectuosamente» a su amigo. Tereska Torrès, que se casó con Meyer Levin en 1948, atestigua que mantuvieron la complicidad de los hombres que habían hecho la guerra juntos y que les gustaba hablar de su jeep: «Era casi como una mujer que habían tenido en común»[21]. Ambos son judíos, pero de forma distinta. Éric está menos torturado que Meyer por la cuestión de la condición judía. Se siente totalmente francés. Pero su odio hacia la Alemania nazi es total, casi rabioso. No tiene ninguna indulgencia por los alemanes, pues si Meyer busca lo que queda de las comunidades judías, él a quien busca es a su madre, de quien no tiene noticias, pero sabe que fue deportada de Berlín a un campo cuyo nombre desconoce.

Presa de la excitación de la guerra en el frente occidental y absorbido por su investigación sobre los judíos de Francia, Meyer Levin dedica poca o ninguna atención a la apertura de los primeros campos: el Struthof por sus compatriotas; los campos del Este —Lublin-Majdanek y los de Auschwitz— por los soviéticos. Esos campos, como unos meses más tarde los de la vieja Alemania donde Meyer y Éric Schwab entrarán —Ohrdruf, Buchenwald, Dachau...—, han sido descubiertos al albur de las operaciones militares por unidades avanzadas. Para ninguno de los aliados —estadounidenses, británicos, franceses y soviéticos— los campos fueron un objetivo en sí. La liberación de los que allí permanecían detenidos no era un objetivo de guerra. No es que ignorasen su existencia. El intercambio de notas entre el Gobierno inglés y el soviético, por ejemplo, entre julio y septiembre de 1944, demuestra que el complejo de Auschwitz era conocido. En agosto de 1944, un informe de síntesis del NKVD de Ucrania describe Auschwitz. Pero las prioridades de la época eran otras. El primer objetivo era la victoria militar.

La liberación del Struthof y la de Lublin-Majdanek presentan la misma particularidad: en los campos ya no queda ningún prisionero porque todos han sido evacuados. Cuando los estadounidenses penetran en el campo de Natzweiler-Struthof, en Alsacia, el 23 de noviembre de 1944, sus internos, mayoritariamente resistentes de toda la Europa occidental ocupada, habían sido trasladados dos meses antes a los campos satélites del Neckar o a Dachau. En septiembre de 1944, algunos miles de milicianos y sus familias fueron reagrupados allí por los alemanes antes de continuar su retirada hacia Alemania. Son, pues, dos instalaciones vacías, ya reutilizadas, que atestiguan lo que fue el campo, el primer campo importante que cayó en manos de los aliados. En diciembre de 1944 y en enero de 1945, la prensa y la radio francesas dan cuenta de ese descubrimiento. Por ejemplo, Roger Vailland en *Action* y Claude Blanchard, Michel Droit y André Bourillon en un programa dedicado al «campo de tortura de Struthof», en la radiodifusión francesa[22]. Se repiten los mismos elementos en el conjunto de la prensa escrita o hablada: la descripción de los barracones, la insistencia en las torturas de las que fueron víctimas los presos, el panorama de las diversas formas de asesinarlos, la descripción de «la cámara de asfixia» a cierta distancia del campo, los experimentos médicos en los que se utilizaba a los presos como conejillos de indias y el crematorio.

Se insiste en las atrocidades y la crueldad nazis, no en lo que el universo concentracionario puede tener de particular. No hay testigos. Los hombres que han sufrido ya no están allí, y el lugar vacío no

suscita el horror, sobre todo cuando se encuentra en un entorno tan majestuoso —las montañas de los Vosgos— como es el caso de Struthof. Los barracones no son más impresionantes que los de un cuartel, de un campo de refugiados o de un campo de tránsito. Haría falta un esfuerzo de imaginación para rellenar un marco vacío y mudo con las imágenes y las palabras de los hombres que allí estuvieron internados. Eso será posible cuando, con la apertura de Buchenwald en abril de 1945, todo el mundo disponga de un arsenal de imágenes filmadas mostradas en los noticiarios o de relatos publicados en la prensa, para formar así un imaginario de los campos.

En Lublin-Majdanek, en territorio polaco, los soviéticos entran el 24 de julio de 1944 en un campo también vacío de prisioneros. No se conoce el número exacto de víctimas judías, probablemente 60.000 en este campo que fue sobre todo un campo de trabajo para polacos. El vasto complejo concentracionario ha sido evacuado por los alemanes de forma precipitada al acercarse las unidades avanzadas del Ejército Rojo. Los soldados encuentran —y este descubrimiento se reproducirá en los campos de Auschwitz— los enormes almacenes que contienen los efectos personales de los internos, sobre todo centenares de miles de pares de zapatos. La prensa mundial se hace inmediatamente eco de ese descubrimiento. Jean-Jacques Mayoux le dedica una de las últimas transmisiones de *Honneur et Patrie*, un programa emblemático de la Francia libre emitido por la BBC. Describe las fotos que ha reproducido la prensa británica: «hileras de hornos como hornos de panaderos entreabiertos» con, en primer plano, una «acumulación confusa» en la que se distinguen, gracias a otras fotografías, unos esqueletos. El horror de Majdanek se relaciona con el horror, recientísimo, de Oradour-sur-Glane (10 de junio de 1944), asociados ambos con frecuencia en la denuncia de la «barbarie nazi».

Si los aliados descubren unos campos vacíos es porque, para los nazis, era impensable dejar que los presos cayeran en manos de sus enemigos. Primero, porque los supervivientes eran los testigos y las pruebas de unos crímenes que los aliados habían asegurado que serían perseguidos. Una Conferencia Interaliada para el castigo de los crímenes de guerra había reunido el 13 de enero de 1942 en el Saint-James Palace de Londres a los representantes de ocho gobiernos en el exilio y de la Francia libre. Habían pedido que «la guerra tuviera como finalidad principal, entre otras, castigar a los culpables de esos crímenes contra la humanidad, fuese cual fuese el grado de responsabilidad de sus autores». Habían afirmado su «voluntad de perseguir, encontrar, juzgar y condenar a los criminales sin distinción de origen y de velar por la ejecución de las sentencias en el marco de una jurisdicción internacional». El 17 de diciembre de 1942, se publicaba simultáneamente en Londres, Moscú y Washington una nueva declaración interaliada. Por primera vez, se mencionaba específicamente la suerte de los judíos:

La administración alemana, en los territorios que ha sometido a unas leyes bárbaras, no se contenta con privar a las personas de origen israelita de los derechos humanos más elementales; se prepara para ejecutar el designio varias veces expresado por Hitler de exterminar al pueblo judío en Europa. En condiciones inhumanas, los judíos son concentrados en Europa central, especialmente en Polonia, que los nazis han transformado en un gigantesco matadero. Vacían sistemáticamente los guetos que han constituido, exceptuando a algunos trabajadores altamente cualificados que son necesarios para su industria de guerra. Jamás se ha podido obtener información sobre los deportados.

Y reafirman «solemnemente» la voluntad de «castigar a los culpables de acuerdo con sus crímenes y acelerar las medidas necesarias para alcanzar este objetivo».

«Castigar a los culpables»: esta profesión de fe había sido reiterada continuamente desde la

declaración de Saint-James. Pero no se había concretado todavía nada en lo tocante a la naturaleza y los medios de dicho castigo. Fue en octubre de 1943 cuando los proyectos de justicia empezaron a cobrar forma. En Londres se creó una comisión para los crímenes de guerra de las «Naciones Unidas», expresión aparecida a finales de 1941 para designar a las naciones asociadas en la lucha contra el nazismo. Esta comisión tenía la tarea de confeccionar la lista de los criminales que serían castigados y reunir las pruebas de sus crímenes. El 30 de octubre del mismo año 1943 se redactaba una declaración conocida históricamente con el nombre de Declaración de Moscú. Firmada por los ministros de Asuntos Exteriores soviético (Molotov), británico (Eden) y estadounidense (Hull), distinguía a los «grandes criminales», los que habían cometido sus crímenes en varios países, de aquellos cuyos crímenes estaban localizados en un solo país. Los primeros serían castigados por los aliados; los segundos serían devueltos a los lugares de sus crímenes para ser juzgados allí.

Si los nazis trasladaron así a los prisioneros de campo en campo también fue porque estaban decididos a continuar la guerra a cualquier precio, utilizando esa mano de obra esclava en beneficio de las industrias del Reich. El historiador británico Ian Kershaw ha demostrado que Albert Speer, responsable del armamento, fue uno de los más empeñados en continuar hasta el final ese esfuerzo de guerra, que tan costoso fue para los alemanes y para los prisioneros de los campos, y que ni siquiera después de la batalla de las Ardenas (del 16 de diciembre de 1944 a finales de enero de 1945) quiso admitir el carácter ineluctable de la derrota. El vivero del cual Alemania sacó, sin vergüenza alguna, a sus trabajadores forzados va desapareciendo a medida que los territorios ocupados, tanto en el Oeste como en el Este, son liberados y el imperio nazi se va encogiendo. Queda la mano de obra servil y cautiva de los presos concentracionarios.

No se puede deducir que esta necesidad de mano de obra implique un cuidado particular prestado a la salvaguarda de los presos. Ni muchísimo menos. Las evacuaciones, muy pronto tildadas por los prisioneros de «marchas de la muerte», aunque en ciertos casos se efectuaran en tren, se desarrollaron en unas condiciones de improvisación y de violencia que provocaron muchas víctimas; algunos morían de agotamiento, otros eran abatidos si estaban demasiado débiles para caminar. A veces, los SS también exterminaron *in situ* a los presos a los que no podían evacuar. Pero las evacuaciones no son una señal de voluntad exterminadora, como se ha escrito con frecuencia. Para eliminar a una población, los nazis —y en eso se mostraron muy constantes— no necesitaban arrojarla a las carreteras ni hacerla vagar durante días y semanas de un lugar al otro.

«Mis colegas comandantes de las divisiones se enteraron, como yo, de la existencia del campo de concentración de Auschwitz literalmente la víspera de su liberación», escribe el general soviético Petrenko. El 26 de enero, cuando dirige los combates para liberar Neuberun, le informan por teléfono de un campo del cual no sabe nada. Lo conducen al territorio del complejo de Auschwitz. Pues lo que llamamos «Auschwitz» está constituido en realidad por un campo de concentración, Auschwitz I, instalado en edificios de ladrillos que han servido de cuartel al ejército polaco y donde fueron internados desde junio de 1940 los polacos; de un centro de exterminio, en Birkenau (Auschwitz II), donde funcionaron las cámaras de gas y los crematorios en los que fueron asesinados judíos (un millón aproximadamente) y gitanos (unos 20.000); y de instalaciones agrícolas e industriales, la más

importante de las cuales es la fábrica de IG Farben en Monowitz (Auschwitz III, donde trabajó Primo Levi). «Caía una nieve ligera, que se fundía inmediatamente. Recuerdo que llevaba un capote abierto —prosigue el general Petrenko—. Empezaba a oscurecer, pero nuestros soldados encontraron un aparato y pudieron alumbrar el lugar. Unos prisioneros demacrados, vestidos de rayas, se acercaban a nosotros y nos hablaban en distintas lenguas [...]. Fue en Auschwitz donde me enteré del destino de los judíos de Europa. Era el 29 de enero de 1945».

El 12 de enero de 1945 había empezado la operación Vístula-Óder para los soldados soviéticos del 60.º Ejército del 1.º Frente de Ucrania mandado por el general Koniev. Muy pronto se tomó Sandomierz. Luego, a marchas forzadas, rechazando cada día dos o tres contraataques, el Ejército Rojo tomó Cracovia y avanzó por la orilla izquierda del Vístula hasta la Alta Silesia. Stalin había dado órdenes a Koniev de preservar el potencial industrial valiosísimo de la cuenca minera de Silesia. Auschwitz no formaba parte del plan.

El general Petrenko, que después de la guerra fue catedrático de táctica y estrategia en la Academia Militar soviética M. V. Frounze y consultó todos los documentos de preparación de la operación y sus planos, es categórico: «Poner fin a la actividad criminal de exterminio en masa en el campo de concentración de Auschwitz-Birkenau, creado por la Alemania hitleriana, es un objetivo que no aparece entre los objetivos de guerra, principales o secundarios, de la operación Vístula-Óder». Es más: «La historia de la liberación del campo de concentración de Auschwitz no se abordó jamás por parte de mis colegas profesores de las academias militares e historiadores de la Segunda Guerra Mundial». Para los soviéticos y durante décadas, se trata, pues, de un no acontecimiento.

«La primera patrulla rusa avistó el campo [se trata de Buna-Monowitz] hacia mediodía del 27 de enero de 1945 —escribe Primo Levi en *La tregua*—. [...] Eran cuatro soldados jóvenes a caballo, que avanzaban cautelosamente, metralleta en mano, a lo largo de la carretera que limitaba el campo. Cuando llegaron a las alambradas se pararon a mirar, intercambiando palabras breves y tímidas, y lanzando miradas llenas de extraño embarazo a los cadáveres descompuestos, a los barracones destruidos y a los pocos vivos que allí estábamos».

Los campos de Auschwitz, a diferencia del de Majdanek, no fueron totalmente vaciados de su población. Unos 7000 hombres —entre ellos Otto Frank, el padre de Ana Frank, y Primo Levi—, mujeres y niños son «liberados» por los soviéticos, la gran mayoría en Birkenau, otros, que pudieron escapar en el momento de la evacuación, en la nebulosa de los campos o en las carreteras y caminos aledaños. Porque el 17 y el 18 de enero de 1945, ante el avance del Ejército Rojo («se oía no muy lejos el cañón», cuentan los supervivientes), 60.000 presos aproximadamente fueron arrojados a las carreteras.

Algunas semanas antes, en agosto de 1944, la población de los campos de Auschwitz había alcanzado su apogeo con 130.000 presos. Ese cementerio, el mayor cementerio del mundo, donde fueron asesinados un millón de hombres, mujeres y niños y sus cuerpos reducidos a cenizas, también fue, y con mucho, el campo nazi más poblado. La situación de esos campos puede parecer paradójica: continúan recibiendo internos en el momento mismo en que se vacían.

En el verano de 1944, el ejército soviético ha alcanzado el Vístula, ese río que atraviesa Polonia de sur a norte. Sabemos que acampó en Praga, mientras se aplastaba a sangre y fuego, sin intervenir los soviéticos, la insurrección de los varsovianos. Entonces se halla a menos de 200 kilómetros de los campos de Auschwitz. La Alta Silesia también está ya al alcance de las bombas de los aliados, que intentan destruir el potencial industrial alemán que allí se concentra, especialmente los depósitos

de carburantes. Las bombas alcanzan dos veces, en agosto y en septiembre de 1944, las fábricas de la IG Farben en Auschwitz-Monowitz, que tienen por objeto fabricar fuel y caucho sintético para usos militares; el 13 de septiembre, varias bombas caen sobre Auschwitz I, que alberga muy cerca una fábrica de armamento, la Union Werke, donde trabajan los presos, causando la muerte de unos cuarenta de ellos y de unos quince SS. Otros bombardeos los días 23 y 26 de diciembre causan daños al hospital de los SS de Birkenau. Pero la máquina de muerte sigue funcionando. Los aviadores aliados solo tienen objetivos militares: no tienen la misión de buscar un campo, con cámaras de gas y crematorios. Al no buscarlo, no lo ven.

Entre el 12 de agosto y octubre de 1944, 10.000 polacos, entre ellos mujeres y niños, arrestados en la insurrección de Varsovia, son transportados a Auschwitz. Una gran parte no se queda allí. Los recién llegados son trasladados a otros campos. Los convoyes que salen desde el 9 al 29 de agosto de Lodz, el último gran gueto en ser «liquidado», traen a Auschwitz a unos 65.000 judíos, en gran parte gaseados nada más llegar. El 30 de octubre llega un convoy de 2.038 judíos procedentes de Terezin. 1.689 de ellos son enviados directamente a la cámara de gas. Finalmente, el 3 de noviembre llega un último convoy de judíos de Eslovaquia. Himmler, que intenta negociar con los aliados occidentales una paz por separado y que, en su delirio antisemita, está convencido de que los judíos son la clave de la negociación, ha ordenado en noviembre de 1944 el final de las muertes por gas y la destrucción de las cámaras.

En total, entre julio de 1944 y el 15 de enero de 1945, las salidas de los campos de Auschwitz son más que las llegadas. Esperando su transporte hacia otros campos, los presos son internados en Birkenau, donde hay industriales que a veces vienen a proveerse de mano de obra como en un gigantesco supermercado de esclavos. El traslado tiene lugar en vagones de mercancías, a veces descubiertos, donde los presos son amontonados en número variable. 65.000 prisioneros, es decir, la mitad de la cifra total de prisioneros de los campos de Auschwitz, formaron así unos ciento treinta convoyes que tuvieron como destino al menos diez campos: más de 11.000 presos fueron enviados a Buchenwald y Flossenbürg; 9.000 (prácticamente solo mujeres) a Ravensbrück; más de 6.000 a Dachau; casi 6.000 a Mauthausen; 5.000 al Struthof, el campo situado en la desembocadura del Vístula; 4.000 a Gross Rosen; 3.700 a Bergen-Belsen; 3.500 a los campos satélites de Natzweiler; 200 a Sachsenhausen; 700 a Neuengamme.

A mediados de enero de 1945, quedan 67.000 presos en los campos de Auschwitz. Tres días más tarde, la mayor parte son arrojados a las carreteras. Los que sobreviven a un periplo inverosímil con un frío polar, primero a pie y luego en vagones descubiertos, continúan su vida concentracionaria en los campos del Oeste, en Dachau, Buchenwald, Ravensbrück, Bergen-Belsen... o en los múltiples campos satélites dependientes de esos campos que constelan el III Reich. Los aliados abren sus puertas, por retomar la fórmula de Jean Cayrol en *Noche y niebla*, entre el 5 de abril y el 9 de mayo de 1945. Meyer Levin y Éric Schwab los acompañan.

OHRDRUF

La 4.^a División blindada del Ejército estadounidense, que forma parte del 3.^o Ejército mandado por el general Patton, había desembarcado en Normandía en la playa de Utah el 13 de julio de 1944, había combatido en las Ardenas en diciembre de 1944 y atravesado casi sin resistencia el Rin. Ahora avanza por el interior de Alemania. En el jeep que comparten, Meyer Levin y Éric Schwab siguen su estela, permitiéndose a veces las desviaciones que consideran necesarias para su trabajo de corresponsales de guerra.

El 3 de abril, atraviesan la ciudad de Gotha. La noche siguiente, se cruzan por la carretera con un puñado de refugiados cadavéricos; la prensa que dará cuenta del descubrimiento de los campos utilizará abundantemente la expresión «cadáveres vivientes». El espectáculo es para ellos inédito: unos esqueletos con el cráneo rapado y los ojos febriles hundidos en las órbitas. Cuando su jeep aparca en una calle de la ciudad de Ohrdruf, uno de los hombres se acerca. Muy excitado, se dirige a Levin y a Schwab en mal alemán. «¡Polaco, polaco!», les dice. Intenta hacerles comprender que deben seguirlo. Quiere absolutamente que vean el lugar donde ha sido prisionero. Está muy cerca. Él los llevará. Ya no quedan SS. Ya no hay alemanes.

Meyer Levin y Éric Schwab comprenden poco a poco retazos de la historia que ese hombre extraño trata de contarles. Gente enterrada en un gran agujero. Un comando de la muerte. «Vamos — dice Éric—. Es un campo»[\[23\]](#). En el comunicado que envía el 7 de abril de 1945 y que da cuenta del descubrimiento de este primer campo, Meyer Levin escribe: «Ahora hemos penetrado en el corazón tenebroso de Alemania. Hemos alcanzado la zona de los campos de la carnicería humana que los nazis, en su terror culpable, querían ocultarnos».

Este hombre que los conduce hacia lo desconocido tal vez sea Henry Ehrenbert, un judío polaco de unos cuarenta años que se ha evadido el día anterior del campo de Ohrdruf junto con Henri Borlant, que entonces tiene 17 años, joven superviviente deportado de Francia el 22 de julio de 1942 hacia Auschwitz, donde ha pasado veintiocho meses. Henri Borlant ha contado en 2010 la llegada de los estadounidenses: «Era el 4 de abril a primera hora de la tarde. Los tanques estadounidenses entraron en la ciudad y se detuvieron en la calle. Detrás de la ventana, nosotros los observábamos. Poco a poco, los soldados salieron de sus tanques y los niños se acercaron y nosotros asistimos a un espectáculo totalmente inesperado. En nuestros sueños, los soldados aliados, al descubrir la verdad de los crímenes nazis, masacraban a nuestros verdugos, el pueblo alemán. Pero nuestros libertadores distribuían golosinas a los niños alemanes. En cuanto nos sentimos seguros, decidimos salir al encuentro de los estadounidenses». Henri Borlant y Henry Ehrenbert encuentran a dos soldados estadounidenses que hablan alemán. Ese alemán tal vez sea *yiddish*, que Henri Borlant también ha aprendido en los campos y que es, recordémoslo, la lengua materna de Meyer Levin. «Estábamos muy excitados —prosigue Henri Borlant—. Hablábamos muy deprisa, quitándonos la palabra, mareándonos con nuestras historias inverosímiles. Ante su aspecto estupefacto e incrédulo, les

propusimos conducirlos al campo. Y ya nos tenéis subidos al jeep camino del campo de Ohrdruf». Entre los dos relatos hay detalles divergentes, pero los puntos de convergencia son impresionantes. Henri Borlant recuerda a dos soldados; pudo confundir a unos corresponsales de prensa en uniforme con militares. Y su compañero de evasión, Henry Ehrenberg, figura unos días más tarde en una famosa foto de la visita a Ohrdruf de los generales Eisenhower, Bradley y Patton, como por otra parte en las imágenes filmadas por el ejército estadounidense.

El exprisionero guía a Schwab y Levin hacia el campo. El jeep toma una carreterita que sube formando curvas. Los dos hombres, que han vivido varias emboscadas en los lugares más improbables desde que han cruzado el Rin y que se asombran tanto de la rabia combatiente de los alemanes cuando es evidente, según ellos, que han perdido la guerra como de la hostilidad de las poblaciones, que no han descolgado los emblemas nazis[24], se asustan. Cae la noche. La carretera aún no ha sido «limpiada» por el ejército estadounidense. Le dan al «polaco» cigarrillos y chocolate y lo citan para el día siguiente por la mañana.

El 5 de abril la situación se ha aclarado. Otra división estadounidense se ha unido a la 4.^a División blindada. Se ha despejado la carretera. Ohrdruf y sus alrededores están en manos de los estadounidenses. Ya no hay peligro. El campo se encuentra fuera de la ciudad. El jeep cruza la verja. Meyer Levin apaga el motor. Los hombres salen del vehículo. Unos cadáveres vestidos con ese uniforme a rayas que Levin y Schwab ven por primera vez están tendidos en círculo en el suelo. Meyer Levin los cuenta. Son veintinueve. Los cuerpos están descarnados. Detrás de los cráneos rapados, la bala que los ha matado ha dejado un orificio. Se dará la orden de dejarlos donde están, tal como están, para dar tiempo a investigar su muerte y eventualmente identificarlos, cuenta Meyer.

Esta es al menos una explicación posible. Permanecerán efectivamente allí, expuestos a la mirada de cualquiera, a los objetivos de las máquinas fotográficas y de las cámaras, pudriéndose al sol de abril, exhalando un olor pestilente, ese olor que todos los libertadores de los campos mencionan y que dicen que jamás han podido olvidar. Que nosotros sepamos, nunca pudieron ser identificados. Sin embargo, en la chaqueta rayada figura en principio el número de identificación que nadie, al parecer, tuvo la idea de anotar. En esos cuerpos entregados a las miradas se lee cierta indiferencia por quiénes son, anonimato que es una de las características de la muerte en masa. Circulan unos rumores que resultarán infundados: entre los muertos habría un aviador estadounidense —el mayor John Scotti de Brooklyn, oficial médico, cree reconocerlo— o también el industrial francés de los neumáticos, Marcel Michelin, trasladado de Buchenwald a Ohrdruf, donde falleció el 22 de enero de 1945[25]. Los cadáveres no serán enterrados hasta después de la visita de los generales estadounidenses Patton, Eisenhower y Bradley, el 12 de abril, una semana después de su descubrimiento. En el hecho de mantener los cuerpos tal como están, allí donde están, ya se lee la voluntad de mostrar el horror.

El guía de Levin y Schwab abre la puerta de un hangar. Dentro, una pila de cuerpos desnudos y tiesos, amontonados como leños, una pila tan alta como un hombre, observa Meyer Levin. Los cuerpos son planos y amarillos; han sido rociados con un desinfectante. «Caminamos por el campo de concentración. Éric no pronunció una sola palabra. Así que era eso. Un campo. Y su madre estaba en un sitio como aquel». Los tres hombres se dirigen hacia los barracones. Están vacíos. El «polaco» no deja de repetir: «¡Tifus! ¡Tifus!». Por el suelo hay esparcida un poco de paja mojada.

El descubrimiento aún no es completo. El hombre los conduce a una colina en la que se ha excavado una fosa, del tamaño de una piscina, escribe Meyer Levin. Se han instalado unos raíles, una

especie de parrilla que permite quemar cadáveres para hacer desaparecer las pruebas del crimen. A esa tarea fue destinado el resistente francés Marcel Lanoiselée, trasladado de Buchenwald los últimos tiempos de su internamiento, en otoño de 1944, que dio testimonio de lo que él llama el «*Sonderkommando* [comando especial] repugnante». Meyer Levin distingue en el barro de la fosa retazos de vestidos a rayas y huesos. Serán abundantemente filmados y fotografiados, y sus imágenes se difundirán en Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, antes de integrarse en numerosos documentales. Sin embargo, en el momento en que escribimos, no conocemos ninguna foto de Ohrdruf hecha por Schwab. ¿No tomó ninguna, cuando en cambio se hartó de fotografiar los campos siguientes? Aunque cabe imaginarse el sobrecogimiento de los dos hombres, el de Schwab que busca a su madre, es difícil pensar que no tomara ninguna foto. ¿Se han perdido? ¿Se han destruido como se ha borrado de la memoria común el nombre de Ohrdruf? La AFP no conserva ninguna[26].

Algunos presos han logrado ocultarse, como ese «ser humano» que emerge de la oscuridad de un barracón para enfermos de tifus, escribe Meyer Levin: un chico de 16 años que empieza a hablar en polaco. Levin se dirige a él en *yiddish*: «¿Eres judío?». El chico no contesta. «No tengas miedo. Yo también soy judío». «¿De dónde eres?». De Lublin. La historia que cuenta, dice Meyer Levin en su autobiografía, es parecida a todas las historias que oírás de boca de los supervivientes en cada campo donde entrará y en los años siguientes. Parecida, a grandes rasgos, a la de Henri Borlant. Como su guía «polaco» y el puñado de supervivientes que se encuentran escondidos en el campo, forma parte de los que han logrado sustraerse a la evacuación o evadirse cuando empezaron las «marchas de la muerte». Estas historias son las de la irrupción de la violencia nazi, del internamiento en un gueto o en un campo, de los familiares fallecidos, de una supervivencia y un preguntarse sin fin por las razones de esa supervivencia (¿por qué yo?), del azar o de la suerte que tuerce el destino, a costa del remordimiento torturante de haber dejado tras de sí a un hijo, a un padre, al ser amado.

El campo de Ohrdruf se construyó en un extenso terreno militar de más de cuatro mil hectáreas, donde en 1914-1918 habían sido internados prisioneros de guerra de todas las nacionalidades[27]. Algunos murieron allí y fueron enterrados en un pequeño cementerio militar[28]. Con el advenimiento del nazismo, el campo sirvió para el entrenamiento de las juventudes hitlerianas. En otoño de 1944, se instaló allí un campo satélite de Buchenwald. Fue el último campo abierto por los nazis. Entonces se libera Roma; los aliados occidentales desembarcan en Normandía y avanzan, si bien todavía no han alcanzado el Rin. Al Este, los soviéticos han cruzado el Vístula, han entrado en Varsovia y avanzan en dirección al Elba.

Numerosos testimonios de supervivientes del campo de Ohrdruf aclaran las condiciones de vida de los prisioneros, entre las peores del universo concentracionario. No dicen nada de las razones de su construcción ni de los usos a los que estaba destinado, algo que para las víctimas nunca estuvo claro. Aquí topamos con los límites de una historia escrita a partir únicamente de testimonios. La construcción de Ohrdruf se inscribe en un amplio movimiento de reorganización de la industria del armamento. Ante el fracaso de las armas clásicas al que se enfrenta el ejército alemán (la gigantesca batalla de tanques de Kursk en julio-agosto de 1943 así lo atestigua) y la densidad de los bombardeos aliados que apuntan a las instalaciones industriales alemanas sobre todo con vocación militar, los dirigentes nazis deciden iniciar la producción en serie de aviones a reacción y de los famosos V1 y V2. Estas armas milagrosas deben permitir una victoria cada vez más improbable. En

el momento en que se establece «una cooperación brutal» entre la industria alemana, el Ministerio de Armamento y las SS, también deciden, posibilidad ya indicada por Speer, enterrar la producción de los cohetes en túneles. Es una «construcción subterránea hercúlea» que solo las SS con su fuerza cautiva de los campos de concentración puede llevar a buen puerto, como reconocen enseguida Speer y Hitler. El general de las SS Hans Kammler y el Estado Mayor de los aviones de caza, el *Jägerstab*, son elegidos para llevar a cabo este programa.

Kammler, responsable de construcción de las SS, era ingeniero de formación. Se había afiliado al partido nazi en 1932[29]. Había tenido sobre todo la responsabilidad de construir las gigantescas cámaras de gas-crematorios de Birkenau. Como todos los proyectos de Kammler, cuyo buque insignia fue el siniestro campo de Dora-Mittelbau, Ohrdruf recibe un nombre en clave (SIII). Hay que excavar veinticinco túneles en la meseta calcárea, poner raíles y equiparlos. ¿Debían servir para albergar un centro de comunicaciones? ¿Un centro de producción de armas o de investigación? ¿O un cuartel general para Hitler, como se dijo durante el proceso de Buchenwald? Es imposible saberlo, aunque generalmente sea esta última la función indicada por los testigos.

La mano de obra concentracionaria era omnipresente en las industrias de armamento desde 1942, pero los judíos estaban excluidos. Las cosas cambian en la primavera de 1944. Las condiciones de vida de los que excavan esos túneles y trabajan en ellos son mortales. Los presos son literalmente devorados por esa máquina infernal que hay que alimentar continuamente con nuevos esclavos. La ocupación por la Wehrmacht de Hungría, donde la comunidad judía está intacta, el 19 de marzo de 1944, permite atisbar un nuevo vivero de esclavos. La mayoría de los 435.000 judíos húngaros deportados en la primavera de 1944 a Auschwitz son destinados a la cámara de gas. Pero se «selecciona» a un tercio para servir de mano de obra. Eso explica lo que descubrimos al estudiar sistemáticamente todos los testimonios aparecidos después de la guerra: la oleada de judíos y judías de Hungría se distribuyó por todos los lugares del mundo concentracionario, y de ella hablan todos los presos que han escrito inmediatamente después de su regreso de la deportación.

Un millar de prisioneros son traídos en noviembre de 1944 del campo principal de Buchenwald, situado a unos cincuenta kilómetros, para proceder a los primeros trabajos de Ohrdruf, y muy pronto otros presos son trasladados allí en gran número. Se considera que en total se registraron en Ohrdruf unos veinticinco mil presos. Ellos fueron quienes instalaron los barracones de madera, las verjas y las alambradas, las torres de vigilancia que se distinguen claramente en las múltiples fotos y películas de la apertura de ese campo[30].

De entrada, las condiciones de vida y de trabajo son terribles, causando una escalofriante mortandad. El superviviente que guía a Levin en su visita calcula que se mataba a unos cincuenta prisioneros diarios, «a golpes, torturados o fusilados». Testimonios recogidos inmediatamente después de la apertura del campo yacen en cajas de archivos y no se han utilizado nunca. Sobre Ohrdruf, como sobre los demás campos, no faltan los testimonios, siempre que alguien se moleste en buscarlos. Porque, de forma sistemática, los miembros de la Misión Francesa de Repatriación en Alemania y los servicios del Ministerio de Prisioneros, Deportados y Refugiados, también llamado Ministerio Frenay, y luego el servicio de búsqueda de los cuerpos en Alemania escucharon a los supervivientes. A veces incluso los oficiales franceses los llevaron de nuevo al campo para comprender mejor su relato, a un campo dependiente ahora de la autoridad estadounidense. En Gotha, desde el 6 de abril de 1945, el teniente G. Balas, oficial francés de enlace con el Ejército estadounidense, recoge el testimonio de Georges Gaudiny, «interrogado en el caso de una

investigación sobre el campo de concentración de Hordruff [*sic*]]»[31]. Refractario al STO, Georges Gaudiny fue detenido y deportado a Dachau, donde pasó seis meses. Luego, hacia el 15 de diciembre de 1944, tras pasar por Buchenwald, fue trasladado a Ohrdruf con una serie de franceses, al mismo tiempo que Marcel Michelin. Georges Gaudiny es destinado a los servicios de desinfección del campo y luego, a principios de febrero, es enviado al campo norte (*Nord Lager*) para ayudar, como Lanoiselée, a enterrar los cadáveres.

Enterrábamos entre treinta y cuarenta al día amontonándolos en fosas de cuatro metros de ancho por cuatro metros de profundidad y quince metros de largo aproximadamente. La primera semana de marzo, dos de las fosas estaban llenas y la tercera a la mitad. Entonces recibimos la orden de desenterrar los cadáveres para quemarlos. Un primer intento de los propios sepultureros no dio ningún resultado. El *Lager Führer* [jefe del campo] Stibitz vino entonces personalmente para mostrarnos la forma de operar que él ya había practicado en el campo de Auschwitz en Polonia. Hacíamos unas piras con tres hileras de cuerpos separadas por capas de leños. La primera capa de leños se disponía sobre dos raíles paralelos y la rociábamos con alquitrán antes de encenderla. Durante la combustión, a veces teníamos que dar la vuelta a los cadáveres para que solo quedasen cenizas una vez apagado el fuego. Por este procedimiento, destruimos todos los cadáveres de la fosa medio llena. Las cenizas se echaron al fondo y volvimos a tapparla. Como habíamos hecho cinco piras de 250 cuerpos cada una, esta primera fosa debía de contener unos mil doscientos cadáveres. En el momento en que llegaron los estadounidenses, los SS nos hicieron recubrir la segunda fosa de la cual la mitad de los cuerpos ya habían sido quemados. La tercera fosa estaba intacta. La pira que ve usted hoy es excepcionalmente pequeña, pues no tuvimos tiempo de terminarla, solo debe de contener un centenar de cuerpos.

Otro superviviente, el doctor Clément Bailly, presta testimonio el 9 de abril y entrega su «informe relativo al *Straflager* de Ohrdruf» el 13 de abril en Gotha a un oficial de enlace francés: «El trabajo era tan cansado que un hombre que llegaba en buen estado de salud estaba agotado y moría de caquexia al cabo de un mes. Nos despertábamos todas las mañanas hacia las tres y media; a bastonazos y patadas, rápidamente había que vestirse con unos harapos sucios, inmundos y llenos de piojos. Un tazón de sucedáneo de café, 200 gramos de pan negro, 20 gramos de margarina constituían la ración del día. Hacia las cuatro y cuarenta, a formar en filas de diez en la plaza del recuento, con un frío terrible, nieve y lluvia». Bailly cuenta entonces detalladamente los tormentos de los que eran víctimas los prisioneros. Para algunos comandos, añade, el transporte se hacía en camiones que arrastraban un remolque. Otros efectuaban diariamente una marcha de ocho a diez kilómetros a pie. En algunos lugares de trabajo, como Crawinkel, unos *Meisters* [capataces] civiles alemanes dirigían los trabajos de excavación ayudados por unos *kapos*, esos presos encargados de vigilar a los equipos de trabajo. Los comandos (el término designa a un equipo destinado a una determinada tarea) restantes estaban alojados en búnkeres sin aire y sin luz. No había agua. Los piojos pululaban y muchos presos habían contraído el tifus. Al cabo de tres meses, según refiere el médico francés, el *Nord Lager* estaba lleno de enfermos. Un primer convoy de 2.000 enfermos, entre ellos 113 franceses, salió el 13 de mayo hacia las cuatro de la tarde camino de la estación de Ohrdruf y con destino a un campo cerca de Hannover, del cual Bailly trastoca el nombre: «Belzenbergen», o sea, Bergen-Belsen. Un segundo transporte de 1.800 hombres siguió el mismo camino el 20 de marzo. El médico posee la lista con los nombres de los 48 franceses que formaron parte de él.

Estos testimonios también cuentan cómo se realizó la evacuación. La decisión de vaciar el campo se tomó el 2 de abril. El comandante SS de Ohrdruf, el capitán Oldeburhuis, lo había solicitado a su superior, el jefe de la policía de Weimar, el SS coronel Schmidt, que lo comunicó por teléfono al *Reichsführer SS* Heinrich Himmler. A raíz de esa llamada telefónica, se dio carta blanca al comandante de Ohrdruf. Debía dirigir a los presos hacia otros campos y estaba autorizado a deshacerse de los «criminales profesionales» y de los hombres considerados peligrosos. Unos doce

mil prisioneros son arrojados entonces a la carretera de Buchenwald, en parte en camiones. 1.500 no llegarán al campo principal, muertos de agotamiento o rematados por bala[32]. La evacuación empezó hacia las cuatro de la tarde del 3 de abril, con la formación de columnas de cien a doscientos hombres, escoltados por entre cinco y diez SS. Los enfermos del *Revier*, la enfermería, entre ellos enfermos de tifus con más de cuarenta de fiebre, desnudos bajo una manta, también son evacuados. Clément Bailly forma parte de la última columna, compuesta por 102 hombres, que abandonó el campo hacia las seis y media de la tarde. Dejaba tras de sí a una treintena de enfermos. Más de cincuenta de estos últimos evacuados se evadieron después de unos quince kilómetros de marcha en dirección a Arnstadt. Son los hombres con los que se cruzan Meyer Levin y Éric Schwab en la carretera.

Estos testimonios tienen entonces para los hombres del Ministerio de Prisioneros, Deportados y Refugiados una finalidad clara: documentar lo que han sido los campos, rastrear el destino de los que allí fueron deportados desde Francia, obtener el máximo de información sobre los camaradas de deportación y sus familias y, más tarde, localizar los lugares donde han sido enterrados ciudadanos franceses.

Pero los franceses son una minoría: los judíos de Europa central y oriental forman la mayoría de los presos de Ohrdruf. Un informe alemán del 25 de marzo de 1945 hace constar que había entonces 9.943 prisioneros, de los cuales 6.000 eran judíos, es decir unos dos tercios[33]. Y es que los prisioneros de Ohrdruf son los evacuados de los campos de Auschwitz, como el francés Henri Borlant y el polaco Henry Ehrenberg, que los operadores del Ejército estadounidense entrevistaron y filmaron en películas desgraciadamente mudas. Se trata sobre todo de judíos húngaros.

Meyer Levin siempre estuvo convencido de haber sido *el* primero. Pero posiblemente solo fue *uno* de los primeros, ya que el mismo día llegaron a Ohrdruf unos militares. El descubrimiento fue por lo tanto fortuito, como el de los campos de Auschwitz, como más tarde el de Buchenwald, el de Dachau o el de Bergen-Belsen por los británicos. Para Meyer Levin y Éric Schwab es literalmente una revelación, igual que para los GI que penetran en el campo, y muy pronto para los generales estadounidenses que lo visitan. Sin embargo, ningún aliado beligerante, ni la Unión Soviética en el Este ni los occidentales en el Oeste, ha previsto ni preverá equipos especiales encargados de liberar los campos, ni siquiera después del de Struthof, los campos de Auschwitz y la conmoción que supuso Ohrdruf. Y a cada vez, desde el 5 de abril hasta el final de la guerra, la conmoción se producirá.

En cuanto se abre el campo, el coronel Hayden Sears, que manda la 4.^a División blindada, toma una decisión que se reproducirá ulteriormente con variantes en diversos campos: hacer visitar el campo a los ediles y luego a la población de los alrededores; reclutar a esta última para enterrar los cuerpos. Es muy difícil decir si la idea que se le ocurrió a Hayden Sears les surgió igualmente a otros militares británicos o estadounidenses que entraron en otros campos o si la «mediatización» de esta primera visita, ampliamente retransmitida en los noticiarios filmados, los inspiró. Pero encontramos la misma voluntad de confrontar a las poblaciones locales con la realidad de lo que ha venido sucediendo a las puertas de su ciudad, y que ellas dicen haber ignorado por completo. Primero, el 7 de abril, se obliga al alcalde de Ohrdruf a visitar el campo. Meyer Levin, como todos los periodistas presentes, escribe que al regresar de la visita el alcalde y su mujer se ahorcaron. ¿Comoción ante una realidad que conocían, pero cuyo horror no imaginaban? ¿Miedo a represalias?

Este doble suicidio intriga. Otros alcaldes también se suicidaron, a veces en familia, como el de la ciudad de Leipzig. De hecho, Alemania conoció en la primavera de 1945 una «oleada masiva de suicidios» cuya amplitud y razones desconocemos (7.000 solo en la ciudad de Berlín en 1945): ¿mujeres que temían ser violadas o que lo habían sido?, ¿cargos que tomaron conciencia de sus responsabilidades o que temían represalias, sobre todo por parte de los soviéticos?, ¿deseo de no sobrevivir al hundimiento del «Reich de 1.000 años», como en el caso de Hitler y de la familia Goebbels?

El 8 de abril se organiza la visita de diversos notables: un médico militar y varios cargos nazis locales. También fueron filmados y las imágenes pueden verse en Internet[34]. Se les ve llegar vestidos de paisano en un camión, bajar del camión, ser obligados a mirar las huellas de los crímenes: montones de cadáveres, esqueletos. Son todos hombres de edad avanzada. Se ven los cuerpos descritos por Meyer Levin dispuestos en círculo en el suelo, así como el barracón de madera donde están apilados cadáveres. Los soldados estadounidenses empujan a los hombres hacia el interior. El comentario afirma que permanecen impasibles, que el espectáculo del horror no suscita en ellos ninguna emoción. Siempre es muy difícil para quien mira atribuir emociones a los que han sido filmados. Generalmente, se proyecta en ellos lo que uno espera que expresen. Por nuestra parte, encontramos sus caras herméticas, inquietas, incluso angustiadas.

El 11 de abril, la División Timberwolf descubre, en Nordhausen, Dora-Mittelbau, otro campo satélite de Buchenwald, convertido en campo independiente. Los estadounidenses encuentran allí un número impresionante de cadáveres (3.000) y alrededor de 700 supervivientes, que son evacuados hacia hospitales del ejército o clínicas improvisadas, instaladas en pisos de los que se ha expulsado a los ocupantes alemanes. Se extraen los cuerpos de los barracones. Se recluta a los habitantes de Nordhausen y se les distribuye en dos grupos: el primero excava en la colina que domina el campo grandes fosas capaces de contener entre cincuenta y cien cadáveres; el otro se encarga de transportar los cuerpos[35].

El descubrimiento de Nordhausen, del cual Schwab y Levin no fueron testigos, multiplica el horror de Ohrdruf. También sirve en cierto modo de rodaje para el guion del descubrimiento. El campo es localizado por casualidad. Los soldados que no están combatiendo deben visitarlo. Los habitantes de la localidad más próxima se encargan de retirar los cuerpos y enterrarlos. La prensa cubre ampliamente el acontecimiento.

Ese mismo 11 de abril, los estadounidenses entran en Buchenwald, pero al día siguiente, 12 de abril, lo que visitan los generales George Patton, Omar Bradley y Dwight Eisenhower es Ohrdruf, invitados por el 20.º Cuerpo de Ejército, que ahora ocupa la zona. Tal vez porque las «atrocidades nazis» son allí especialmente visibles. Todo se ha dejado intacto desde el macabro descubrimiento del 4 o 5 de abril. El tiempo ha hecho su obra, los cadáveres están descomponiéndose y el olor es infecto. En una semana, todo ha tenido tiempo de pudrirse. Los militares estadounidenses han visto la guerra de cerca y su cuota de soldados caídos bajo el fuego del enemigo o despedazados por minas. Pero nada se parece a lo que tienen delante en Ohrdruf. Esos hombres, que sin embargo conviven con la muerte desde hace casi un año, se ven confrontados con el horror de otra muerte, el resultado de una

degeneración absoluta que no sospechaban. Eisenhower palidece y permanece en silencio, pero insiste en ver el campo en su totalidad. Patton tiene que retirarse discretamente detrás de un barracón para vomitar.

Un preso de Ohrdruf, Ignatz Feldmann, guía a los generales durante toda su visita al campo. Es su «impresario», según el término utilizado por Patton en sus memorias. En todas las fotografías y las imágenes filmadas, mudas, se ve a ese hombre de unos cuarenta años, de corpulencia normal, cuyo cabello ha vuelto a crecer, parlanchín y expresivo, mascando chicle a veces, imitando los veinticinco latigazos infligidos a los presos como castigo, explicando delante de un cadalso lo que era un ahorcamiento. Tres días después de esta visita, Patton informa a Eisenhower de que ha escrito a todos los comandantes de campos y jefes de Estado Mayor para darles la orden de mandar visitar los campos. Y añade: «Tal vez le interese saber que el supuesto prisionero tan parlanchín ha sido reconocido por un ruso como antiguo guardián. El preso le ha hecho saltar el cerebro del cráneo con una piedra»[\[36\]](#). Y en sus memorias dice: «Luego resultó que no era un prisionero, sino un ejecutor [...]. Lo encontraron muerto al día siguiente, a manos de los prisioneros». Es difícil encontrar información sobre Ignatz Feldmann. Nacido el 23 de enero de 1901, fue trasladado en diciembre de 1944 al campo de Ohrdruf. Son los únicos datos proporcionados por los archivos de Buchenwald. El hombre fue un futbolista conocido, miembro del equipo de Hakoia, un club judío de Viena. Tras el Anschluss, emigró a los Países Bajos. Internado en Westerbork, el Drancy holandés, formó parte de su equipo de fútbol, como también del de Terezin, adonde fue deportado. Traslado a Auschwitz, conoció luego sucesivamente los campos de Sachsenhausen y Buchenwald. ¿Qué hizo en esos distintos campos para suscitar el odio asesino de sus compañeros de cautiverio? Sabemos muy poco de los ajustes de cuentas brutales que tuvieron lugar en los campos los días de su liberación. Y quizás nunca lleguemos a saber más.

Inmediatamente después de su visita a Ohrdruf, Eisenhower ordena a todas las unidades que se hallan cerca y cuya presencia en el frente no es indispensable que visiten el campo. Según Bradley, declaró: «Nos dicen que el soldado estadounidense no sabe por qué lucha. Ahora, al menos, sabrá *contra* qué lucha». Si Eisenhower considera indispensable que las tropas sepan, también considera que el mundo debe compartir ese saber. Desde el cuartel general del 3.º Ejército, manda un cable a Londres y a Washington pidiendo que le envíen urgentemente delegaciones de funcionarios y periodistas que puedan dar testimonio: «Continuamente encontramos campos alemanes donde viven prisioneros políticos en condiciones espantosas. Mis propias observaciones me llevan a afirmar sin lugar a dudas que ningún texto hasta hoy describe ese horror en su totalidad». Ni Eisenhower ni Patton mencionan a los judíos, ausentes de sus descripciones.

Esta voluntad estadounidense de dar la máxima publicidad al descubrimiento de los campos y a sus horrores contrasta con la del Ministerio de los Prisioneros, Deportados y Refugiados francés, donde todavía impera la censura. En el mismo momento en que Eisenhower invita a periodistas y funcionarios a ir a Alemania, los servicios del Ministerio Frenay imponen la reserva: hay que evitar asustar a las familias que esperan el regreso de uno de los suyos describiendo en exceso el horror. La situación no es la misma en Francia que en Estados Unidos. Para ellos, el descubrimiento de los campos justifica retroactivamente la ruptura del aislacionismo y su entrada en la guerra, mostrando unas atrocidades que no afectan directamente a los ciudadanos estadounidenses. La campaña de

prensa que se inicia también permite preparar a la opinión para los grandes procesos y deja abierta la suerte de Alemania. La amplia investigación del Buchenwald Report, que comporta numerosísimos testimonios, se inicia inmediatamente después de la apertura del campo por parte de un equipo especial de la División de guerra psicológica del SHAEF, el Estado Mayor de las fuerzas aliadas en Europa, con ayuda de un comité de prisioneros, entre ellos el resistente austriaco Eugen Kogon.

El descubrimiento de Ohrdruf ha sido objeto de una verdadera operación de comunicación, de una intensa mediatización, por utilizar unas expresiones totalmente anacrónicas. Esa operación es fundadora de una imagen unificada de los campos nazis: todos idénticos, todos lugares de muerte en masa para el conjunto de los internos, todos lugares de tortura donde se ejercía el sadismo de los nazis, lo cual no es falso, naturalmente, pero borra las diferencias entre los distintos campos y entre los propios internos. Esta representación se instala duraderamente hasta la década de 1980, cuando el auge de la memoria del genocidio de los judíos la hará pasar a un segundo plano, aunque sin hacerla desaparecer del todo. Es, pues, el campo cuyas imágenes —junto con las de Bergen-Belsen— han sido más difundidas. Han circulado por todo el mundo y figuran en todos los documentales sobre los campos, si bien muy pronto el nombre de Ohrdruf ha caído en el olvido, difuminado por el de Buchenwald. Pues no bien apareció —¡y qué aparición!—, el campo de Ohrdruf desapareció. Las circunstancias hicieron difícil cualquier esfuerzo de memoria. Los estadounidenses instalaron allí un pequeño campo para personas desplazadas. Se fueron el 2 de julio de 1945 y cedieron el lugar a los soviéticos, que hicieron su entrada en la ciudad al cabo de dos días. Inmediatamente, el campo de Ohrdruf fue devuelto a su vocación primitiva de terreno militar. Y así ha seguido hasta nuestros días.

El único memorial importante, visible desde la carretera, es el dedicado al «vagón de Compiègne», ese vagón en el que se firmó el armisticio del 11 de noviembre de 1918. Hitler exigió que el del 22 de junio de 1940 también se firmase en ese mismo vagón, para borrar la vergüenza. Luego el vagón fue enviado a Berlín y expuesto en la Puerta de Brandeburgo. El precioso trofeo fue evacuado de la capital amenazada a principios de abril de 1945 y llegó a Crawinkel el 11 o el 12, en el momento en que las tropas estadounidenses entraban en Buchenwald.

BUCHENWALD I

El impacto para Éric Schwab y Meyer Levin fue Ohrdruf. Y lo fue para muchos. Fueron las primeras fotos y los primeros noticiarios filmados, los primeros comunicados de agencia y los primeros artículos de prensa que marcaron toda la información sobre la liberación de los campos. La onda de Ohrdruf engloba, una semana después del descubrimiento de ese lugar, la visita de los generales estadounidenses, Patton, Bradley y Eisenhower, acompañados por periodistas, fotógrafos y cámaras. Meyer Levin y Éric Schwab ya no estaban allí. En Ohrdruf se inició la visita de los campos, un fenómeno que se prolongó durante más de un mes. Cada apertura de un campo fue una réplica de la de Ohrdruf: nubes de reporteros, de políticos, visita de los ediles y de las poblaciones locales, una parte de las cuales se recluta para enterrar los cuerpos.

Luego Ohrdruf dejó de figurar en los circuitos del turismo del horror, antes de ser borrado de las memorias y de la historia. Quedaron las fotos y las películas. Solo dos grandes campos siguieron durante mucho tiempo dedicados a mostrar el horror nazi: Buchenwald, liberado el 11 de abril, y luego Dachau, tras su liberación el 29 de abril. Los dos primeros campos del «universo concentracionario nazi», por retomar la expresión inventada por David Rousset.

Eisenhower no fue a Buchenwald. Al menos no existen ni fotos ni películas de una posible visita, y no es imaginable que pudiera tener lugar fuera de toda mirada y que no dejase ningún rastro escrito. Solo Patton fue, el 16 de abril de 1945. Pero Buchenwald no se parece a ningún campo abierto en el Oeste ni en el Este. Hasta entonces, los aliados únicamente habían encontrado en los campos barracones, torres de vigilancia, crematorios, alambradas, como los estadounidenses en el Struthof; o indicios de la destrucción —cabellos, vestidos, zapatos, prótesis—, como los soviéticos en Treblinka, Majdanek o Auschwitz; a veces pilas de cadáveres, como en Ohrdruf, y miles de agonizantes en los campos del complejo de Auschwitz. En Buchenwald, los estadounidenses, y luego los periodistas y los fotógrafos que afluyen en gran número, se enfrentan a una realidad totalmente distinta: la de una población concentracionaria numerosa y una organización de presos cuya complejidad perciben, una sociedad enteramente organizada, aunque de un modo macabro, «a complete macabre society», como escribe Meyer Levin.

En Ohrdruf como en Nordhausen, los estadounidenses se habían enfrentado a un solo aspecto del universo concentracionario: la muerte en masa. Con la liberación de Buchenwald todo el sistema se revela en su complejidad. Buchenwald, cuya existencia sin embargo era conocida desde antes de la guerra y cuyos presos habían podido mantener correspondencia con su familia, una vez más se descubre por azar, lo cual demuestra de nuevo el poco caso que el SHAEF [Cuartel General Supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada] hacía de los campos de concentración.

En el *Spirit of Alpena*, el jeep que compartían, Éric y Meyer recorren las carreteras por las que circula también la 4.^a División de tanques. Por el camino, y sobre todo gracias a Éric, capturan ellos solos a un general y lo entregan al ejército: «Éric estaba tan excitado que olvidó tomar fotos. Me parece —escribe Meyer en el comunicado que envió el 11 de abril— que no se lo perdonará jamás». Así, los dos hombres oscilan y oscilarán hasta que cesen los combates entre la excitación que provoca la guerra y la estupefacción delante del espectáculo de los campos. Atraviesan Buchenwald sin ver el campo y «se pierden» en cierto modo su descubrimiento por parte de los estadounidenses, puesto que han dejado tras ellos una parte de las tropas. No hay ni periodistas ni fotógrafos que asistan a la entrada de los estadounidenses en Buchenwald, el 11 de abril.

Los historiadores del Memorial de Buchenwald han establecido una cronología pormenorizada de esa jornada decisiva. La víspera, 9.280 internos habían sido evacuados en dos columnas y los SS habían anunciado que el campo sería totalmente vaciado al día siguiente. Unas veintisiete mil personas ya lo habían abandonado y la organización de la Resistencia intentaba frenar por todos los medios posibles ese movimiento de evacuación. Los ejércitos estadounidenses estaban entonces a unos cincuenta kilómetros. El 11 de abril a las nueve de la mañana, el comandante Hermann Pister cambió de opinión y convocó en la verja del campo al decano de los presos, Hans Eiden, un comunista alemán que estaba internado allí desde 1939, y a Franz Eichhorn, internado en 1938, que se alistó en la organización comunista (y que fue su barbero). Les anuncia que las SS se retiran y entrega el campo a Hans Eiden. A las diez, los altavoces lo anuncian: «Que todos los miembros de las SS abandonen inmediatamente el campo». Hacia las doce, la operación ha finalizado.

En ese mismo momento, un equipo de combate estadounidense toma la ciudad de Hottelstedt y captura a quince SS. Cuando están en fila, esperando ser enviados a la retaguardia para ingresar en un campo de prisioneros, una cincuentena de deportados soviéticos intenta apoderarse de ellos. Los estadounidenses se lo impiden. Los soviéticos hacen valer, en favor de un castigo inmediato, que esos SS guardaban el campo de Buchenwald. La misión del equipo de combate es dirigirse a Ettesberg, más al este. Sin embargo, el capitán Robert Bennet envía a cuatro de sus hombres, guiados por los soviéticos, a explorar el campo. Entran por un agujero de las alambradas y son acogidos con entusiasmo. Regresan al cuartel general para dar cuenta de lo que han visto.

A las diez y media, el Comité Internacional que organiza la resistencia en el interior del campo ha movilizado a sus grupos, equipados con armas de fuego recuperadas clandestinamente aprovechando el bombardeo aéreo aliado del 24 de agosto de 1944. Estos grupos se reúnen a las 14.45 junto a los barracones 3 y 4, cerca de la plaza del recuento. A las tres, es Hans Eiden quien tiene el honor de izar la bandera blanca y de informar a los prisioneros de la situación, al tiempo que hace un llamamiento a la disciplina. Los visitantes del Memorial de Buchenwald pueden comprobar que el reloj de la puerta está parado para siempre a las 15.15, hora oficial de la liberación. Los grupos resistentes toman entonces sin combate el control del campo.

Hacia las cinco, dos oficiales franceses, el teniente Emmanuel Desard y el sargento Paul Bodot, vinculados a la 4.^a División blindada del Ejército estadounidense que se encuentra a la sazón cerca de Arnstadt, penetran en el campo. Bodot había visto Ohrdruf. Había fotografiado allí de forma compulsiva y con una mano a menudo temblorosa los cuerpos esparcidos de los deportados ejecutados de un tiro en la nuca, los montones de cadáveres y las fosas todavía humeantes. Desard confirma a Hans Eiden como comandante del campo. Diez minutos más tarde, entran en el campo

otros miembros de la 4.^a División blindada y de la 80.^a División de Infantería.

¿Liberaron los estadounidenses el campo y a los 21.000 internos que aún se hallaban en él? ¿Expulsaron los presos en armas a los SS? ¿Fue la liberación fruto de una insurrección planificada por el Comité Internacional, como han afirmado siempre los comunistas[37]? Este tema, que fue candente durante mucho tiempo, no parece ser objeto de polémica, pues las cosas al final son muy sencillas. Dejemos que un miembro eminente de la organización de resistencia del campo, que también fue uno de los primeros historiógrafos, Eugen Kogon, resuma la situación. Este cristiano austriaco, detenido después del Anschluss, fue internado en Buchenwald en septiembre de 1939. Escribe que aquel día, 11 de abril:

Las condiciones eran favorables para una acción armada eficaz. Pero las SS ya no intervinieron. A las diez y media, el primer jefe del campo [se trata del jefe nazi] declaró al primer decano del campo [se trata del jefe de los presos] que Buchenwald sería abandonado sin combate. Esta declaración tenía cierta credibilidad, pero también se sabía, por otra parte, que las SS habían pedido al aeropuerto de Nohra, situado a poca distancia, aviadores para destruir el campo pasando sobre él en vuelo rasante. Por consiguiente, todos los hombres se mantuvieron en estado de alerta. Cuando una hora y media más tarde, aproximadamente, los altavoces invitaron a todos los miembros de las SS a incorporarse inmediatamente a su servicio en el exterior del campo, la angustia alcanzó su punto álgido. Poco después, los SS empezaron a retirarse. La suerte estaba echada. No quedaban más que los centinelas en las torres de vigilancia; pero hacia las tres, cuando el ruido de la batalla se acercaba, se replegaron en el bosque cercano. A continuación, los camaradas de la guardia del campo, que se mantenían ocultos con sus armas, corrieron a cortar las alambradas, ocuparon las torres, se apoderaron del gran portal de entrada e izaron la bandera blanca en la torre número 1. Así es como los primeros tanques estadounidenses procedentes del noroeste encontraron Buchenwald liberado.

Este relato, corroborado por otros testimonios, especialmente el de Jean-Baptiste Lefebvre, uno de los primeros oficiales franceses que junto con Desard y Bodot entró en Buchenwald («Entramos en el campo: no hay señal alguna de combate»), es clarísimo. La organización de resistencia del campo, cuya acción impidió una parte de las evacuaciones mortíferas de presos durante los primeros diez días de abril de 1945, está preparada para una «insurrección», a la cual renuncia porque haría víctimas entre los prisioneros que ya están a punto de ser liberados, pero sobre todo porque finalmente no tiene razón de ser: los SS han abandonado el campo, no por miedo a los prisioneros, sino porque el ruido de la batalla se acercaba y no querían caer en manos de los estadounidenses.

La liberación de Buchenwald fue, como la de los demás campos, un no acontecimiento militar debido al irresistible avance de los ejércitos aliados y a la debacle del Reich. Pero a diferencia de los demás campos, la organización de resistencia era lo bastante fuerte y estructurada como para recibir a los estadounidenses y, bajo su mando, hacer reinar el orden. Los presos que salen a su encuentro son los miembros del Comité Internacional. Han pasado en Buchenwald seis o siete años y han asumido las funciones administrativas (jefe de campo, jefe de bloque, *kapo*...) que hacían doblete con la jerarquía nazi. Su forma física es aceptable, como lo atestiguan las fotos tomadas por Éric Schwab, y su aspecto no tiene nada que ver con los cuerpos descarnados descritos por Meyer Levin en Ohrdruf. Van armados y están dispuestos a prestar ayuda a sus libertadores.

De hecho, con una gran eficacia, este comité de presos toma las riendas del campo. El mismo día, adopta una serie de decisiones. Se forma un consejo del campo, donde cada nación está representada en proporción al número de sus ciudadanos presentes: 1 por cada 1.000 internos. En el campo hay

entonces 2.900 franceses, y unos 4.000 judíos que no están identificados como tales, sino según su nacionalidad. Por lo tanto no están representados en ese consejo. El comité tiene un buró ejecutivo compuesto por un representante para los soviéticos, uno para los alemanes en la persona de Walter Barthel, uno para las naciones latinas, salvo Francia que tiene su propio representante, Frédéric Manhès. Se forman seis comisiones: seguridad, alimentación, medicina, vestido, administración del campo e información. Todas las funciones administrativas serán ocupadas por presos. Protegerán el campo, en el exterior contra los SS y en el interior contra los «bandidos»: «Es de una importancia capital que aparezcamos ante los aliados como seres humanos libres y disciplinados».

Todos los que han entrado en un campo de concentración, en fechas diferentes y en circunstancias distintas, han tenido la sensación inmediata de penetrar en un universo ajeno a todo lo que habían conocido, incluido el universo carcelario. Éric Schwab fotografió desde el interior la puerta de Buchenwald en primer plano para que se pudiera leer la inscripción incrustada en la reja: «Jedem das Seine» (A cada uno lo que merece), diseñada en 1937 en el más puro estilo Bauhaus por el grafista y arquitecto Franz Ehrlich[38]. Detrás, se distinguen las siluetas de los libertadores estadounidenses, de los tanques y, como telón de fondo, unos vehículos militares y unos prisioneros. Esta inscripción es única. En otros campos, en Dachau, Auschwitz o Terezin, se leía «Arbeit macht frei» (El trabajo hace libre). También está hecha, a diferencia de las demás inscripciones, para ser leída por los presos desde el interior del campo, especialmente durante los interminables recuentos destinados a comprobar los efectivos.

Los campos de concentración nazis no son ni cárceles ni lugares donde se concentre a las poblaciones, como se hizo en Sudáfrica durante la guerra de los Bóers o durante la Primera Guerra Mundial, cuando los países que participaban en el conflicto internaron en «campos de concentración» a los ciudadanos de los países enemigos. El *Konzentrationslager* (KL) conforma un sistema, y ese sistema concentracionario es consustancial al nazismo. Es la expresión más perfecta del terror que debe reinar en toda la sociedad. Dentro de este sistema, Buchenwald ocupa un puesto especial y su historia permite explicar en parte las condiciones de su liberación.

Dachau, cerca de Múnich, el primer verdadero KL, sirve de modelo. El campo se inauguró el 21 de marzo de 1933 con una conferencia de prensa. Porque la existencia de esos campos no participa del «espantoso secreto» (según la expresión de Walter Laqueur) que se refiere únicamente a la destrucción de los judíos de Europa durante la Segunda Guerra Mundial. Al contrario, debe ser conocida por toda la población alemana e inspirarle un sagrado terror. Theodor Eicke, el comandante de Dachau, elabora su organización y su reglamento, que comporta toda una gama de sanciones, en particular los veinticinco bastonazos que evocan los testimonios de presos y que Ignatz Feldmann imita en Ohrdruf delante de los generales estadounidenses y las cámaras. En abril de 1934, Eicke es nombrado por el *Reichsführer SS* y jefe de la policía alemana, Heinrich Himmler, inspector de los campos encargado de su reorganización. Su tarea consiste en someterlos a las SS, reunirlos, absorbiendo los mayores a los más pequeños, estandarizarlos y perfeccionar su régimen aplicando las reglas diseñadas en Dachau. Para gestionar los campos, los nazis inventaron el sistema perverso de una doble jerarquía: la de las SS es sistemáticamente doblada por la de los internos.

El campo de Buchenwald fue construido en el contexto de la preparación para la guerra, con la puesta en práctica del «plan de cuatro años» que requiere una ampliación de la red concentracionaria

para recibir a aquellos que se tiene previsto arrestar. Desde esta perspectiva, el proyecto de construir un campo en Turingia, cuyo *Gauleiter* es Fritz Sauckel, que fue el organizador del STO y será ahorcado en Nuremberg, se ve como una necesidad, pues «siendo el corazón de Alemania, esta región se verá especialmente afectada en caso de guerra por elementos hostiles al Estado». Tras muchas negociaciones, las SS obtienen un terreno de una superficie imponente en la colina boscosa y deshabitada del Ettesberg, a pocos kilómetros de la ciudad de Weimar. El lugar comporta una cantera y arcilla que permite instalar fábricas de ladrillos. Las SS podrán así poner a los presos a trabajar. Será, pues, el campo del Ettesberg. El Ayuntamiento de Weimar protesta contra esa apelación: teme que eso perjudique la imagen de ese lugar mítico de paseo donde Goethe conversó con Eckermann. Será por tanto el *Konzentrationslager Buchenwald/post Weimar*, significando *Buchenwald* simplemente «bosque de hayas». El roble —o tal vez fuera un haya— bajo el cual Goethe descansaba y meditaba es respetado en el proceso de deforestación. Su presencia en el corazón del campo autoriza todas las glosas sobre el contraste entre el humanismo y la barbarie. Será evocada en todos los testimonios.

En julio de 1937 empieza la construcción de un campo con una capacidad prevista de 3.000 a 6.000 prisioneros. En marzo de 1942, bajo el efecto de la guerra, se produce un cambio importante en la administración de los campos con la creación del WHA (*Wirtschaftsverwaltungshauptamt*), la Oficina Central Administrativa y Económica de las SS. Los campos de concentración deben participar en el esfuerzo de guerra, alquilando su mano de obra servil, explotable hasta la muerte y constantemente renovada, a las industrias de guerra que se instalen en el perímetro de los campos, enviando a las fábricas de armamento destacamentos de presos, a los que llaman «comandos», y creando, como en Dora-Mittelbau, instalaciones nuevas. Todo el espacio alemán queda constelado por miles de campos de varios tamaños. En Buchenwald, las SS construyen una empresa de armamento, la *Deutsche Ausrüstungswerke* (DAW). Se instala una gran zona industrial, la *Gustloff-Werke*, que comporta talleres de mecánica, de piezas para los V2 montados en Dora y de fabricación de fusiles. Un ferrocarril comunica entonces el campo con la ciudad de Weimar.

La situación en los 136 campos satélites que dependen de Buchenwald es diversa. En los anexos del campo abiertos para proporcionar mano de obra a una fábrica, las condiciones de vida de los presos son aceptables. En los campos destinados a enterrar las fábricas de aviación de fabricación de cohetes, como Dora y Ohrdruf, en cambio, son mortíferas. En general, son menos duras en el campo principal que en los campos satélites.

Cuando empieza la deportación de los resistentes, de los rehenes y de los presos comunes de toda la Europa ocupada, los alemanes y los austriacos se vuelven muy minoritarios. Parece que fueron 26.000 los franceses que pasaron por Buchenwald, gran parte de ellos deportados en los quince convoyes que salieron de Francia del 25 de junio de 1943 al 3 de octubre de 1944. Buchenwald es por tanto (si exceptuamos Auschwitz-Birkenau para los deportados judíos de Francia) el destino principal de los deportados de Francia. Sin embargo, si bien conocemos ahora los nombres de esos deportados, seguimos ignorando las modalidades y las razones de su detención y su deportación. Pues aunque hubo deportados de Francia a Buchenwald, especialmente los que fotografió Éric Schwab, también hubo rehenes y presos comunes. Estos últimos están muy presentes en los primeros testimonios, aunque luego son dejados de lado por la historia y la memoria.

No es sorprendente que, para Francia, los testimonios más numerosos de supervivientes de los campos (más de cuarenta), publicados inmediatamente después del final de la guerra (entre 1945 y

1947), se refieran a Buchenwald y Dora; a ellos se añadirá el estudio de David Rousset, *El universo concentracionario* (que es quien inventa el adjetivo «concentracionario») y la traducción de la obra de Eugen Kogon. Luego se añadirán otros testimonios, algunos estudios y la obra de Jorge Semprún. Pero el campo de Buchenwald, a diferencia de los de Mauthausen, de Ravensbrück y del Struthof, aún no ha encontrado a un historiador que trate la historia en su totalidad.

Es pues esencialmente a través de los relatos de testigos como podemos captar lo que fue la existencia en ese campo, especialmente la de los franceses fotografiados por Éric Schwab para la AFP. Más allá de las diferencias, sobre todo de calidad de escritura, cuentan historias que se parecen entre ellas y que se asemejan a las de los supervivientes de los otros campos; la detención y la estancia en prisión, el campo de Compiègne (a menudo un paraíso para el que sale de la celda), el «largo viaje» amontonados en vagones de ganado, el hambre, la sed que hace perder la razón, el impacto que produce la llegada, el interrogatorio, la ducha, el afeitado de todo el cuerpo, los perros, el traje a rayas, la cuarentena, el despojo de todo, hasta del nombre, sustituido por un número, el triángulo de color rojo de los prisioneros políticos con la letra «F» inscrita dentro por francés, el hambre, la falta de higiene, la infernal promiscuidad, las letrinas o los bacines, el cielo teñido de rojo del crematorio, el *Blockova* o el *Blockälteste*, en otras palabras: el o la jefe de bloc, el *kapo*, los catres, las alambradas y los que se tiraban contra ellas, la disentería, los piojos y el tifus, la marcha, el recuento interminable cuando los presos son contados una y otra vez, los golpes, las maneras de «organizar», es decir, de conseguir, incluso robándolo, un litro de sopa o un jersey. Existe efectivamente un universo concentracionario.

Pero los relatos de Buchenwald también difieren de los de otros campos (sobre todo de los de Mauthausen, y todavía más de Birkenau), porque a veces se habla de escribir y de dibujar (aunque sea clandestinamente, como lo atestiguan las dos antologías de dibujos de Boris Taslitzky y de Léon Delarbre), de sesiones de cine, de libros sacados de la biblioteca, de cartas o de paquetes. Las condiciones en un mismo universo, en el seno de un mismo sistema, son en efecto diferentes de un campo a otro, pero también dentro del mismo campo. Las fotografías de Éric Schwab lo revelarán.

El poder en el campo está en manos de los nazis. Ellos son los que deciden los efectivos globales y los que deben ser destinados a tal o cual comando de trabajo, dentro o fuera del campo. Pero la aplicación de esas decisiones compete a la jerarquía de los presos. Su control en Buchenwald fue objeto de una lucha encarnizada entre los presos comunes (los «verdes», por el color de su triángulo) y los políticos (los «rojos»). En 1943, los «rojos» alemanes, principalmente comunistas, ganaron el combate. Son ellos, especialmente en la *Arbeitstatistik*, la oficina del trabajo, los que organizan la distribución entre los diversos comandos, preparan los «transportes» hacia los campos satélites y mantienen al día la lista de los efectivos. Los primeros franceses que llegan en 1943 son enviados en masa a Dora. Porque los franceses no son muy respetados en los campos en general y en Buchenwald en particular. Se les reprocha sobre todo la derrota de 1940 y la colaboración. Los médicos, que en Buchenwald son numerosos —algunos eminentes, como el profesor Charles Richet—, son los primeros en ser bien vistos por los comunistas alemanes. Pero con la llegada del resistente comunista Marcel Paul, en 1944, que se convierte en el interlocutor de los dirigentes alemanes, el partido comunista francés se organiza realmente en Buchenwald y reúne a otras corrientes de la resistencia en el Comité de Intereses Franceses. Ahora, el Comité está presente en la organización de resistencia

del campo y puede proteger a algunos prisioneros.

Albert Kirmann, profesor de Química Orgánica en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Estrasburgo, que estuvo en el campo desde el 24 de enero de 1944 al 19 de abril de 1945, alude, como harán otros en todos los testimonios de la vida en Buchenwald, al peso de aquellos que trataron de aplicar lo que él llama la teoría de los «hombres valiosos, que hay que salvar preferentemente». El encendido debate que tuvo lugar inmediatamente después de la guerra, y que se parece mucho al de los Consejos judíos después de la publicación en 1963 de *Eichmann en Jerusalén* de Hannah Arendt, aún no ha sido zanjado por un verdadero estudio histórico que, a partir de las listas de envío a los diferentes campos satélites y los expedientes individuales conservados en Bad Arolsen, podría describir la manera como los presos de Buchenwald se escogían para ser trasladados a los diversos campos, algunos mortales, y contribuir a analizar el peso real de la organización de Resistencia en ese universo concentracionario donde los nazis son, en último término, los únicos verdaderos responsables. En lo que a los deportados de Francia se refiere, Marcel Lanoiselée da a entender, con cierta delicadeza porque cree que el tiempo de las polémicas ha pasado, que los que fueron destinados a Ohrdruf eran los que no gozaban de la protección del Comité de Intereses Franceses.

Meyer Levin y Éric Schwab se enteraron de la noticia del descubrimiento de Buchenwald y volvieron sobre sus pasos. Tomaron la carretera de Weimar, que alcanzaron el 12 de abril después del anochecer. Por lo tanto, no vieron la bandera negra izada a la entrada del campo en señal de duelo al anunciarse la muerte de Roosevelt. Se dirigen inmediatamente hacia el hostel más célebre de la ciudad: el Haus Elephant Weimar, «la casa del elefante», en la plaza Mayor. Se erige, intacto, en medio de los escombros de la ciudad bombardeada. El hostel había albergado a Bach, Schiller y Goethe, pero también Hitler lo había frecuentado. En 1926, el autor de *Mein Kampf* había firmado en el libro de oro, con total sencillez: «Adolf Hitler, escritor, Múnich». Una vez en el poder, contribuyó a su renovación, haciendo construir en su suite un balcón. El personal, a pesar de la ocupación estadounidense, sigue siendo estiloso como corresponde a un gran hotel. Los oficiales estadounidenses han requisado todo el espacio donde es posible dormir. Solo se ha respetado «la suite del Führer», que solía estar reservada permanentemente para el caso en que a Hitler se le ocurriera ir a la ciudad de la cual la República abominada lleva el nombre. Sin embargo, no la ha usado desde 1940. Éric Schwab exige que se la den. Comporta tres habitaciones elegantemente amuebladas y un cuarto de baño grandioso. «Era el colmo de la ironía y de la obscenidad: dormir en el lecho de Hitler después de Ohrdruf. Nos parecía que un superviviente, fantasma enfermo de tifus, habría debido reptar hasta esa cama y acostarse en ella», escribe Meyer Levin. Dos años después, al escribir su pieza radiofónica, *El jeep y la Torá*, Levin instalará en la cama de Hitler, como había soñado entonces, a un judío de Ohrdruf, enfermo de tifus y piojoso, al que, con Schwab, habrían traído en su jeep. La escritura de ficción permite libertades que al periodista le están vetadas.

Schwab y Levin están en Buchenwald el 13 de abril por la mañana. El fotógrafo y el periodista trabajan mucho. No son los únicos. «Los campos de concentración estaban invadidos de fotógrafos», constata Robert Capa. El hombre que fotografió la guerra y que irá hasta Berlín se abstuvo sin embargo de tomar un solo cliché en los campos: «En esos días, durante una corta jornada, todo el mundo podría ver lo que les había ocurrido a esos pobres diablos en los campos; mañana, a muy pocos importaría lo que les ocurriera a estos en el futuro»^[39]. Jean-Baptiste Lefebvre, oficial de

enlace francés en el 20.º Grupo de Ejército francés, cuenta cómo los periodistas franceses internados corrieron hacia él, pidiéndole hablar en privado: «Ya estaban reunidos alrededor de una mesa para tomar notas. Entre ellos observamos a Maurice Nègre, de Havas, núm. 81505/10B; Rémy Roure del *Temps*, núm. 52532/36; Gandrey-Réty, de *Radio-Journal*, núm. 40274/14B; René Marmot, de Associated Press, núm. 42274/10B; Théo Burlet, de Keystone, núm. 7257/31B; Smoulland [Alfred Smoulard] de *La Garonne*, núm. 53253/31A». No menciona a Christian Ozanne, de Havas. Estos hombres, dirigidos por Maurice Nègre, instalan inmediatamente una oficina de prensa. Nègre reúne todas las competencias requeridas: ha dirigido oficinas de la agencia Havas, la antecesora de la AFP, de Varsovia, Budapest y Bucarest. Será por otra parte de 1947 a 1954 director de la AFP. Los días siguientes, Schwab toma una foto titulada «la prensa clandestina en Buchenwald». En efecto, la sexta comisión del Comité Militar Internacional es la encargada de la información. Orienta a los periodistas, fotógrafos y cámaras.

El 23 de abril de 1945, doce días después de la liberación del campo, «la asamblea internacional de periodistas y asimilados a la prensa de los antiguos internos del campo de Buchenwald» se reúne en la sala de cine. «Periodistas, escritores, artistas, fotógrafos y asimilados, exprisioneros de Buchenwald, originarios de todos los países, combatientes antinazistas [*sic*] y antifascistas de Buchenwald» aprueban por unanimidad los informes que son presentados «sobre la organización inmediata de una oficina internacional de prensa, de un servicio de documentación y de un servicio de información del campo de Buchenwald»[\[40\]](#).

No hay, pues, nada espontáneo en la manera como los periodistas, fotógrafos y cámaras darán cuenta de Buchenwald, puesto que sus reportajes son orquestados por esa oficina de prensa cuya existencia ya había sido prevista el mismo 11 de abril por la tarde.

Hay dos Buchenwald, escribe Meyer Levin en *In Search*. El primero es aquel donde la vida es posible. «Cada uno tiene un sitio para dormir, a veces incluso su propia manta, y un lugar en la mesa para comer. Sus presos conservan un aspecto humano»[\[41\]](#). Los locales o los barracones de ese Buchenwald no serán ni filmados ni fotografiados. El segundo Buchenwald, el campo pequeño, es donde llegan los convoyes de Auschwitz, de donde se salía para los trabajos mortales y que era a su vez un lugar de agonía y muerte. Será el sitio de predilección para los que toman imágenes.

Meyer Levin envía desde Buchenwald numerosos comunicados a cada una de sus dos agencias. El primero está fechado el 16 de abril y da cuenta de la presencia de Léon Blum y de su evacuación. Desde París, en noviembre de 1944, ya había hablado del destino del expresidente del Consejo, según las informaciones que le había proporcionado Renée, la mujer de su hijo Robert, entonces prisionero de guerra. Blum estaba preso en una casa forestal en algún lugar de Alemania. Se encontraba de hecho en La Fauconnerie, de la cual hoy no quedan sino los cimientos, en el límite del barrio de los cuarteles y las casas para oficiales de Buchenwald. Su compañero de cautiverio, Georges Mandel, había sido sacado de esa casa para ser llevado a Francia, donde había sido asesinado por unos milicianos el 7 de julio de 1944 en el bosque de Fontainebleau. Por supuesto, Blum es uno de los deportados a Alemania más famosos. Pero Meyer Levin también tiene razones personales para interesarse por el político. En junio de 1943, se une a Léon Blum en su cautiverio su compañera Jeanne Reichenbach, con la cual se casa el 5 de septiembre de 1943. Ahora bien, el primer marido de Jeanne, apodada *Janot*, y padre de sus dos hijos, Jean y Georges, era el gran

abogado Henry Torrès[42]. Tereska, la hija de su amigo Marek Szwarc, había conocido en Londres a Georges Torrès. Los jóvenes se habían casado el 24 de mayo de 1944. Georges Torrès, que se alistó en la 2.º DB, encontró la muerte en Doncières, en los Vosgos, en octubre de 1944. Las informaciones recogidas por Levin al contar la salida de Buchenwald de Blum y al detallar quiénes fueron sus compañeros de evacuación son imprecisas, basadas en rumores[43]. Blum forma parte de los deportados rehenes, todos altos responsables políticos o militares o parientes de estos últimos. Sus dos años de cautiverio en Buchenwald fueron años de total clausura, en una casa guardada por veinticinco o treinta SS que circulaban «sin cesar con la metralleta en bandolera y el perro atado con correa, por el estrecho camino de ronda, construido entre la alambrada de espinos y la casa, como sombras impasibles y mudas». Él y Janot, por lo tanto, lo ignoran todo de los horrores que tienen lugar en el campo. «El primer indicio que captamos fue el extraño olor que nos llegaba a menudo, por la tarde, a través de las ventanas y que nos obsesionaba toda la noche cuando el viento seguía soplando en la misma dirección: era el olor de los hornos crematorios», escribe en sus memorias.

El primer francés que encuentra Meyer Levin en el campo, y que menciona después en sus reportajes, es Marcel Boch, que al terminar la guerra será Bloch-Dassault y posteriormente Dassault. El gran industrial de la aeronáutica francesa había sido deportado en el último vagón enganchado al tren de la huida de Aloïs Brunner, el 17 de agosto de 1944. Tenía entonces 52 años y era de salud frágil. La organización comunista lo salvó. Cuando Meyer Levin lo encuentra, ha cambiado su traje a rayas por unos harapos que le están grandes. Se muestra triunfante: ha logrado sustraerse al último convoy de evacuación. En un campo donde los soviéticos, vestidos con cazadoras de cuero de las SS de las que se han apoderado, desfilan cantando las canciones del Ejército Rojo —se les ve en una de las películas mudas[44] tomadas por los cámaras del Ejército estadounidense—, Marcel Bloch cuenta su historia al periodista: «He sido salvado por mis amigos de la clase obrera francesa que me han escondido sucesivamente en cinco barracones la noche pasada, la noche fatídica, cuando los SS me buscaban por todo el campo. Puede parecer curioso que un industrial francés sea salvado por la clase obrera. Ahora, espero ayudar a reconstruir Francia. Mi salvamento es un símbolo de la manera como podemos trabajar juntos». ¡Parece que estemos oyendo al Thorez de 1944 a 1947!

¿Fotografió Éric Schwab a Marcel Bloch? No lo sabemos y seguramente no lo sabremos nunca. Pues hay que recordar que las fotos de que disponemos son el fruto de selecciones sucesivas. El fotógrafo toma una serie de clichés. Luego elige los que le parecen dignos de ser confiados a la agencia de prensa para la que trabaja. La agencia —en este caso la AFP— conserva a su vez los que le parecen susceptibles de ser comprados por la prensa. Devuelve el resto al fotógrafo y él puede archivarlos o destruirlos. No parece que Schwab haya conservado más fotos de su periplo que las que posee la AFP. Además, en lo que se refiere a los campos, no tiene ninguna vanidad de autor. Algunas de sus fotos se han convertido en iconos, sin que, a diferencia de las de Lee Miller, Margaret Bourke-White o George Rodger, lleven su firma.

Schwab toma pues una serie de clichés de grupo o de retratos de franceses eminentes. Como sus fotos son para la AFP, se interesa por los hombres que trabajaron en la resistencia para la prensa clandestina. Los resistentes franceses que fotografía parecen estar en buena forma física. Algunos han superado con creces los cincuenta años, como Lucien Cain, que fue el autor de una política audaz de fomento de la lectura bajo el Frente Popular y administrador de la Biblioteca Nacional, Henri Teitgen y Rémy Roure, fundadores del movimiento Résistance et Liberté, o el célebre violinista Maurice Hewitt. Sus fotos no figuran en ninguna obra sobre las fotografías de los campos. Son incómodas: no

corresponden a la imagen de sufrimiento extremo que ciertos presos quieren dar, ni a la que se ha construido de la figura del concentracionario. Obligan a hacerse preguntas sobre las diferencias de condición y de destino entre los internos, omnipresentes en todos los primeros testimonios, y sobre lo que Primo Levi llamó «la zona gris», esa zona mal definida que separa a la víctima absoluta de los absolutos verdugos.

Aquellos prisioneros franceses que, al salir de la cuarentena, entran en el campo más grande descubren allí una sociedad jerarquizada. «Hay una cosa en los campos que jamás habríamos adivinado y es la extrema diversidad de escalafones entre los internos —escribe Albert Kirrmann—. El abismo es menos profundo entre el mendigo que se arrastra por las calles de París y el juerguista con el que se cruza de madrugada, que entre la elegante figura maciza del *Lagerälteste* (decano del campo), que atraviesa la plaza del recuento con sus suntuosas botas, y el lamentable esqueleto ambulante del campo pequeño, cubierto de unos harapos y tambaleándose de debilidad». Albert Kirrmann establece una escala de los comandos, desde los más penosos, que realizan un trabajo duro al aire libre bajo la vigilancia directa de los SS, hasta los que él considera «aristocráticos», como la *Arbeitstatistik*, la enfermería, los almacenes de ropa o evidentemente las cocinas, en una situación en que la comida es el bien máspreciado. «La gama era rica entre la miseria de los unos y la condición relativamente humana de los otros». Es visible en las fotos tomadas por Éric Schwab en los días que siguieron a la liberación. Esas diferencias se explican según Kirrmann por el azar, el conocimiento del alemán, pero sobre todo por las relaciones personales. Esas diferencias, contrariamente a las que marcan en general la sociedad, implican sobrevivir o morir.

Así, en Buchenwald, el primer contraste opone el campo de cuarentena y el campo grande. Los edificios del primero, construidos a finales de 1942, están constituidos por las 17 caballerizas de campaña del Ejército idénticas a las de Birkenau. Al salir de la cuarentena, los presos «aptos» para el trabajo abandonan este «campo pequeño», como lo llaman, y pasan al campo grande. El campo pequeño consta de un bloque para inválidos. Algunos franceses, como Marcel Conversy o Jean Puissant, pasaron allí todo el tiempo de su cautiverio. «No salía nunca del campo pequeño —escribe Jean Puissant—, pero a raíz de circunstancias excepcionales, pude escapar de todos los horrores. Fui testigo de ellos, pero no los sufrí». «A partir de la cuarentena —añade—, la vida era soportable, a pesar de la comida insuficiente, las brutalidades de los *Stubendienste*, las mañanas pasadas en caminatas sobre la nieve y las largas horas de pie durante el recuento de la noche». El bloque de los inválidos era «sucio, miserable y angosto. Una caballeriza siniestra [...]. Una humanidad espantosa. Una Corte de los Milagros sórdida».

La situación se hace todavía más trágica en enero y febrero de 1945. Después de aquellas agotadoras «marchas de la muerte» y un viaje en vagones descubiertos, los judíos evacuados del complejo de Auschwitz llegan al campo. En los vagones, los supervivientes, que son llevados al campo pequeño, se confunden con los cadáveres. Reina la hambruna, las epidemias diezman a una población ya extenuada.

El contraste es impresionante entre los hombres del campo grande, que tienen nombre, y los anónimos que figuran en la segunda serie de fotos tomadas por Schwab cuando, abandonando el campo grande, pasea su cámara fotográfica por el campo pequeño. No es ni mucho menos el único en hacerlo. El campo pequeño, el lugar del abandono para los que allí se pudren, es el tema predilecto

de los fotógrafos y las cámaras. La situación que prevalecía antes de la liberación —el «campo grande», donde se puede vivir, separado por una alambrada de púas que se distingue en algunas fotos del «campo pequeño», donde se amontonan los evacuados de otros campos, los inválidos, los judíos, los gitanos— aún perdura algunos días. La alambrada que separa los dos campos sigue cerrada. Los *kapos* continúan reinando sobre los barracones del campo pequeño, donde se pudren unos seres en un estado indescriptible.

Schwab, como otros, toma fotos en el bloque 61, el del *Revier*, la enfermería. Estas fotos —y solo estas, entre todas las que tomó en Buchenwald— se han convertido en iconos, emblemáticas de la criminalidad nazi. Como la que muestra a un «disentérico [*sic*] moribundo» (este es el pie de foto que pone Schwab). El hombre ha sido fotografiado con dos encuadres diferentes: en el primero, una cara descarnada y como haciendo una mueca, con una nariz que la extrema delgadez vuelve muy prominente; en el segundo, el hombre parece arrastrarse en su catre apoyándose en los antebrazos, que no son más que huesos. A su izquierda, una escudilla. Esta foto ilustra la primera página de *Franc-Tireur* el 27 de abril de 1945. Es la elegida para la portada del *Magazine de France* sobre los crímenes nazis publicado en mayo siguiente. Figurará también en la postal editada por la Asociación Nacional de Excombatientes de la Resistencia y la Federación Nacional de Deportados y Presos Resistentes y Patriotas, la FNDIRP (en sus siglas en francés), en 1952; recuadrada con la cara sola, es portada de la obra de Dominique Decèze, *L'Enfer nazi. L'esclavage concentrationnaire*, editada por la misma FNDIRP en 1979[45].

Poco a poco lo que se había iniciado en Ohrdruf se institucionaliza. Un ritual de la visita, una forma de turismo del horror. Guías, en general prisioneros que han pertenecido a la organización clandestina del campo, muestran a los soldados, a los periodistas y a los funcionarios las fosas comunes; los crematorios de los cuales una puerta abierta permite ver, fotografiar y filmar un cuerpo consumido en parte; objetos de tortura como un látigo. Cuentan historias de heroísmo, de sacrificio, de horrores. En Buchenwald, desde la liberación, el visitante, como hicieron Schwab y Levin, y otros periodistas, fotógrafos, cámaras y políticos, pasa ante una hilera de barracones todavía habitados del campo pequeño, desfila ante una mesa donde se exponen los testimonios del sadismo de los nazis; pieles humanas tatuadas, que al parecer apreciaba mucho Ilse Koch, esa mujer del primer comandante del campo muy pronto apodada «la perra» o «la bruja» de Buchenwald; cabezas reducidas; órganos humanos extraídos con fines experimentales. Todo eso fue abundantemente filmado. Éric Schwab toma una serie de fotos que muestran los crematorios y un instrumento de tortura, lo cual acredita, a su vez, lo que la oficina de prensa ha decidido enseñar a los periodistas.

Este balizaje de la visita a Buchenwald por los que han elegido organizarla —los responsables de la organización de resistencia del campo— deja de lado todo un aspecto de lo que fue la vida cotidiana en Buchenwald, y que tan bien describen los testimonios, especialmente los de Jorge Semprún. Se fotografía el bloque 61 del campo pequeño. Pero no se dispone de ninguna foto del bloque 34 del campo grande, donde vivió la mayoría de los franceses fotografiados por Schwab, ni de ningún otro bloque del campo grande. Tampoco hay ninguna foto de la biblioteca de donde Jorge Semprún sacaba libros, ni de la sala de actos, ni del *Revier* del campo grande. Así queda fijada por los propios presos la imagen de un campo que será durante más de dos décadas en Francia el emblema de la deportación. No falta nada para crear el símbolo: la resistencia y el martirio, las

armas, los muertos vivientes y los montones de cadáveres. Se instauran así en el momento mismo de la liberación de Buchenwald, y por parte de los prisioneros pertenecientes a la resistencia, los ingredientes de una visión unificada de los campos, una visión que borra al mismo tiempo las diferencias entre los distintos campos —Buchenwald no es Dachau— y las diferencias entre los presos, y que ignora que algunos fueron centros de exterminio de los judíos, como Treblinka o Birkenau. Esta visión dominante es idéntica en Francia y en Estados Unidos, aunque algunos, como Meyer Levin, intenten hacer tomar conciencia del exterminio de los judíos de Europa.

BUCHENWALD II

En su búsqueda de las huellas de las comunidades judías de Europa, Meyer Levin está literalmente obsesionado por la idea de que hay que recoger los nombres. Esta fue una de las tareas que se asignaron los supervivientes en toda Europa, desde los libros del recuerdo escritos en la inmediata posguerra hasta el Memorial de los Judíos de Francia de Serge Klarsfeld y los cuatro millones de nombres reunidos por Yad Vashem, la institución de la memoria israelí, que continúa la recolección. Estos nombres abundan en los comunicados de Levin; algunos los anota en un pequeño cuaderno que actualmente se encuentra en sus archivos. En el bloque 61 lo guía en su visita un tal Alvin Steinitz, que fue periodista en el *Berliner Tageblatt*. El hombre estuvo destinado en el *Revier* como auxiliar sanitario. Le enseña a Levin el «libro del barracón». Son páginas y páginas de nombres, la mayoría acompañados de una cruz roja que indica el fallecimiento. En una página que contiene treinta nombres, solo cuatro no tienen cruz. «En un solo día, se contaron hasta 160 fallecimientos». Como no había suficiente combustible en el crematorio, los cuerpos se arrojaron a una cantera. Y Mayer Levin enumera en su comunicado la letanía de los nombres, todos judíos: Solomon Hirsch, Jan Jense, Josef Rosenfeld, Isidore Weiss...

Muy pronto se propaga el rumor de que Levin se interesa por los judíos y de que tal vez pueda ayudar a encontrar a un cónyuge, un padre o un hijo que haya sobrevivido. En Buchenwald —y eso se reproducirá en otros campos— los judíos se agolpan en torno al jeep. Y escriben su nombre en la carrocería. Todo el jeep está cubierto de esos nombres, escritos en letras hebreas o latinas, con la ciudad de origen y el nombre del campo donde podrían hallarse los parientes. Se transforma así en un anuncio de búsqueda móvil. En Buchenwald, según cuenta Meyer [\[46\]](#), un capellán del Ejército estadounidense confecciona otras listas de nombres con los formularios que hace rellenar a los judíos que permanecen allí. Pues, en aquel entonces, esta preocupación por los judíos parece compartida únicamente por los capellanes del Ejército estadounidense.

En el momento de la liberación de Buchenwald, los estadounidenses se sorprendieron muchísimo al constatar la presencia de niños. Meyer se apasiona por la historia de uno de ellos, y vuelve a plantearse las preguntas que ya se hacía en París acerca de la suerte que han corrido los niños judíos. Unos 900 «niños», en efecto, han sobrevivido en el campo. Si ponemos «niños» entre comillas es porque el 85 por ciento de ellos tenía entre 14 y 18 años. En su inmensa mayoría, son lo que hoy llamaríamos adolescentes. El más célebre es Elie Wiesel, liberado de Buchenwald a la edad de 16 años.

En varias fotos tomadas por Éric Schwab en Buchenwald figura un niño estrechando la mano a unos soldados estadounidenses. Hasta hoy no ha sido aún identificado. Lo único que se sabe es que se trata de un niño judío. Pues en los campos los únicos niños que había eran gitanos o judíos y parece que no sobrevivió ningún niño gitano en Buchenwald. Al menos no lo mencionan ni los libertadores ni los liberados. En el campo, los niños se reparten principalmente en dos grupos: los

más numerosos se encuentran en el campo pequeño, alojados en el bloque destinado a ellos, el 66, o dispersos en los demás bloques; los otros están en el bloque 8, en el campo grande. El jefe del bloque 8, un preso alemán, Wilhelm Hammann, los protege en la medida de sus posibilidades de las evacuaciones, disimulando su presencia. Pese a las controversias (es acusado por los estadounidenses de complicidad con los nazis, encarcelado, juzgado en el proceso de Buchenwald en 1947 y absuelto), ha sido elevado a la dignidad de Justo entre las Naciones por Yad Vashem en 1984.

Esos niños llegaron a Buchenwald en fechas distintas, generalmente después de enero de 1945, a medida que se evacuaban los últimos guetos, campos satélites o campos de trabajo. A veces llegan acompañados de su padre (nunca de su madre, puesto que no hay mujeres prisioneras en el campo principal de Buchenwald). No llegan ni siquiera a un puñado —a veces se menciona la cifra de cuatro— los que son realmente niños muy pequeños, introducidos en un saco por su padre, escondidos y protegidos por los internos, a veces con la complicidad de un SS. Los dos benjamines tienen cuatro años y su historia está documentada.

El más famoso de los dos, en la posguerra, elevado al rango de icono a finales de la década de 1950 en la República Democrática Alemana, se llama Stefan Zweig. Es tema de varias obras y objeto de polémicas. Resumamos brevemente su historia. Stefan Jerzy Zweig (a partir de ahora haremos lo que todo el mundo, lo llamaremos «Jerzy» para evitar el desasosiego producido por la homonimia con el gran escritor vienés), nacido en enero de 1941, era hijo de Zacharias. Lo encerraron junto con su madre, Helena, y su hermana mayor, Silvia, en el gueto de Cracovia. En agosto de 1944, la familia fue separada. Helena y Silvia fueron enviadas a Auschwitz. No sobrevivieron. Zacharias y Jerzy fueron enviados a Buchenwald. Zacharias introdujo al niño en el campo, donde fue protegido por la organización de la resistencia. Después de la guerra, se hizo famoso por obra y gracia de una novela, *Desnudo entre los lobos* (1958), un *bestseller* en la RDA, del cual se hizo una película (1963) que ligó su suerte al mito de la liberación de Buchenwald por los detenidos alzados en armas. Luego, en la década de 1990, se descubrió, al abrir los archivos después de la caída del comunismo, que el niño había salvado la vida porque su nombre había sido sustituido, en un convoy destinado a Auschwitz, por el de un adolescente gitano de 16 años, Willi Blum. Fue un escándalo. El icono pareció menos puro y su imagen menos heroica.

Sin entrar —cosa que han hecho otros— en el detalle de esa increíble historia, ni en los vuelcos que han sufrido los diversos relatos que de ella se hicieron, y suspendiendo todo juicio moral, me parece que este caso tuvo una función, que se lee en la última de las obras que se le han dedicado: la de hacer creer que la organización de la resistencia en el campo se preocupó específicamente de salvar a los niños judíos e, incluso, de los judíos en general. Eso es falso. Poquísimos casos, como el de Jerzy Zweig o, en Auschwitz, el de Karol Pila[47], han podido transformarse en casos emblemáticos, cuando no eran más que la excepción. Cabe recordar que un millón y medio de niños judíos fueron asesinados por los nazis durante la guerra. La utilización del caso Zweig roza la caricatura. En un primer momento, se pone al servicio de la propaganda del partido comunista, que exalta el papel de su resistencia. En un segundo momento, tras la caída del comunismo, se trata por el contrario de interrogarse sobre las culpas morales de esa misma resistencia.

La historia que cuenta Meyer Levin en uno de sus comunicados es la de un segundo niño de cuatro años, Josef Schleifstein[48], que fue fotografiado por los estadounidenses. Se le ve en fotos

colectivas y solo, sentado en el estribo de un camión de la UNRRA, la Administración de Naciones Unidas para el Socorro y la Reconstrucción. Su existencia fue ignorada, sin embargo, durante mucho tiempo y no apareció en el espacio público hasta que se rodó la película de Roberto Benigni, *La vida es bella* (1997). La amplia campaña mediática de la que fue objeto esa película necesitaba afirmar, para probar que la historia era plausible, más allá de la fábula —un padre que protege a su hijo en un campo haciéndole creer que se trata de un juego— que efectivamente hubo niños que pudieron sobrevivir. Y este era el caso de Josef Schleifstein.

El niño había nacido el 7 de marzo de 1941 en Sandomierz, una de las ciudades polacas más antiguas, a unos doscientos kilómetros al sur de Varsovia. Como los 3.000 judíos de la ciudad, la familia fue encerrada en el gueto, creado tardíamente en junio de 1942. Tras la «liquidación» del gueto, la familia fue trasladada de campo de trabajo en campo de trabajo. Israel, el padre, le cuenta a Meyer Levin cómo, siendo experto en cuero, corrompió a un oficial dándole todas sus existencias de cuero a cambio de la vida de su hijo. En otro campo, recoge café, té y cigarros de los presos para comprar el silencio del jefe, un oficial de Leipzig de unos 55 años. Trasladado a una fábrica de armamento en Kielce y luego en Czestochowa, consigue registrar al niño como si fuera un adulto. El campo es evacuado en vagones descubiertos al acercarse el Ejército Rojo. Schleifstein esconde a su hijo en un saco, lo introduce en Buchenwald y allí logra una vez más registrarlo como adulto. Con algunas complicidades, consigue salvarlo.

El resurgir de esa historia por obra y gracia del cine popular merece que nos detengamos en ella. Todos los elementos de la historia habían sido recopilados en 1945 y llevados al conocimiento del público en el tiempo breve que suelen conceder los medios. Luego, como tantas otras, cayó en el olvido. Cuando la memoria de la Shoah invadió el espacio público en la década de 1990, esas huellas se activaron de nuevo al igual que otras muchas que figuraban en libros, películas y testimonios que no dejaron de producirse desde 1945 sobre el exterminio de los judíos de Europa. Nunca se «descubre» más que aquello que ha dejado una huella. Y se «descubre» cuando la sociedad o el mundo político sienten la necesidad de hacerlo. Jamás hubo un gran silencio sobre el exterminio de los judíos de Europa, pero sí un desinterés general durante años, hasta que, lentamente, a partir del proceso de Eichmann (1961), esa historia emergió y luego se hizo omnipresente a finales de la década de 1970. Como agudamente ha observado Yosef Hayim Yerushalmi, algunos acontecimientos «*parecen* haber sido olvidados durante largos periodos [...], luego acaban por salir a flote. Pero no surgen de un inconsciente colectivo. Cuando eso se produce, es que han entrado en liza otros factores. En efecto, incluso cuando la mayoría de los hombres “olvidan”, quedan aquellos, aunque sean un puñado, que “recuerdan”». Y, sobre todo, esos acontecimientos, como en el caso de la historia de Josef Schleifstein, han dejado huellas: relatos, fotografías... que no interesan en el momento en que se producen, pero que constituyen una reserva a la que, llegado el momento, la sociedad puede acudir. De esas huellas recuperadas, el investigador no puede inferir si en el pasado fueron ampliamente compartidas o voluntariamente «ocultadas».

Más allá de las historias particulares que Levin viene recogiendo desde París, y que son el meollo de sus comunicados, es la suerte general de los judíos lo que le preocupa. Durante los pocos días que pasa en Buchenwald, habla con varios supervivientes. Expone detalladamente sus debates en un comunicado enviado a Overseas el 24 de abril. Está instalado en el mejor edificio del campo, que

era el del instituto de higiene de las Waffen SS, el de los experimentos médicos, en particular, sobre el tifus. Ahora es un despacho donde se reúnen los miembros del Self Help Jewish Committee, que representa a los entre 4.000 y 5.000 judíos supervivientes. Como los judíos no forman una nacionalidad, no están representados en el Comité Internacional y han creado su propia organización tras la liberación del campo. Levin constata: «En esta habitación, irónicamente, se recuerda el viejo adagio: si en el mundo no quedasen más que dos judíos vivos, estarían en desacuerdo».

Para representar el destino de los judíos de Europa y exponer los dilemas a los que deben enfrentarse los pocos supervivientes del este del continente, decide hacer hablar a cuatro antiguos presos: Max Munk, un hombre de negocios de Checoslovaquia; Tibor Heine, un vendedor de metales de Frankfurt; Willi Jelliareh, un panadero de Viena; y el que tiene todas sus simpatías y con el cual se identifica, porque es periodista y escritor como él, Mordechai Strigler, que antes de la guerra vivía en Varsovia. Esos hombres están en profundo desacuerdo y discuten violentamente. En el centro de la disputa, de la cual Meyer Levin expone con detalle el tenor, «el viejo problema judío de siempre: ¿pertenecen los judíos a su país de residencia o son judíos?». Strigler ha sobrevivido a doce campos en seis años. Será el tema de su obra. Es frágil, tiene el rostro demacrado. Cuenta cómo en Buchenwald, por la noche, había judíos que lograban mantener una apariencia de vida cultural, reuniéndose, recitando obras literarias, intentando enseñar a los jóvenes rudimentos de literatura *yiddish*. Munk lo contradice con vehemencia. Según él, eran escasísimos los que se interesaban por salvar la cultura. Era algo insignificante. Strigler se siente ofendido, según cuenta Meyer Levin: «Vosotros —y este “vosotros” se dirige a los judíos de Europa central, que habían jugado la carta de la asimilación— no os habéis enterado porque no os interesa. Nosotros, los judíos polacos, hemos transportado hasta aquí el fardo de nuestra cultura, de nuestra existencia como pueblo, para siempre».

Munk y Strigler hacen las paces y continúan la conversación sobre un tema no ya de fondo, sino sobre el problema que deben resolver rápidamente: ¿adónde deben ir a vivir los judíos supervivientes de Buchenwald? Pese a la aparente reconciliación de los dos hombres, la vieja herida está ahí, visible, abierta todavía. Strigler prosigue, con amargura: «Mirad, los niños judíos no tienen pertenencia [más tarde, Levin empleará la palabra “casa”]. Los agrupan en función de su país de nacimiento. Los reúnen como checos, húngaros, polacos, lituanos. Cada nacionalidad trata de apropiarse del mayor número posible, porque todas esas naciones han sido sangradas demográficamente y necesitan hombres, y hasta estos últimos judíos pueden aportarles un soplo de vida».

Y Levin comenta: «Sí, Strigler es un zelota, un nacionalista judío empedernido, y nadie en el mundo ha pagado tan caro el derecho a tener esa convicción. He oído la misma disputa en París y en Maastricht, en Toulouse y en Bruselas: ¿qué hay que hacer con esos pocos niños que han sobrevivido, con esos huérfanos? Para los nacionalistas, la respuesta es clara y evidente: deben ser criados en Palestina. Pero otros no están de acuerdo». Creen que los niños deben volver al país donde vivían antes de la guerra. «Los niños judíos franceses deben ser criados en instituciones francesas, judías por supuesto, pero francesas. Y lo mismo para los belgas».

En esa fecha Meyer Levin, que da muestras de una gran lucidez, tiene claro que el final de la guerra también significa el final del pueblo judío como fuerza cultural en Europa. No era consciente de ello en Francia, porque el judaísmo francés había conservado sus contornos y sus instituciones y una

población que el genocidio sin duda había reducido pero en unas proporciones que nada tenían que ver con las de otros países de Europa, excepto Bulgaria. Marek Edelman, el único superviviente del Estado Mayor que organizó la insurrección del gueto de Varsovia, declara por su parte: «En el mundo ya no hay judíos. Este pueblo no existe. Y no los habrá»^[49]. En boca de este héroe, no se trata del conjunto del pueblo judío, sino del pueblo *yiddish* que vivió en el este de Europa.

«Cuando existía un pueblo —comenta Levin—, el cisma entre sus diversos componentes tenía sentido». Los que propugnaban una vida cultural propiamente judía dieron pruebas de una gran creatividad; los que deseaban contribuir a la cultura del país donde vivían también fueron grandes creadores, como Freud; pero hoy ya no existe un pueblo judío en Europa, explica a sus lectores. La mayor comunidad judía está en París, prosigue Levin, que, como hemos visto, la conoce bien. Allí, las divisiones siguen siendo fuertes y cada uno de los grupos judíos sigue su camino. Cada día también, como demuestra la lectura del *Journal officiel*, se cambian apellidos judíos. «Hay Cohen y Levy que se convierten en Dupres y Hascelle». Lo cual significa que muchos de esos judíos ya no quieren serlo ostensiblemente.

Pese a los desacuerdos entre sus miembros, el Self Help Jewish Committee de Buchenwald fue capaz de formular las necesidades inmediatas de sus representados: establecer el contacto de los supervivientes con los miembros de sus familias en los países aliados o neutrales; devolver un estatus de ciudadanos de un Estado a los que habían sido privados de su nacionalidad por los nazis en Alemania y en diversos países anexionados; encargar a una «agencia» la organización de la emigración de aquellos que no quieren o no pueden volver a su país de origen; organizar la tutela de los niños huérfanos.

De entrada, Levin ha excluido de su análisis a los judíos de Francia cuyos nombres ha mencionado en sus comunicados anteriores y que a veces han sido fotografiados por Schwab, como Julien Cain, Robert Waitz o Marc Klein. Estos no han tenido que afrontar ningún dilema ni alternativa en cuanto a su repatriación. Su país es Francia y, para ellos como para los otros, la cuestión ni siquiera se plantea. En la fecha en que Levin asiste al mitin del Self Help Jewish Committee, todos han sido ya repatriados con (o como) los demás franceses o extranjeros que salieron de Francia, sin establecer distinción alguna entre los que son judíos y los que no lo son. Levin lo hace constar y señala que esto no provoca en los judíos del Este ningún resentimiento.

Muchos de estos últimos permanecieron durante meses, y a veces años, en los campos para personas desplazadas en Alemania, Austria, Italia, en espera de un visado para Estados Unidos o de viajar, legal o clandestinamente, a Palestina. Max Munk, por su parte, en la fecha en que Meyer Levin escribe, ya dispone de un pasaporte para México; Willi Jelliareh está en posesión de un billete para Cuba y espera que aún sea válido. Sabemos que Mordechai Strigler logrará emigrar a Francia, donde trabajará para el diario parisino *Unzer Vort* y luego se instalará en Estados Unidos, donde será redactor jefe del *Yiddishe Kempfer* y, posteriormente, del gran periódico *yiddish* neoyorquino afín al Bund, el *Forward*.

La suerte de los «niños» conocidos como «de Buchenwald», cuando ese campo solo fue la última etapa de su supervivencia, efectivamente se resolvió. En su inmensa mayoría, eran polacos (288), checoslovacos (270) y húngaros (290). Ya no tenían parientes ni ningún deseo de volver al país donde fueron perseguidos. Una parte fue acogida en Suiza y en Gran Bretaña; otra, cuya historia está bien documentada, lo fue en Francia, por la Obra de Socorro a los Niños. De los 426 que llegaron a Francia en junio de 1945, más de un centenar salieron hacia Palestina al mes siguiente. Solo una

pequeña minoría rehízo finalmente su vida en Francia.

El 25 de abril, en un papel con membrete del Haus Elephant Weimar y con el logo que sigue siendo actualmente el del hotel, Meyer Levin le escribe a Tereska Torrès. Le cuenta que le ha enviado a Jojo —su hijo Jonathan— gran cantidad de objetos nazis y se divierte con la idea de que el tal Jojo camine por las calles de Nueva York luciendo insignias nazis. Durante dos días, dice, ha escrito sin parar sobre Buchenwald. Con las historias recogidas *in situ*, su «trabajo en Europa ha terminado», afirma, y tiene la intención de continuar con su oficio de corresponsal de guerra en el Pacífico.

Esta idea que se le pasa a Meyer Levin por la cabeza después de los diez días que ha pasado en Buchenwald dedicado a escribir lo que allí ha comprendido nos parece hoy un tanto absurda, a nosotros que conocemos su vida y su obra. Levin y Schwab continuaron su periplo en el frente europeo y en los campos; sobre todo, el trabajo que Levin empezó en Ohrdruf, y que realizó con una profundidad que no ha igualado ningún otro corresponsal de guerra en Buchenwald, resultó ser para él algo que no tenía fin. Cosa de la que entonces no era consciente.

HACIA DACHAU

Contrariamente a lo que le escribió a Tereska, Meyer Levin no había terminado ni con la guerra en el Oeste, ni con los campos, ni con los judíos. Sobre todo porque Éric Schwab, con quien seguía formando equipo, continuaba buscando a su madre. En Buchenwald, no vieron más que a hombres y no obtuvieron ninguna información sobre el destino de esa mujer. Vuelven, pues, a la carretera en el *Spirit of Alpena* cuya carrocería está literalmente cubierta por nombres de personas y de campos.

Es imposible establecer una cronología pormenorizada de las peregrinaciones de los dos hombres en los días que separan sus reportajes sobre Buchenwald de los dos últimos episodios de su *road story*: la liberación del castillo de Itter y su llegada a Terezin, que los soviéticos ya han alcanzado. Esas dos semanas, aproximadamente, son ricas en comunicados y fotos, pero es difícil, por no decir imposible, fechar los unos y las otras de forma exacta.

Meyer Levin y Éric Schwab llegan a Leipzig poco después del final de los combates. Los estadounidenses han entrado en la ciudad el 18 de abril de 1945. El cámara francés Gaston Madru filma el acontecimiento para la Paramount. Será su última película. Los cuatro minutos de este material muestran una ciudad en ruinas[50]. Ha sido objeto de varios bombardeos, al alba del 4 de diciembre de 1943 —el más terrible— y luego en febrero y de nuevo en mayo de 1944, que se han cobrado miles de muertos, destripando los edificios y la majestuosa estación. Las calles están prácticamente vacías. Algunos pocos habitantes, mujeres sobre todo, agitan a veces un trozo de tela blanca. Soldados estadounidenses, empuñando las armas, avanzan pegados a las paredes, echan abajo las puertas de las casas y suben a los pisos en busca de francotiradores emboscados. Como el de Ohrdruf, el alcalde de la ciudad se ha suicidado, llevándose consigo en la muerte a su mujer y a su hija. Hubo un fotógrafo del Ejército estadounidense que inmortalizó la escena —el alcalde derrumbado sobre la mesa, su mujer caída en una silla y su hija, con la cabeza inclinada, tendida sobre el sofá—, y un cámara filmó los cuerpos[51].

Robert Capa toma una foto que se ha hecho famosa con el título «el último hombre matado durante la guerra». En una entrevista, concedida el 20 de octubre de 1947 a una radio estadounidense, explicaba:

Era evidente que la guerra iba a terminar, porque se sabía que los soviéticos ya estaban en Berlín y que nosotros [se refiere a la 2.^a División de Infantería estadounidense a la que entonces acompaña Capa] deberíamos detenernos después de tomar Leipzig. Por lo tanto, entramos en la ciudad tras algunos combates, solo había que atravesar un puente, pero los alemanes resistían. Había un gran edificio encima del puente y yo subí al último piso para intentar tomar una buena foto de Leipzig en los últimos minutos de la guerra. Subo cuatro pisos y me encuentro en un hermoso piso burgués. En el balcón, hay [...] un joven sargento que ha instalado una ametralladora. [...] Me acerco a él para tomarle una foto, pero ¡mierda, la guerra ha terminado! ¿Quién tiene ganas aún, en ese momento, de ver a alguien disparando? Esa foto la estábamos tomando desde hacía cuatro años [...] y de todas formas, durante el tiempo que tardaría en llegar a Nueva York los periódicos probablemente ya habrían titulado «la paz». Por tanto no tenía ningún sentido... Pero parecía tan entregado, como si la guerra acabara de empezar. Entonces me dije a mí mismo: «OK, será mi última foto

de la guerra». Saqué mi aparato, y antes de que pudiera hacerle el retrato, fue abatido por un francotirador [...]. Fue una muerte limpia y en cierto modo magnífica. Pienso que es el recuerdo que me queda de esa guerra[52].

No, el soldado estadounidense fotografiado por Capa, si bien es *su* último muerto, está lejos de ser el último de la guerra, ni siquiera el último de aquel sector. Los veinte días que separan la entrada de los estadounidenses en Leipzig del final de los combates aún fueron mortíferos.

Se luchó en el monumento de la Batalla de las Naciones transformado en fortín, del cual el periodista Jacques-Francis Rolland, corresponsal de los periódicos comunistas *Ce soir* y *Action*, que compartía jeep con Gaston Madru, reconoció inmediatamente la silueta al llegar a la entrada de Leipzig. La foto del monumento figuraba en su manual de Historia Contemporánea de *Malet et Isaac* del último curso de bachillerato, acompañada de un comentario sutilmente subjetivo:

El monumento conmemorativo de la Batalla de las Naciones, *Völkerschlachtdenkmal*, fue erigido en los alrededores de Leipzig sobre un montículo. Conmemora la gran batalla del 16 al 19 de octubre de 1813 en la que los sajones se distinguieron abandonando a Napoleón a pesar de su tratado de alianza. Sobre una enorme base se alza una cúpula de 65 metros cuya parte superior está flanqueada por doce figuras guerreras de 12 metros de alto [...]. El carácter macizo y la fealdad [...] de esa pirámide da una idea bastante exacta de la afición de los alemanes por lo colosal.

En la explanada del monumento, Gaston Madru resultó herido de muerte. Agonizante, fue transportado al interior del impresionante recinto. «Nos aplastaba con su masa —prosigue Rolland en sus memorias—, dos bases cuadradas gigantescas, una extendiéndose en un ancho mayor y la siguiente, más estrecha, soportando la cúpula. La artillería estadounidense bombardeaba ese último islote de resistencia cuya torre atraía los rayos y los truenos». Rolland y los que le ayudan a llevar al herido alcanzan «la base ciclópea en busca de una entrada que conduzca al sótano». Suben con dificultad los peldaños y Rolland admira «el colofón del espectáculo»:

[...] la bóveda última, los doce guerreros de piedra de doce metros de alto sosteniendo la cúpula, que recogía los ecos de los rugidos exteriores y los devolvía con la potencia de una ópera wagneriana. Con las manos en los escudos y sus espadas de granito, los colosos protegían los nidos de ametralladoras de los últimos defensores, agazapados como ratas entre los grandes pies de las estatuas. [...] Una serie de rampas y escaleras conducían hacia el fondo de aquel abismo oscuro cuyos pisos retenían a una multitud densa y agitada, como la de una feria: civiles alemanes o extranjeros, mujeres, ancianos, soldados de la Wehrmacht o adolescentes del *Volkssturm* que fingían cumplir una misión para conservar su refugio, bajo las miradas duras de unos oficiales que empuñaban su revólver.

Depositamos a Gaston Madru en un catre.

Schwab y Levin penetran en el monumento de la Batalla de las Naciones cuando los combates han cesado, probablemente el 20 de abril. Escribe Meyer Levin:

Entramos en el monumento, caminando entre pilas de cajas de salchichas y de panes almacenados previendo un largo asedio. Sobre un banco de piedra, vimos el cuerpo desnudo de un hombre. Lo estudiamos durante largo rato. Ninguna señal permitía deducir su identidad. Estuvimos prácticamente seguros de que era Madru, el cámara francés que habíamos conocido la noche siguiente a la retirada del centro de prensa [...]. Pero un hombre muerto y desnudo es tan extraño que no podíamos identificarlo con certeza. Tendido allí, en el memorial a los enemigos de otra guerra, era el soldado desconocido universal[53].

Meyer Levin está convencido en ese momento de que el colosal monumento está dedicado a la memoria de los muertos de la Gran Guerra.

Nos quedan tres clichés tomados por Schwab en ese lugar. Uno muestra pilas de libros. Son los de

las bibliotecas de Leipzig, especialmente de la Biblioteca de la Corte Suprema del Reich, el equivalente a nuestra Biblioteca Nacional francesa. Pues Leipzig fue durante siglos el centro del libro, un lugar de innovación, de imprentas, de conservación y de ferias. Los otros dos clichés dan la idea de la desmesura del monumento. Un soldado estadounidense minúsculo monta guardia en un lugar donde el suelo está cubierto de residuos, vestigios de la ocupación y de los combates. En segundo plano se alzan, marmóreas e intactas, las gigantescas estatuas de los guerreros.

El 18 de abril, mientras se desarrollaba la batalla de Leipzig, un prisionero francés entraba en contacto con su compatriota el teniente Daniel Camous, un oficial de enlace destinado como informador al ejército estadounidense. En Thekla, a tres kilómetros al noreste de Leipzig, se encontraba una fábrica de alas de avión en la que trabajaba un comando dependiente de Buchenwald. Este subcampo había sido inaugurado en septiembre de 1943 y sus efectivos habían contado en su apogeo con unos 1.400 concentracionarios. Los presos habían sido arrojados a la carretera el 16 de abril. Los que no estaban en estado de ser evacuados, alrededor de 300 prisioneros entre los cuales había unos cincuenta franceses, fueron conducidos «a un edificio aislado de la fábrica». Cerraron todas las salidas, guardadas por SS y miembros del *Volkssturm*. A las 12.15 —el informe del capitán estadounidense Claude B. Merry, uno de los primeros con Daniel Camous en visitar el lugar, es de una gran precisión—, se arrojaron bombas incendiarias sobre el edificio. Cuatro horas después, todos los prisioneros habían sido quemados vivos y los que escaparon fueron ametrallados en las alambradas. Solamente tres hombres sobrevivieron, tres franceses. El doctor Ernest Replat, médico del campo, ausente en el momento de los acontecimientos, tiene un encuentro aquel mismo día con el capitán estadounidense. Proporcionará al proceso de Buchenwald una serie de fotos. «La identidad de los cadáveres no se conocerá jamás, pues están casi totalmente carbonizados. Se trata de uno de los mayores crímenes de guerra; he pedido a las autoridades estadounidenses que el lugar ahora guardado por los MP [Policía Militar] sea conservado intacto como prueba de la barbarie nazi. Estos lugares deberán mostrarse a los comités de investigación interaliados».

Como en Ohrdruf, los estadounidenses dejaron, pues, deliberadamente intacta la escena del crimen. Y los fotógrafos llegan para difundir las imágenes. Porque las fotos de Thekla, algunas tomadas por militares estadounidenses y cedidas al Memorial del Holocausto en Washington, son muchas. Éric Schwab y Margaret Bourke-White toman una foto del mismo hombre, sentado en un taburete volcado, con la cabeza entre las manos, postrado. No se le ve la cara. A pocos pasos, junto a las alambradas, en segundo plano, un cadáver calcinado. Si miramos con más detalle, el hombre probablemente no es un superviviente, ni siquiera un soldado estadounidense. Lleva el cabello relativamente largo, su corpulencia es normal, no va vestido con el famoso traje a rayas ni con la ropa dispareja de los supervivientes, sino con ropa de civil. Su abatimiento es el nuestro. Schwab fotografía también las huellas de la masacre: un vasto espacio lunar sembrado de huesos, objetos diversos y cuerpos carbonizados.

Como en otras partes, el gobierno militar estadounidense encargó al nuevo responsable de Leipzig que requisara ataúdes y mano de obra para enterrar dignamente en el cementerio principal de la ciudad los restos de las víctimas. Una guardia de honor precedía a los féretros. Unos capellanes militares judíos, protestantes y católicos, un centenar de refugiados portando ramos y coronas, así como cien notables de Leipzig los seguían. Un millar de habitantes de la ciudad fueron obligados a

asistir a esta ceremonia fúnebre y a inclinarse sobre las tumbas.

La masacre de Thekla no es un caso único. Aquí y allá, los nazis en su huida asesinaron a concentracionarios por diversos medios: las balas, como en Ohrdruf; el fuego como en Thekla. La más conocida de esas masacres es la perpetrada en un granero de Gardelegen, donde más de mil presos evacuados de Dora-Mittelbau fueron quemados vivos.

La guerra, la «verdadera guerra», la que Schwab y Levin conocieron antes del descubrimiento de los campos, vuelve a ocupar su puesto. El *Spirit of Alpena* continúa su ruta hacia el este. Éric Schwab y Meyer Levin no son los únicos periodistas, ni mucho menos, que se dirigen hacia el Elba. El rumor anuncia la inminencia del encuentro en el río de las tropas soviéticas y estadounidenses. En ningún caso hay que perderse este acontecimiento. Los ejércitos de los aliados occidentales y orientales están entonces separados por una especie de *no man's land*, una franja de unos treinta kilómetros de ancho. Los *boys* captan las transmisiones en ruso de los soviéticos a los que todavía no ven. «Todos los corresponsales de prensa gravitan en la zona donde los ejércitos están más cerca. También nosotros estábamos allí, trazando círculos, observando a las unidades una tras otra, dispuestos a salir a toda velocidad hacia el Elba»[54]. Un capitán que reúne a sus tanques les propone en voz baja acompañarlos para que asistan a «un auténtico espectáculo». Ha recibido la orden de marchar en cabeza y de continuar avanzando hasta contactar con los soviéticos. Media docena de tanques ligeros, algunos vehículos de reconocimiento y un buen número de jeeps ruedan en fila india. Los corresponsales de prensa del *Star and Stripes*, el periódico del Ejército estadounidense, y del *Newsweek* forman parte del convoy en otro jeep. No hay rastro del Ejército alemán. Cuando atraviesan aldeas, los estadounidenses ven a alemanes mirándolos, apenas sorprendidos. Alcanzan el Elba. Los soviéticos están en la otra orilla, en Torgau, a unos veinte kilómetros al norte. El convoy enfila la carretera que bordea el río. «Empezamos a encontrar rebaños de refugiados, mujeres empujando cochecitos de niños llenos de paquetes, familias empujando carretillas. Aquí y allá, surgen pequeños grupos de soldados alemanes que quieren rendirse»[55]. Pues los alemanes ya solo tienen una necesidad: no caer en manos de los soviéticos, cuya venganza se imaginan que va a ser terrible, a la altura de los crímenes que se han cometido en el Este. Cuentan con los estadounidenses para protegerlos.

El 25 de abril, un jeep de la vanguardia contacta con los soviéticos, y un centenar de corresponsales de prensa se precipita a Torgau para dar cuenta de ese momento histórico. «Todos tomamos fotos de cada uno de nosotros encontrándonos con los rusos»[56]. No se ha podido encontrar ninguna de las fotos tomadas por Levin o Schwab de ese «Elbe Day». Seguramente es por la tarde de ese mismo día cuando escribe a Tereska desde la Haus Elephant Weimar adonde ha podido volver o tal vez con papel de membrete que ha podido conservar. La guerra localmente ha terminado, señala Levin, pero hay amplias zonas que aún no han sido liberadas, y los estadounidenses deberán luchar hasta la capitulación alemana.

El 26 de abril de 1945, cuando Levin y Schwab están en el Elba, Léon Blum y su mujer Janot, que aún ignora la muerte de su hijo Georges Torrès, abandonan Dachau, al mismo tiempo que otros rehenes de nombres prestigiosos. Habían llegado el 17 de abril tras ser sacados de Buchenwald dos semanas antes, como el lector recordará, poco antes de la llegada de Levin y Schwab a ese campo. El encuentro entre Levin y Blum decididamente no debía tener lugar en Alemania.

No debían de ser mucho más de las doce de la noche cuando los autobuses cargados se pusieron en marcha. Pero apenas llegamos al cruce de la carretera, tuvimos que parar para dejar pasar a una columna de prisioneros que salía del gran portal y que desfilaba ante nosotros [...]. La columna avanzaba a paso ligero, a un ritmo casi militar, y se hundía poco a poco en la noche. El vaciado del campo duraba sin duda desde hacía horas ya que, cuando por fin enfilamos la carretera aprovechando un intervalo entre dos columnas, adelantamos durante tal vez quince kilómetros el interminable desfile.

Blum y su mujer habían sido internados en la sección política de la prisión de Dachau. Allí se habían encontrado con Hjalmar Schacht, a quien Blum no había visto desde hacía nueve años. Durante el famoso verano en que Blum fue presidente del Consejo del Gobierno del Frente Popular, este último, entonces «amo del Reichsbank y de las finanzas alemanas», lo había ido a ver al Hôtel Matignon. Kurt von Schuschnigg también se encontraba en Dachau. El excanciller austriaco había pasado siete años en la cárcel en Viena, Sachsenhausen, Flossenbürg y luego Dachau. Allí se había casado con su mujer y había nacido una hija. Entonces tenía cuatro años. Entre los demás prisioneros prestigiosos: un jovencísimo oficial de la aviación soviética, Vassili Kontulin, sobrino del comisario del pueblo Molotov, pero también Kallay, el expresidente del Consejo de Hungría, destituido cuando entró el Ejército alemán en Hungría en marzo de 1944, los hijos del regente Horthy y del mariscal Badoglio. Ninguno de ellos fue asesinado allí mismo, contrariamente a otro huésped importante de Dachau, a quien Blum no llegó a ver, el general Delestraint, jefe del Ejército secreto, que fue fusilado en Dachau el 19 de abril.

El rumor de la presencia de rehenes políticos en Dachau llegó hasta el Ejército estadounidense. Tres jeeps acuden lo más rápidamente posible a liberar a esos prisioneros que se teme que sean asesinados. La célebre periodista estadounidense del *New York Tribune*, Marguerite Higgins, que espera conseguir una primicia, se ha subido a uno de los vehículos. Cuando llegan al campo, los rehenes ya se han ido.

El guion de la liberación de Dachau no deja de parecerse al de la liberación de Buchenwald. Dos divisiones del 7.º Ejército, la 42.^a Rainbow Division (la división arco iris) y la 45.^a Thunderbird Division (llamada así en referencia al ave mitológica de los amerindios), avanzan hacia Múnich. A unos veinte kilómetros al norte de la ciudad se encuentran Dachau y el campo, al que llegan el domingo 29 de abril. Los estadounidenses son informados entonces de la existencia de un campo del que muchos jamás habían oído hablar y cuya liberación no formaba parte de los objetivos de guerra.

Inaugurado en 1933, Dachau es el campo de concentración nazi más antiguo, el modelo y la matriz de todos los demás. Si bien al comienzo sus efectivos fueron modestos, durante la guerra se internacionalizaron, crecieron y poblaron la enorme cantidad de campos satélites que se instalaron en la región. La mortalidad fue allí una de las más bajas de los campos de concentración, hasta la llegada de convoyes evacuados de los campos del Este que, en diciembre de 1944, aportaron el tifus y convirtieron el campo, como todos los demás en los últimos meses de la guerra, en un lugar de muerte, superpoblado, presa de la enfermedad, donde ya no se podía asegurar un mínimo de higiene ni de comida. Allí encontramos también la misma paradoja que demuestra la locura de los últimos tiempos del Reich: los nazis proceden, según la expresión de Blum, al «vaciado» de un campo hacia lugares desconocidos, al mismo tiempo que afluyen rebaños de presos procedentes de campos anexos de Dachau o de otros campos. Así, por ejemplo, como en Buchenwald, los internos ni fueron todos

evacuados ni todos liquidados cuando los estadounidenses entraron en el campo. La mayoría de los responsables de las SS, igual que en Buchenwald, han huido. Encontrarán en Itter a Eduard Weiter, comandante de Dachau de septiembre de 1943 a marzo de 1945, que huyó de allí el 26 de abril, tres días antes de la llegada de los estadounidenses.

Para entrar en el campo, los soldados siguen una carretera que bordea la vía férrea. Horrorizados y estupefactos, encuentran allí un tren de unos cuarenta vagones abiertos donde yacen unos dos mil cadáveres en fase de descomposición. Es con esta visión digna de El Bosco como los estadounidenses se acercan al campo de Dachau.

Las dos divisiones entran por dos lugares distintos, por los barracones de los presos situados en el este y por los cuarteles de las SS en el oeste. La situación está lejos de ser tan sencilla como en Buchenwald. La víspera, ciertamente, antes de huir con un grupo de SS, el último comandante del campo, Martin Gottfried Weiss, ha entregado su autoridad a un «comité internacional» de presos donde todas las nacionalidades están representadas. Edmond Michelet ha sustituido en él al general Delestraint después de que este haya sido ejecutado. Pero este comité está lejos de tener el papel histórico, la coherencia ideológica y la autoridad del de Buchenwald. Es impotente para imponer cualquier tipo de orden y, si bien la liberación de Dachau es como las de otros campos un no acontecimiento militar, ello no significa que no hubiera enfrentamientos, aunque no hubo ningún militar estadounidense muerto ni siquiera herido.

El caso es que los soldados estadounidenses, enfurecidos por la visión del tren, dispararon sobre los SS que aún se encontraban allí, pese a que estos se presentaban a ellos con una bandera blanca para rendirse. Quedaban SS en el campo: alrededor de 160 Waffen SS habían sido enviados allí para relevar la guardia; 128 guardias SS estaban allí presos por diversas infracciones del reglamento y habían sido liberados la víspera de la llegada de los estadounidenses. Los internos, por su parte, también abatieron a unos cuarenta de esos SS, sin que los soldados estadounidenses hiciesen nada para impedirlo. En el comunicado que redacta al llegar, Meyer Levin, sin entrar en detalles, explica que unos «guardias SS se han escapado» y que «algunos han sido atrapados con uniforme de prisioneros cuando intentaban deslizarse fuera del campo. A varios los mataron cuando trataban de evadirse».

Los soldados tomaron fotos de los SS a los que habían matado. Schwab también: la AFP conserva una. El número de esos muertos siempre ha sido objeto de polémica —algunos llegan a mencionar la cifra poco probable de 500—, como por otra parte el hecho de que los soldados hubieran podido arrogarse de esta forma el derecho a tomarse la justicia por su mano. Los presos también ajustaron algunas cuentas, matando probablemente a una veintena de *kapos* o «colaboradores» diversos. Pero como en el caso del «impresario» de Patton en Ohrdruf, Ignatz Feldmann, estos acontecimientos están fuera del alcance del historiador. No dejan rastro en los archivos; a los testigos les repugnó hablar de esos momentos de violencia asesina de los que algunos fueron actores; y a nadie se le ha ocurrido por tanto hacer preguntas sobre este aspecto de la liberación.

Meyer Levin da cuenta del cruce enloquecido entre los que llegan en un estado indescriptible, evacuados de otros campos o de los anexos de Dachau, y los que son arrojados a las carreteras. Da cifras: 31.000 presos en Dachau cuando entran los estadounidenses, entre ellos 3.000 judíos de toda Europa, de los cuales unos doscientos son mujeres y un puñado de muchachos jóvenes, y 4.800

franceses. En pequeños pueblos, a lo largo de las carreteras y de las vías férreas, el ejército estadounidense recuperó a unos 4.500 de los 6.000 evacuados de los últimos días.

Levin escribe poco sobre Dachau, sobre todo en comparación con Buchenwald. Tal vez tiene la sensación de haber dicho ya lo esencial y de que lo que escribe es redundante. Conversa según su costumbre con supervivientes judíos: Rafael Lewkowicz, de Lyon, un resistente que estuvo internado en la central de Eysses antes de ser deportado y que le habla del famoso tren; el doctor Adolph Zeitner, de Morawska-Ostrawa en Checoslovaquia, que explica cómo un transporte procedente de Kauffering, uno de los campos satélites de Dachau, llegó a Dachau después de un viaje de tres días sin comida; Felix Gurevitch, de Kielce, —sobrino de Chaim Orbach y cuyo tío, precisa Levin para sus lectores, vive en Brooklyn— llegado desde Flossenbürg tras una marcha de ocho días, uno de los 83 supervivientes de los casi mil judíos que fueron arrojados a la carretera. Meyer también señala que Dachau tiene las mismas instalaciones que los demás campos: instrumentos de tortura, crematorios...

Menciona de pasada al capellán militar judío liberal, David Eichhorn, de Tallahassee, Florida, el hombre que creó «el orfanato» estadounidense de Le Mans. Había llegado con el primer contingente de las tropas estadounidenses y había empezado a trabajar con los supervivientes, abandonando su trabajo con los soldados estadounidenses. Pudo confeccionar la lista de los supervivientes judíos, pero también dar a unos judíos de un campo satélite los rollos de la Torá que un alemán, que había encontrado en su periplo, había logrado esconder durante el asalto a las sinagogas la Noche de los Cristales Rotos. Organizó una serie de servicios religiosos, en particular el 4 de mayo en el barracón de las mujeres.

Si Levin es poco prolijo sobre Dachau, en cambio las fotos de Schwab que se han conservado son muchas; ofrecen casi un reportaje sobre el campo. «Es seguramente la fuerza y la modernidad de su mirada lo que valdrá a algunas de sus fotografías un éxito y una difusión extraordinarios», escribe el historiador de la fotografía Clément Chéroux. Las dos preocupaciones de Schwab, la preocupación documental y la del retrato, a veces convergentes, ya sensibles en Buchenwald, son impactantes en estas fotos. Primero la preocupación documental. Se ha conservado una docena de clichés del tren abandonado en la vía que lleva a Dachau. Este número demuestra que aquel episodio terrorífico captó su atención. Es la demostración del horror que durante mucho tiempo interesó a las agencias de prensa. A ese tren, «punto culminante» de la visita, se le llama a veces «el tren de la muerte». No hay que confundirlo con otro tren de deportados denominado «de la muerte», que salió de Compiègne el 2 de julio de 1944 con unos dos mil deportados y que llegó a Dachau tres días después con varios centenares de cadáveres; ni con el conocido como «fantasma», en el cual fueron cargados en Toulouse el 3 de julio 600 deportados de todas las nacionalidades, procedentes en gran parte del campo de Vernet, y que luego salió de Burdeos el 9 de agosto, discurrió por el sur de Francia —los deportados a veces tuvieron que hacer una parte del camino a pie— para llegar a Dachau el 28 de agosto. «Nuestro» tren pertenece tanto a la historia de Ohrdruf y de Buchenwald como a la de Dachau. 5.082 presos de los campos de Buchenwald —se conoce su número y el nombre de un centenar de ellos gracias a uno de los supervivientes, François Bertrand, que se hizo historiógrafo— fueron amontonados allí, eran sobre todo evacuados de Ohrdruf y de Buchenwald. Es decir que ya estaban en un estado de gran deterioro físico. Habían efectuado a pie los casi diez kilómetros que separan el campo de la estación de Weimar y habían sido cargados el 7 de abril de 1945 en 39 vagones descubiertos. Como ya hemos dicho, las «marchas de la muerte» se hacían a veces en tren.

No por ello eran menos mortales. El destino de ese tren era Flossenbürg. Como las vías férreas habían sido bombardeadas, nunca llegó allí. Vagó de Weimar a Dresde, pasando por Pilsen en Checoslovaquia, sufriendo a veces los bombardeos que desmantelaban las vías férreas. Durante veintiún días, prácticamente sin comida y sin agua, los hombres fueron muriendo. A veces, el comandante SS del convoy sacaba a unos cuantos moribundos de los vagones y los mandaba fusilar. Cuando el tren llegó a Dachau, solo habían sobrevivido 816 hombres, la mitad de ellos agonizantes. Como dice el comentario de las *Actualités françaises*, «ya era un cementerio»[\[57\]](#).

El tren, que estuvo durante mucho tiempo en la vía de acceso a Dachau, fue fotografiado y filmado por grandes fotógrafos, como Lee Miller, y cámaras, como George Stevens. Las fotos tomadas por los soldados estadounidenses también son numerosísimas. Como en Ohrdruf, es la muerte la que está a las puertas de Dachau. La decena de fotos que quedan de las que tomó Schwab muestran a unos cadáveres a veces enmarañados. En una carreta, se hallan tumbados dos hombres cuyos cuerpos están cubiertos con una manta. La cabeza del uno, de una belleza estremecedora, reposa sobre el borde de madera de la carreta. El otro tiene la cabeza echada para atrás. Uno supone, espera, que aún vivan, tal vez.

Hubo probablemente entre las víctimas del tren un gran número de judíos de Hungría, puesto que hemos visto que constituían la mayor parte de los prisioneros de Ohrdruf, donde habían sido trasladados después de pasar por Auschwitz. La oleada de los judíos de Hungría también alcanzó a Dachau. Schwab fotografía los antebrazos de dos supervivientes que están explicando el significado del número tatuado que por sí solo atestigua su paso por uno de los campos del complejo de Auschwitz, ya que en otros no se tatuaron números.

Fiel a su misión, Schwab fotografía a los franceses. Estos clichés, como los de los franceses de Buchenwald, no figuran en ninguna obra dedicada a las fotos de los campos. Se ve a hombres, como el diputado del Hérault, Vincent Badie, vestidos con traje a rayas, sí, pero aparentemente en buen estado de salud. No tienen la delgadez de la figura icónica del deportado. Están formados izando una bandera francesa con la cruz de Lorena y cantan la *Marsellesa*.

Schwab también fotografía una misa en la capilla que fue instalada de forma absolutamente legal por los curas en el bloque 26. Pues Dachau presenta una particularidad: el Vaticano ha obtenido que todos los sacerdotes prisioneros en los campos, y en particular los polacos y los alemanes, estén agrupados. Unos sacerdotes franceses se unieron a ellos a finales de 1944, procedentes de Buchenwald o de Mauthausen. El acceso a la capilla estuvo vetado un tiempo a los simples presos católicos, pero luego se les admitió, como cuenta Edmond Michelet en su relato *Rue de la Liberté*. En él vemos a unos hombres rezando y comulgando. Estos clichés atestiguan que hubo una vida religiosa en Dachau, y muestran la profundidad de la fe de algunos prisioneros.

Por primera vez sin duda desde el principio de su viaje, Schwab fotografía a mujeres. En Dachau se encuentra con las primeras deportadas y Levin cuenta cómo las interrogó para saber qué había podido ser de su madre. Teniendo en cuenta la descripción que de ella hace Éric Schwab —«una mujer mayor originaria de Berlín»—, sus interlocutoras no le dejan ninguna esperanza: «No, no hay ninguna judía alemana», como si hablasen de una especie extinguida desde hace tiempo, y ninguna mujer mayor hubiese podido sobrevivir. En Terezin, tal vez, insinúa una de ellas.

Se conservan cuatro fotos de mujeres. Dos muestran a cuatro mujeres sentadas en un banco. Salvo

una que lleva un pañuelo y de la cual no vemos el cabello, las demás van peinadas a la moda de la época y vestidas con trajes de calle. Hay un niño con ellas. En otras dos fotos, vemos a una mujer sonriendo asomada a la ventana de un barracón, que podría haber sido el burdel del campo. Si bien la existencia de esos burdeles de campo se mencionaba en diversos testimonios, luego fue «olvidada» durante casi cincuenta años, antes de reaparecer a principios de la década de 2000, a la estela de los estudios de «género». Fue en Mauthausen, en junio de 1942, donde se instaló el primer *Sonderbau*, «edificio especial», como llamaron al burdel los SS, con su talento para los eufemismos. El de Dachau fue de los más tardíos: abril de 1944. Mujeres llegadas de Ravensbrück, en parte, pero no todas, internadas por prostitución, pero no todas, eran obligadas a trabajar, a cambio de unas condiciones de vida menos duras. Ninguna de esas mujeres era judía, puesto que el nazismo prohibía las relaciones sexuales entre judíos y «arios». Los «clientes» formaban parte de la pequeña minoría de presos que en el campo ocupaban cargos.

Queda la última serie de fotos de carácter documental: la de la cámara de gas. En el comunicado donde Levin describe el campo de Dachau, enumera, entre las instalaciones parecidas a las de todos los campos, «la cámara de asfixia». Schwab la fotografía desde el exterior, con un GI mirando el dibujo de la calavera y la inscripción «Vorsicht! Gas! Lebensgefahr! Nicht öffnen!» (¡Atención! ¡Gas! ¡Peligro de muerte! ¡No abrir!). Hizo (y aún hace) correr mucha tinta. El doctor Frantisek Blaha, un comunista checoslovaco internado en 1941, que fue el testigo estelar del proceso de Dachau y que los estadounidenses llevaron a un tribunal instalado en el mismo recinto del campo a partir de noviembre de 1945^[58], mencionó los gaseamientos. Lo hizo de nuevo cuando declaró en el proceso de Nuremberg, el 11 de enero de 1946. Nadie puso en duda en aquel entonces esta parte de su relato, que pasó prácticamente desapercibida. Hubo que esperar a la aparición mediática, en la década de 1980, de los que negaban la existencia de las cámaras de gas, y por ende el genocidio de los judíos, para que se prestase otra atención al testimonio de Blaha. La investigación de los historiadores ha demostrado que, si bien se instaló efectivamente una cámara de gas en Dachau —y Schwab como otros fotografió su edificio—, nada indica que llegara a funcionar. Aquí estamos de nuevo topando con los límites de una historia basada únicamente en testimonios. También es una señal de la confusión que existía entonces entre los campos del universo concentracionario donde los presos no estaban destinados a ser asesinados, aunque a veces lo fueron, sino que eran reducidos a la esclavitud, y lo que Raul Hilberg llama los «centros de exterminio», con sus cámaras de gas, donde la mayor parte de los deportados judíos, hombres, mujeres y niños mezclados, estaban destinados a morir.

Éric Schwab alcanza la cima de su arte con el retrato. Es el único fotógrafo de los campos que ha inmortalizado unos rostros conmovedores de hombres que nos miran y dan ganas de llorar: joven judío ruso; cirujano húngaro; joven judío húngaro cuyo pie de foto es simplemente su nombre, que nada nos sugiere, André Gardos. La emoción que sintieron los primeros que se vieron enfrentados a la realidad de los campos es manifiesta.

Al hilo de los días, sin embargo, después de que la prensa familiarizase al público con las imágenes del horror, la visita adquiere fácilmente un cariz *voyeur* y puede resultar incluso indecente, especialmente en Dachau. Multitud de visitantes desfilan por el campo como en una feria, cuando los deportados todavía están pudriéndose allí y se ven privados de moverse libremente, confinados por

una cuarentena drástica. El informe sobre Dachau de un oficial de repatriación francés, el coronel Poussard, con fecha 26 de mayo de 1945, menciona la incomodidad que sintió al ver llegar a unas misiones supuestamente destinadas a recoger información: «La conducta [de sus miembros] fue a menudo escandalosa; los visitantes no cesaban de tomar fotos, entraban en cualquier momento en los barracones y se comportaban a menudo como si estuvieran en un zoo».

Los estadounidenses reinan sobre ese campo, al que imponen una cuarentena rigurosa. La situación de los «liberados» de Dachau presenta algunas analogías con la de los «liberados» de Bergen-Belsen o de Flossenbürg. Hasta finales del mes de mayo, los antiguos presos —entre los cuales hay 4800 franceses, 500 de ellos enfermos— permanecen aparcados en el interior de los mismos recintos, enfermos de tifus, con un régimen alimentario deplorable. Ninguna asistencia, a no ser la de la misión vaticana compuesta por un médico y una decena de enfermeras más algunos curas. Los internos se organizan ellos mismos durante las seis semanas que dura lo que Edmond Michelet llama, en su hermoso testimonio, «la República autónoma de Dachau bajo protectorado estadounidense».

Mucha astucia tuvieron que desarrollar sus amigos, entre ellos François Mitterrand, para hacer salir a Robert Antelme, que había sido trasladado allí el 4 de febrero de 1945 desde un campo satélite de Buchenwald, Gandersheim. A principios de mayo de 1945, se halla en Dachau una misión francesa compuesta por representantes de los Ministerios de Información y de la Guerra, Dechartre y Stibbe, por miembros de la Comisión de Prisioneros, Deportados y Refugiados de la Asamblea Constituyente y por representantes del Movimiento Nacional de Prisioneros de Guerra y Deportados (el MNPGD), entre ellos François Mitterrand. «Encontré a mi amigo en Dachau: Robert Antelme, el marido de nuestra querida Marguerite Antelme [Marguerite Duras], codirectora de este periódico», escribe este último en *Libres*^[59]. Según el relato de Dionys Mascolo, François Mitterrand les había dicho que su amigo estaba «absolutamente agotado, y sin duda condenado [...] si dejaban que su suerte dependiera del plan de repatriación previsto». Es preciso ir a buscarlo. Dionys Mascolo y Georges Beauchamp, amigo de Antelme de la época del instituto y colaborador de François Mitterrand, obtienen de este último una orden de misión y se ponen en camino el 8 de mayo por la mañana, vestidos de uniforme. En Dachau los vacunan contra el tifus. Penetran en el campo, van arriba y abajo por las avenidas que separan los bloques hasta que oyen la voz de Antelme. Para que pueda abandonar el campo cerrado a cal y canto por los estadounidenses, se inventan toda una novela: figura que Antelme está en posesión de unas informaciones sobre ciertos agentes de la Gestapo que siguen actuando en Francia; por lo tanto, debe acompañarlos para ser interrogado. Una vez cruzadas las alambradas, pegan la espantada: «Robert nos hace prometer que no nos detendremos hasta la frontera. El miedo a que lo detengan lo tiene aterrado. Es un preso que está tratando de evadirse».

El 11 de mayo de 1945, el coronel médico Worms, médico personal del general de Lattre, se esfuerza por obtener el traslado de los deportados franceses a bloques donde pasarán la cuarentena en unas condiciones más favorables. El mismo día, el general Leclerc logra trasladar a todos los enfermos que no son de tifus a la sección francesa del hospital de la misión vaticana y a los válidos a los barracones de los SS que hay al lado del campo. Los enfermos de tifus, por su parte, siguen siendo tratados en el hospital estadounidense.

La situación en Allach, un campo satélite de Dachau donde se hallan 1.200 franceses, aún es peor.

Los «liberados» viven en barracones sórdidos, las letrinas son de una suciedad repugnante y el teniente estadounidense se muestra, según el informe del oficial de repatriación Poussard, de una «rigidez inhumana». El abad Roger Chetaneau cuenta cómo, nada más llegar, los estadounidenses volvieron a poner las alambradas. «De hecho —señala—, se nos tratará como a prisioneros hasta que el campo sea evacuado».

La apertura de los campos por parte de los aliados occidentales y la repatriación a Francia de los que habían sido deportados de ese país no son iguales en todos los campos. En Buchenwald, no hubo epidemias. La repatriación se hizo con rapidez y eficacia. En Bergen-Belsen, donde los británicos llegaron el 15 de abril, en Dachau y en Mauthausen, siguió muriendo mucha gente tras la liberación, y los internos fueron aislados por miedo a epidemias como las dos grandes, de tifus al Este y de gripe española al Oeste, que devastaron Europa justo al final de la Gran Guerra. En cuanto a las mujeres de Ravensbrück, habían sido en parte arrojadas a las carreteras y en parte evacuadas gracias a la Cruz Roja sueca. Solo unas dos mil, enfermas, permanecieron en un campo que fue liberado por los soviéticos. Pero al que siguen Éric Schwab y Meyer Levin en su marcha hacia Innsbruck es al ejército estadounidense.

«HEMOS LIBERADO EL *WHO'S WHO*»

Tras la desesperanza de Dachau, Meyer Levin y Éric Schwab permanecen en la zona de los últimos combates. Los soviéticos han entrado en el campo de mujeres de Ravensbrück el 30 de abril de 1945, el mismo día en que Hitler se suicida en su búnker de la cancillería del Reich. La noticia se ha propagado enseguida. La zona de los combates se ha reducido notablemente, formando como una bufanda con la parte occidental de Checoslovaquia, el sur de Baviera y el noroeste de Austria, en tanto que Viena, desde el 13 de abril, también está en manos del Ejército Rojo. Las tropas de la Wehrmacht se disgregan. Hacia el Tirol austriaco, lugar de una hipotética «fortaleza alpina» a la que habría podido llegar el Führer, afluyen una serie de dignatarios nazis y de soldados perdidos, con la ilusión de poder reanudar un combate del cual vemos perfectamente —¿pero lo ven ellos también?— que es desesperado.

Al sur de Múnich, Schwab y Levin en su jeep compartido se unen a una columna que enfila la carretera de Innsbruck. La población bávara y la austriaca manifiestan su hostilidad hacia los alemanes, adornando sus ventanas con banderas blancas, señal de que ya no quieren la guerra, o con la bandera austriaca, roja y blanca, para afirmar un patriotismo hostil al III Reich, al cual Austria está anexionada desde marzo de 1938. El clima no tiene nada que ver con la sorda hostilidad, mencionada varias veces por Meyer Levin en *In Search*, que encontraron los aliados en territorio alemán, donde la población no había hecho desaparecer los emblemas nazis. El 3 de mayo de 1945, los estadounidenses están en Innsbruck. Los días siguientes, uno tras otro, los ejércitos alemanes se rinden. ¿Significa eso que todos los combates terminan de golpe tras esas rendiciones sucesivas? En absoluto. Aún es posible morir, como Gaston Madru, de una bala perdida en una zona donde los combates teóricamente han cesado. Meyer Levin expresa de nuevo su estupefacción ante la pugnacidad de los «jerries», como llama a veces a los alemanes en sus textos.

Las carreteras atestadas recuerdan a las del éxodo francés de 1940, pero es un éxodo de una amplitud jamás vista: idéntica comitiva de poblaciones civiles, ancianos, mujeres, niños usando toda clase de vehículos, a veces inverosímiles —bicicletas, carretones tirados por personas o por caballos, cochecitos de niño...— que huyen por miedo a los soviéticos precedidos por los rumores —no infundados— de pillaje, violaciones y brutalidad. Con ellos se mezclan hombres y mujeres de todas las nacionalidades que recuperan la libertad y tratan de volver a casa, si es que todavía la tienen: trabajadores forzados, prisioneros de guerra, reclusos concentracionarios de los anexos de los diversos campos que constelan esa región.

En su autobiografía, Levin solo dedica algunas líneas al episodio memorable del cual, junto con Schwab, es actor: la liberación del castillo de Itter. Sin embargo, ha redactado varios comunicados contando ese «last minute super-thriller» y un largo artículo de doce páginas mecanografiadas, «La

batalla del último castillo», publicado íntegramente —lo cual no suele ser habitual para sus textos— el 21 de julio por un gran semanario, el *Saturday Evening Post*, bajo el título: «*We liberated Who's Who*» [Nosotros liberamos el *Who's Who*]. Hará de este episodio considerablemente modificado la materia de una novela, *The Stronghold*, publicada veinte años más tarde, en 1965.

El tono de los comunicados al igual que el del artículo es alegre. Contrasta con el tono desesperado que se desprende de los textos enviados desde Dachau. También es un episodio sin judíos, cuando estos constituyen el meollo de su búsqueda. Esa aventura emocionante es pues objeto de un verdadero artículo como le gusta a la prensa, una historia con todos los ingredientes indispensables: acción, vuelcos imprevistos, personajes célebres, la muerte que acecha y a la que se engaña *in extremis*, el humor y la jovialidad que autoriza el *happy end*. El artículo está ilustrado con dos fotos. No han sido escogidas de entre la treintena de clichés tomados por Éric Schwab y conservados durante y después de los combates que acabaron con la liberación de ese *Who's Who* encerrado en el castillo de Itter, sino que proceden del Ejército estadounidense. En una, se ven muy sonrientes, rodeando al general McAuliffe, a Édouard Daladier, al señor y la señora Weygand, a Paul Reynaud y al general Gamelin. En la otra, en compañía de un libertador estadounidense de uniforme, a Léon Jouhaux, al coronel de La Rocque, a Jean Borotra y a Marcel Grancher, hermano del yerno del general Giraud.

Si bien este episodio para Levin es único, en realidad se inscribe dentro un movimiento más general que él describe así:

Pequeños comandos formados por algunos jeeps y un tanque penetraban en territorios que aún no habían sido «limpiados» para alcanzar lugares muy especiales, campos, prisiones, castillos donde había personas importantes prisioneras. Estas expediciones de salvamento volvían cargadas de aviadores estadounidenses o de generales franceses o de primos de la reina de Inglaterra, tirando los jeeps de remolques en los que habían sido amontonados sus guardianes convertidos a su vez en prisioneros. Al menos cuando todo salía bien. Porque esos equipos de libertadores a veces tenían que ser liberados a su vez por otros equipos de libertadores. A veces no volvían, y solo algunos *boys* salvaban la vida.

Hay que añadir que el carácter lúdico de esas expediciones no debía enmascarar ni su importancia ni el riesgo que corrían los que tomaban parte en ellas. A veces estos equipos solo se adelantaban en un día a los ejércitos, pero esas pocas horas podían ser fatales para los prisioneros. Porque, hasta el último momento, los nazis se llevaron como rehenes, cada vez más lejos, hacia montañas remotas o reductos inexpugnables, a sus prisioneros importantes^[60].

Habíamos dejado a Blum y sus compañeros de fatigas evacuando Dachau. Desde allí, se habían trasladado a Innsbruck, en una «gran caravana» y luego los habían enviado a Niederdorf el sábado 28 de abril, la víspera de la capitulación del Ejército de Italia. Al día siguiente, una compañía de la Wehrmacht desarma a los SS y los sustituye en la guarda de los prisioneros. El martes por la tarde, son conducidos en un camión militar al célebre hotel de Pragser Wildsee, que frecuentaba la aristocracia del Imperio austrohúngaro y donde se hospedó el archiduque Francisco Fernando poco antes de ser asesinado en Sarajevo. El lugar es magnífico: «un lago puro y sombrío a nuestros pies; al otro lado del lago un gran pico de los Dolomitas alzando su fachada vertical, el horizonte rodeado de bosques», escribe Léon Blum. La dueña del hotel, Emma Hess-Hellenstainer, recibe a los 139 prisioneros pertenecientes a diecisiete naciones distintas. El hotel mantiene actualmente la memoria de un acontecimiento en el cual quiere ver la prefiguración de la construcción europea^[61]. Hasta allí

se precipitó un destacamento de infantería mecanizada del Ejército estadounidense cuando se enteró de la presencia de rehenes importantes para liberarlos y evitar lo peor, siempre posible. El viernes 4 de mayo, todos los prisioneros se convirtieron en huéspedes del Ejército estadounidense. Al día siguiente, señala también Léon Blum, «un grupo de corresponsales de guerra irrumpió en el hotel. Vinieron a fotografiarnos y a entrevistarnos en nuestra habitación». Schwab y Levin no forman parte de ellos. Están en otro lugar, ocupados con la liberación prácticamente simultánea de otro *Who's Who*, el de Itter. Sin embargo —error de percepción o fallo de memoria—, Meyer Levin añadirá en *In Search* el nombre de Blum al de los prisioneros del castillo de Itter.

Los hombres y las mujeres que fueron liberados en Itter forman parte de esas pocas centenas de personalidades de todas las nacionalidades que fueron dispersadas por los servicios del *Reichsführer SS* Himmler a lo largo y ancho del universo concentracionario. En efecto, cada campo dispone de unos enclaves especiales asignados a los prisioneros de este régimen peculiar. No se les menciona generalmente en las monografías dedicadas a esos campos, porque están realmente al margen del universo concentracionario y constituyen un número ínfimo que escapó a la suerte común de la masa de los reclusos. Estos presos fueron internados uno a uno, nominalmente, a veces en función de su notoriedad más que de su actividad, aunque algunos sí participaron en la resistencia. Para los nazis fue a la vez una manera de sustraerlos a un combate en el que podían o habían podido ser útiles, evitar que su nombre prestigioso se utilizara en la lucha contra Alemania, blandir amenazas de represalias contra las familias de los que combatían al nazismo y disponer con esos hombres y esas mujeres de un pequeño lote de rehenes. Los lugares que los acogían podían estar cerca del campo, como en Buchenwald la Fauconnerie, la casa forestal donde estuvieron presos un tiempo los acusados de Riom: Daladier, Gamelin, Léon Blum, así como el líder sindical Léon Jouhaux. Cuando Gamelin, Daladier y Jouhaux fueron llevados al castillo de Itter, Georges Mandel se reunió con Léon Blum en la casa forestal. Estos lugares también podían encontrarse en el propio campo, como el sector político de la prisión de Dachau. A veces fueron grandes hoteles, como el Rheindresser Hotel, en Bad Godesberg cerca de Bonn, que le gustaba mucho a Hitler y donde se alojó más de treinta veces, o castillos, como el de Itter, en el Tirol del Norte. Tenían, entonces, el estatus de campo satélite de un campo principal. Así por ejemplo, el castillo de Itter dependía del campo de Dachau y el Rheindresser Hotel del de Buchenwald.

Algunos son reacios a calificar a los hombres y mujeres que allí estuvieron de «deportados», aunque fueran «honoríficos», como se les calificará en la inmediata posguerra. Ellos mismos jamás se consideraron como concentracionarios, solo como prisioneros que vivieron el día a día lejos de los suyos y de su país en unas condiciones difíciles y un destino incierto, que en general imaginaron que podía ser la muerte. No compartieron la suerte común de los que fueron trasladados desde Francia y otros países para ser, como la mayoría de los judíos, asesinados nada más llegar o para incorporarse a los campos del universo concentracionario: ni el transporte en vagones, ni la extremada brutalidad a la llegada que hace caer a los presos en otro mundo. No se les forzó a hacer ningún trabajo, no fueron ni martirizados, ni humillados, ni vejados. En cada etapa de su periplo carcelario, la mayoría de ellos gozó de la posibilidad de mantener correspondencia, de leer y escribir —algunos, como el coronel de La Rocque, redactaron sus memorias— y con frecuencia dispusieron de una radio, aunque solo pudieran escuchar las emisoras alemanas.

¿Acaso debemos, porque no conocieron lo peor, silenciar estas historias o ignorarlas en señal de menosprecio, en nombre de una jerarquía del sufrimiento de la que pretendiéramos tener la llave? Esos lugares, como el castillo de Itter, pertenecen efectivamente al universo concentracionario nazi, un universo tentacular del cual no conocemos aún todos los recovecos.

El castillo de Itter parece sacado de las ilustraciones de cuentos de hadas, escribe Meyer Levin. Esa pequeña fortaleza medieval, en el Tirol austriaco, encaramada en una colina cónica con las laderas cubiertas de bosque, dominando el pueblo del mismo nombre, había sido remodelada varias veces, restaurada y dedicada a varios usos desde su construcción en el siglo XII. El 7 de febrero de 1943, el lugar es requisado por el Estado Mayor de la Oficina Central de la Administración y de la Economía de las SS dirigido por Oswald Pohl y se convierte, en la nomenclatura nazi, en un «campo de evacuación» (*Evakuierungslager*) dependiente, como más de un centenar de otros campos satélites, del campo de Dachau. Las modalidades de su creación son las mismas que las de todos los campos: resultan de la doble enjambrazón de SS y reclusos encargados de la dirección y la organización del campo. Así, el hombre que dirige las obras de remodelación, Petz, es un subteniente de las SS. Desde Dachau, llega a Itter acompañado por diez *SS-Totenkopfsverbände*, destinados a la guarda de los campos. Deben vigilar el trabajo de un grupo de veintisiete presos, llegados de Dachau y de Flossenbürg. Como es costumbre cuando se crea un nuevo lugar concentracionario, su *kapo* es un preso alemán. Esa mano de obra esclava trabaja en las obras de adaptación de un lugar destinado a recibir a deportados muy especiales. Hay que disponer dormitorios para alojar a los SS que los vigilarán y al personal recluso que trabajará allí y, en el cuarto piso, las dependencias del comandante del campo. En el primer, segundo y tercer piso, hay diecinueve habitaciones con un confort somero cuyas ventanas están provistas de barrotes destinadas a los prisioneros importantes. Una parte de los muebles «procedían [...] de viviendas de israelitas de Praga», señala Augusta Bruchlein, que se convertirá en Augusta Léon-Jouhaux después de la guerra. Luego hay que dotar al castillo de medidas de seguridad. Está cerrado con un recinto de alambradas; se instalan focos en el camino de ronda y tres torres de vigilancia equipadas con ametralladoras vigilan el patio.

Al frente del campo, el SS Sebastian Wimmer, un nazi bávaro de unos cuarenta años particularmente brutal, que ha ascendido en los campos, sobre todo en el de Majdanek, todos los peldaños de la jerarquía. Llega a Itter el 28 de abril de 1943. Para completar el personal, un cocinero preso y varias mujeres para ayudar con la intendencia. No han dejado en la historia ni sus nombres ni muchos recuerdos, salvo para la compañera de Léon Jouhaux, que las describe así:

En agosto de 1943 había llegado del campo de concentración de Ravensbrück un grupo de ocho mujeres encargadas de limpiar nuestras habitaciones, de lavar la ropa y de ayudar en la cocina. Una vigilante las había acompañado y ejercía sobre ellas una autoridad tiránica. [...] Comparada con la del campo, su vida en Itter representaba para ellas un alivio material indudable. La hostilidad en la mirada que habían traído de Ravensbrück fue reemplazada a veces por una sonrisa fugaz cuando podíamos darles alguna golosina mientras hacían nuestras habitaciones. Se quedaron con nosotros hasta el final de nuestro internamiento, temiendo siempre que las «liquidasen» en ese momento, como había amenazado con hacerlo el capitán de las SS. El último día, les dimos vestidos y dinero para que intentasen volver a casa, a pesar o quizás gracias al desorden general engendrado por la debacle alemana.

Édouard Daladier, Maurice Gamelin y Léon Jouhaux fueron los primeros en llegar al «castillo prisión», como lo llamará Augusta Léon-Jouhaux. Igual que para los demás, excepto para Weygand, su deportación de Francia a Alemania es obra de la Gestapo. En este sentido, sí que son deportados,

desde el punto de vista de los circuitos administrativos nazis.

Meyer Levin presenta de entrada, en su artículo, con una especie de júbilo, la lista de los catorce hombres y mujeres obligados a compartir durante un tiempo variable una casa común. Los estadounidenses liberan de golpe a: dos expresidentes del Consejo que no son de la misma formación política, Édouard Daladier y Paul Reynaud, este último acompañado de su joven y bonita secretaria Christiane Mabire; Gamelin, el generalísimo de los comienzos de la campaña de Francia, cesado del cargo por ese mismo Paul Reynaud; Weygand, que lo sustituyó entonces al frente de los ejércitos hasta la derrota, está acompañado de su esposa; el sindicalista Léon Jouhaux, inamovible secretario general de la CGT (la Confederación General del Trabajo) a quien se unió su secretaria y compañera Augusta Bruchlein; Michel Clemenceau, el hijo del *Tigre*; el coronel de La Rocque, fundador de las Croix-de-Feu y del Partido Social Francés; Jean Borotra, apodado *el vasco saltarín*, muy popular campeón de tenis, comisario de Educación General y Deportes en el Gobierno de Vichy. A ellos se añaden tres personas que solo están allí por los lazos familiares que las unen a los que dirigen el combate contra el ocupante alemán: Marcel Grancher, cuyo hermano está casado con una de las hijas del general Giraud; Alfred y Marie-Agnès Cailliau, siendo esta última la hermana del general De Gaulle. Levin no cita —y no es casual— a otros cuatro prisioneros: en Itter solo han estado de paso. El presidente de la República francesa, Albert Lebrun, de salud muy delicada y que regresará a Francia en octubre de 1943; el célebre embajador de Francia, André François-Poncet, trasladado a otro hotel tirolés, el Berghof de Ifen; el expresidente del Consejo italiano, Francesco Nitti, así como su secretario.

Conocemos bien el itinerario de esos hombres y mujeres porque prácticamente todos han escrito, durante su cautiverio, como Édouard Daladier, que llevó un diario, y el coronel de La Rocque, que redactó sus cuadernos; o algún tiempo después de ser liberados, como Marie-Agnès Cailliau, Maurice Gamelin, Paul Reynaud, Augusta Léon-Jouhaux y Maxime Weygand.

Generalmente, fueron perseguidos en cuanto Francia se hundió y se instauró el Gobierno de Vichy, encarcelados o mantenidos en arresto domiciliario. Daladier y Gamelin, junto con Léon Blum, comparecieron en el proceso de Riom, se defendieron con inteligencia, competencia y pugnacidad, de tal manera que el proceso se volvió en contra de Vichy que lo había organizado y tuvo que ser aplazado. Mandel y Reynaud, acusados también ellos de ser responsables de la derrota de 1940, no fueron sin embargo citados a comparecer. Prisioneros de Vichy, fueron entregados a los alemanes tras el desembarco aliado en el norte de África y la ocupación de la zona libre por la Wehrmacht. El 2 de abril de 1943, Édouard Daladier, Léon Blum y Maurice Gamelin abandonan Aulnat, un municipio situado a pocos kilómetros de Clermont-Ferrand, donde Léon Jouhaux se les ha unido. Tras pasar una noche en Maisons-Laffite, son conducidos a Le Bourget y trasladados en avión a Mannheim. Desde allí, un coche los lleva a la región de Weimar, a un lugar cuyo nombre ignoran. Hacia las 6 de la mañana, escribe Daladier en sus cuadernos con fecha 3 de abril de 1943, «nos recibió un comandante de la Gestapo, alto, fuerte y cordial». Distribuyó a los prisioneros en tres habitaciones: «Amanece en la meseta. Bosques de abetos. Desde mi ventana, veo a un centinela con un perro policía. Más allá, empalizada, alambradas, centinelas, perros [...]. Estamos retirados del mundo y de la vida francesa, como por otra parte un millón de prisioneros y la juventud francesa trasladada a Alemania». Está claro: para el expresidente del Consejo, solo están fuera de Francia los prisioneros de guerra y los

reclutados por el STO. No menciona a los deportados de otras diversas categorías.

Daladier ignora que está en Buchenwald, igual que Blum lo ignorará hasta agosto de 1944. En sus cuadernos, expresa su gran satisfacción ante la corrección del comandante que va a visitarles, y aprecia como un *gourmet* la comida del campo. El 29 de abril se entera por boca del comandante de que deben irse, pero Georges Mandel llegará pronto. Blum comenta: «Será un pequeño gueto». El expresidente del Consejo del Frente Popular se ha dado cuenta de la situación: los dos únicos políticos judíos de primer orden de la III República están separados de los demás. El destino de Mandel será el mismo que el de Jean Zay, estigmatizado por la extrema derecha como judío: ambos serán asesinados por la Milicia.

Finalmente, el 2 de mayo de 1943, Gamelin, Jouhaux y Daladier abandonan el lugar y son trasladados a Itter. A estos hombres, que en distintos grados han manifestado su oposición a Pétain, se les unen otros que, por el contrario, han participado en su Gobierno: el general Weygand fue durante tres meses ministro de Defensa y Jean Borotra comisario de Educación General y Deportes durante casi dos años, antes de ser cesado en abril de 1942. Borotra era miembro del Partido Social Francés del coronel de La Rocque. La detención de Weygand es la única que no es obra de las SS, sino resultado de una intervención del ministro de Asuntos Extranjeros del Reich, Ribbentrop, que se la exige al embajador de Francia en Alemania, Fernand de Brinon. El general es detenido, sí, pero goza del inmenso respeto de sus carceleros en la academia militar al sur de Baden-Württemberg donde permanece detenido al principio, luego en un hotel de Garlitz donde se reúne con él su mujer. Ambos son finalmente trasladados a Itter, en diciembre de 1943. Borotra, detenido en la estación de Austerlitz el 22 de noviembre cuando subía a un tren que debía permitirle trasladarse a España y desde allí al norte de África, y Reynaud no gozan de los mismos miramientos. Borotra está al principio en una celda aislada en el campo de Sachsenhausen, no lejos de Berlín, ignorando que Reynaud está en otra celda. Luego los ponen a los dos en el búnker de Sachsenhausen.

Augusta Bruchlein, por su parte, obtiene a finales de mayo de 1943 la autorización de reunirse con Léon Jouhaux, de quien es desde hace tiempo la compañera y la indispensable colaboradora, firmando un papel donde exime de toda responsabilidad a Vichy y a Alemania por lo que pueda ocurrirle durante su cautiverio voluntario. En junio de 1943 llega a Itter. Su llegada incita a Paul Reynaud a reclamar la presencia de su secretaria, Christiane Mabire, prisionera en Ravensbrück. Esta última llega el 2 de julio de 1943, el mismo día que un hombre desconocido de todos, Marcel Grancher. Detenido por la Milicia en Túnez por resistente tras la entrada de las tropas alemanas y entregado a la Gestapo, conoce primero las condiciones de los internos de Dachau. Pero como su hermano está casado con una de las hijas del general Giraud y Himmler ha decidido tomar como rehenes a todos los miembros de esa familia, acaba formando parte de los prisioneros de Itter.

Entre los últimos llegados, Michel Clemenceau y François de La Rocque. El primero, aunque tiene 65 años, está en buena forma. Ha sido detenido por la Gestapo, encarcelado unos meses en Francia y luego internado en el castillo de Eisenberg, en Checoslovaquia, otro lugar para presos de nombres famosos y que es una dependencia del campo de Flossenbürg. De La Rocque, en cambio, se encuentra en un estado lamentable. La detención será para él especialmente dura porque padecía las secuelas de una herida de cuando la Gran Guerra. Llega a Itter el 10 de enero de 1944 en un estado de caquexia, con un edema de ambas piernas, y es examinado y tratado por un médico de Dachau.

Los dos últimos huéspedes en llegar son en realidad unos evacuados. Son los esposos Cailliau. Su hijo, Michel, prisionero de guerra, ha logrado hacerse repatriar en marzo de 1942. Funda el

Movimiento Nacional de los Prisioneros de Guerra y los Deportados, un movimiento de resistencia al que sus padres ayudan de múltiples formas. ¿Es esta actividad de resistencia la que les vale a los esposos Cailliau ser detenidos por la policía militar alemana o es el hecho de que Marie-Agnès sea hermana de Charles de Gaulle? Son encarcelados en la prisión de Fresnes y luego deportados en enero de 1944, Alfred en Buchenwald y Marie-Agnès en Ravensbrück, como Geneviève, una sobrina del general. Pero no se ven. En julio de 1944, Marie-Agnès Cailliau es trasladada cerca de Bonn, al Rheinhof Dreesen. El 27 de febrero de 1945, suben a los prisioneros a una barcaza, cruzan el Rin y luego son trasladados en camión a Buchenwald, donde Marie-Agnès se reúne con Alfred. Posteriormente, junto con otros, son llevados en vagones de ganado a Múnich. Marie-Agnès y Alfred son separados de los otros y conducidos a Itter, adonde llegan el 13 de abril.

De todos los testimonios que han dejado se infiere que esas personas tan diferentes convivieron intentando a veces ignorarse, pero sin conflictos excesivos, conscientes de que estaban en manos de un enemigo común y de que ante él no debían exponer sus discrepancias.

Mientras los estadounidenses trazan su ruta hacia Innsbruck, la excitación es máxima en Itter, donde los presos saben que están al llegar porque siguen a escondidas por la radio los acontecimientos. «La tarde del 1 de mayo —cuenta Augusta Léon-Jouhaux—, dos grandes coches de las SS penetraron en el patio del castillo. Uno de ellos era el del *Sturmbannführer* Weiter, el comandante del campo de Dachau del que dependíamos». El hombre que presidía los destinos del campo desde el 30 de septiembre de 1943, «gordo, apoplético, con cara de bruto», escribe Daladier, había huido, como recordará el lector, el 26 de abril de 1945, el día en que Blum y los demás «VIP» habían sido evacuados. Los SS son recibidos por Wimmer. «¿Ha sonado nuestra última hora?», se pregunta Augusta Léon-Jouhaux. «Acechábamos los menores ruidos, y por la noche descubrimos que aquellos señores, que habían llegado con un cargamento de coñac y presintiendo el final que sabían que era ineluctable e inminente, se dedicaban a emborracharse».

Wimmer le asignó al comandante de Dachau la habitación contigua a la de Paul Reynaud. Al amanecer, todos oyeron dos disparos. «Entonces encontraron al comandante del campo [...] muerto en su habitación, sentado en un sillón con una bala en la región del corazón y otra en la nuca». Eso al menos es lo que cuentan en el castillo. Augusta duda de que haya muerto sin ayuda. Pero es la única. Para los demás, el suicidio es una evidencia[62]. Nosotros, que ya hemos visto en la ruta de Levin y Schwab los suicidios en familia de los alcaldes de Ohrdruf y de Leipzig y que conocemos la amplitud de la epidemia que golpeó Alemania, no dudamos de ella.

Fabrican para Weiter un ataúd improvisado. Pero el cura del pueblo (estamos en una región católica) se niega a enterrarlo en la tierra consagrada del cementerio de Itter. No porque fuese un criminal nazi, como en el caso de Priebke, el autor de la masacre de las fosas ardeatinas para quien la búsqueda de sepultura fue tema en la prensa en el momento de su muerte en octubre de 2013, sino porque entonces no se enterraba en tierra cristiana a un suicida. Se cava una tumba en el parque del castillo. Wimmer a su vez abandona Itter con su esposa, haciendo firmar a sus prisioneros un texto donde afirman que jamás los ha maltratado.

A partir de ese momento, los prisioneros son guardados por un capitán de las Waffen SS.

El *Spirit of Alpena* de nuestros amigos Levin y Schwab ha seguido a la 103.^a División de Infantería del 7.º Ejército, que acaba de entrar en Innsbruck. La ciudad austriaca era el objetivo final del general McAuliffe. El hombre se hizo famoso cuando la contraofensiva alemana de las Ardenas. La ciudad estratégica de Bastogne había sido sitiada entonces por una división de tanques alemanes. A la petición alemana de rendición, McAuliffe respondió de manera lacónica y definitiva: «Nuts!», que en ese contexto militar se traduce por: «¡Y un cojón!». Una réplica que se hizo famosa entre los estadounidenses. Subsistía una zona aún «no limpiada» de unos ochenta kilómetros cuadrados entre la 103.^a División y la 36.^a División de Infantería que se hallaba más al norte. Fue entonces, cuenta Levin, cuando llegó en bicicleta un civil con cara afable. Era un prisionero político yugoslavo portador de un mensaje que entregó al mayor Kramers, de Filadelfia, especifica Levin, puesto que se trata siempre de interesar a los estadounidenses de cada ciudad en las hazañas de un hombre originario del lugar donde residen. Ese mensaje hizo brillar los ojos de Kramers. Estaba redactado, cuenta de nuevo Levin, en un inglés algo formal y solemne, el inglés que usan los extranjeros. Pone que a través de este mensaje se informa a las autoridades estadounidenses de que catorce personalidades cuyos nombres figuran a continuación, hombres de Estado franceses, generales, damas, están presos en el castillo de Itter. Y añade: «Tienen muchos baúles y bolsas».

El mayor Kramers deja que el teniente Éric Lutten, su oficial de enlace francés, estudie la lista de nombres que, aparte del de Borotra, no le resultan familiares a un estadounidense. Éric Lutten ve en esa reunión inverosímil, sin afinidades electivas, organizada por los nazis una manifestación de su perversidad. Para que el lector estadounidense, que no necesariamente está al corriente de la historia reciente de Francia, pueda apreciar lo que esa reunión de personalidades tiene de absurdo, Levin propone una analogía, que por su parte poco le dirá a un lector francés: es como si hubieran puesto juntos al presidente Hoover, a Eleanor Roosevelt, al sindicalista John Lewis y al coronel McCormick, magnate de la prensa de Chicago y aislacionista empedernido.

En su jeep, Meyer Levin y Éric Schwab avanzan con el pequeño comando estadounidense. Hace buen tiempo. El paisaje es grandioso. La carretera está invadida de polacos, franceses, soviéticos, antiguos esclavos o prisioneros que los aclaman y «parecen haber surgido de la tierra mientras el viento de la liberación trazaba su ruta». Durante una treintena de kilómetros, podría parecer que van de excursión. A medio camino de Wörgl, la última ciudad que bloquea la carretera del pueblo de Itter, a ocho kilómetros de allí, encuentran a un puñado de partisanos austriacos que les cuentan la escaramuza que acaban de mantener con unos SS un poco más allá. Porque la retaguardia SS no ha renunciado a luchar. El pequeño grupo hace una pausa. Entonces se ve atrapado en lo que resulta ser, escribe Levin, el «Krautland», que podríamos traducir por «Bochilandia», «Germanolandia», donde se han refugiado los últimos irreductibles. Ahora bien, explica el escritor, aunque era importante liberar un castillo lleno de personalidades, no era menos importante no dejarse matar, cuando se suponía que los combates ya habían cesado. El rugido familiar de los obuses que se disparan taladra el aire, un ruido que pensaban que no volverían a oír. Luego, una explosión a pocos cientos de metros. Los GI se ponen a resguardo. El mayor Kramers también se pone a cubierto. Se decide que, sin refuerzos, no irán más lejos.

Mientras Meyer Levin y Éric Schwab esperan con la 103.^a División a que quede «limpia» la carretera, otra división emprende camino a Itter. Es una compañía de tanques mandada por un joven e

impetuoso capitán, John Lee de Norwich, Nueva York, precisa Levin. Hace centenares de prisioneros. Levin aprecia la simplicidad del método. John Lee se había hecho con un «intérprete anunciador» y lo había subido a la torreta de su tanque; este gritaba en alemán dirigiéndose a los *boches* que se encontraban por los alrededores: «Todo ha terminado». Sufrió, cuenta Levin, «el fuego de los mismos cañones que los que nos habían atacado».

Lee jamás oyó hablar del castillo de Itter y de sus huéspedes. Pero «estaba dispuesto a liberar a cualquier prisionero de los alemanes». Deja pues un tanque en la retaguardia en Wörgl, mientras él, un oficial alemán al que ha capturado y cinco GI se dirigen hacia la montaña de Itter. No topan con ninguna resistencia. Su tanque se cuele por las calles estrechas y llega a un pequeño puente. Al otro lado aparece la entrada monumental del castillo. El capitán Lee estaciona su tanque en el puente. La pesada puerta del castillo está abierta, y una pequeña multitud encantada y emocionada expresa su gratitud en francés y en inglés. Lee tan solo reconoce a Boroetra. En sus memorias, René Lévesque, el futuro primer ministro de Quebec, que fue corresponsal de guerra y también estaba en Itter ese día, dice que enseguida reconoció «al hombre delgado y atlético», «uno de los más grandes campeones de todos los tiempos».

Lee y sus hombres se relajan y, en el comedor de ventanas pequeñas que a Levin le parece lúgubre, comparten con los prisioneros una cena de despedida regada con abundante alcohol durante la cual se evitan los temas incómodos. Sí, escribe Levin, fue una velada emocionante. La bella señora Mabire brinda por el galante ejército estadounidense; la pequeña señora Weygand sonríe radiante a los fornidos militares del otro lado del Atlántico y el delicado general Gamelin expresa su admiración por la manera como los GI han llevado la campaña para liberar Europa que él ha seguido por la radio. Encuentran camas para los militares.

La euforia dura hasta la madrugada, cuando el castillo se despierta por un ruido familiar: les están disparando. El tanque, alcanzado, se incendia. El capitán Lee reúne a los soldados alemanes que se habían rendido la víspera. Uno de ellos se había evadido y había revelado la posición. La situación es mala: «Doscientos SS, borrachos y fanáticos, decididos a acabar con todo en una última orgía mortal» los tienen sitiados. Son indispensables los refuerzos.

Estos últimos acontecimientos, que Levin narra con elocuencia, no los vivió, pero se los contaron. Levin y Schwab han partido con el mayor Kramers. Han avanzado y ahora están en Wörgl. Aparece entonces *el vasco saltarín*, Jean Boroetra: ha saltado la muralla que rodea el castillo, disfrazado de refugiado austriaco, con una mochila y un bastón de excursionista. Está en perfecta forma física, pues ha practicado todos los días lo que entonces no se llamaba *jogging* y ha construido en el castillo una cancha de *deck-tennis* al que ha iniciado a algunos de sus compañeros. Todos los prisioneros del castillo se deshacen en elogios sobre él. André François-Poncet considera que es «de corazón» el mejor de todos, un muchacho «tan recto, tan puro y extraordinariamente dotado de esa cualidad que se ha vuelto tan rara, la amabilidad». No sabe, porque en mayo de 1945 ya no está en Itter, que Boroetra también es valiente.

Al llegar donde están los estadounidenses, el muchacho solo pide una cosa: que le den un uniforme y un arma y los guiará hasta el castillo. La pequeña tropa inicia, pues, la ruta hacia Itter, cruzando el riachuelo que corre al pie del castillo y encaramándose por la pendiente estrecha de la ladera norte de la colina, con «un estilo que le habría llegado directo al corazón a Darryl Zanuch», el gran realizador y productor estadounidense, a quien Levin soñaría más tarde entregar su adaptación teatral del *Diario* de Ana Frank para que la llevase a la pantalla. En el retrato que tomó de él Éric Schwab,

Borotra aparece vestido con el uniforme del Ejército estadounidense.

Liberan el castillo. Este último combate lo ha dañado bastante. Schwab fotografía al general Gamelin, mirando a cámara, con una chaqueta de estar por casa, pantalón de montar y botas; y a Paul Reynaud, con traje y corbata en una habitación (¿el comedor?) donde la mesa está cubierta de cascotes de la ventana arrancada por los combates. Las imágenes que tomó en Itter recuerdan las fotos de las personalidades francesas de Buchenwald. Hay grupos, como uno en el que Gamelin, Reynaud y Michel Clemenceau, con un poblado bigote, posan junto a Éric Lutten, el oficial de enlace francés; y retratos, como el de Jean Borotra o el de Marie-Agnès Cailliau. Inmortaliza a Meyer Levin en uniforme dialogando con Léon Jouhaux, que no ha perdido un ápice de sobrepeso. Los dos hombres, en efecto, hablaron del futuro de las relaciones sindicales entre Francia y Estados Unidos, y a este respecto cabe recordar el interés de Levin por las luchas obreras en sus primeras novelas, especialmente en *Citizens*. Schwab hace un reportaje que también muestra a los prisioneros liberados abandonando el castillo: el general Weygand, con paso decidido, abrigo y cartera en mano, su mujer y el coronel de La Rocque, ambos ayudándose con un bastón, cruzan el pequeño puente que los conduce a la libertad. Daladier, con abrigo y sombrero, un cigarrillo en la boca, sigue el mismo camino.

Meyer Levin y Éric Schwab vuelven a la carretera, solos. Dirección Terezin.

TEREZIN

«En la Europa en guerra, la última misión de nuestro jeep de prensa, el *Spirit of Alpena*, tenía como objetivo encontrar a la madre del fotógrafo de la AFP, Éric Schwab». La guerra se ha estrechado a una pequeña zona, en el centro de Checoslovaquia, donde se encuentran Praga y Theresienstadt[63]. Éric Schwab y Meyer Levin se dirigen al puesto de mando estadounidense instalado en una escuela cerca de la frontera checa. «¡Jesús! —les dice el coronel Abrams—. No quieren permitirme ir hasta Praga. Llegaríamos en dos horas, ¡y podríamos liberar la ciudad!» Una ciudad en plena sublevación, que los alemanes aún conservan. Pero los ejércitos estadounidenses no pueden traspasar la línea de demarcación fijada por los diversos acuerdos entre los aliados, especialmente el de Yalta (febrero de 1945): al Este, solo pueden combatir los soviéticos.

Los dos hombres buscan a la madre de Éric. Piensan que puede estar en Terezin: ¿porque una de sus amigas de Bonn recibió una postal indicando que trabajaba allí, cuidando niños? ¿O porque una mujer de Dachau emitió esa hipótesis? Las dos versiones se encuentran en *In Search* y nosotros no podemos inclinarnos por ninguna. Pero no es únicamente el amor filial lo que los lleva hacia esos últimos combates. Aún quieren respirar «el aire de la guerra»[64], sentir la excitación incomparable que produce. «Éramos —escribe Levin— como los borrachos que, mientras quede una gota de alcohol en la botella, no pueden parar de beber»[65].

El *Spirit of Alpena* enfila pues hacia Pilsen, donde se halla otra división estadounidense. Allí también se quejan de no poder liberar Praga, que solo dista unos treinta kilómetros por una carretera que conduce directamente a la ciudad. Así sea. Meyer y Éric enfilan la carretera solos. Durante unos quince kilómetros, pasan por puestos avanzados todavía en poder de los GI. Luego, por pueblos checos. Se preguntan: «¿Es sensato continuar?». Finalmente llegan a los límites de la ciudad, donde acaban los raíles del tranvía. Han levantado una barricada. Meyer aparca el jeep al borde de la carretera. Los dos hombres se presentan a un civil que lleva un brazal y un fusil y que grita jubiloso: «America! America!», indicándoles cómo llegar a la ciudad.

Aquel 7 de mayo de 1945, las calles están bloqueadas por numerosas barricadas, algunas levantadas con materiales variopintos: muebles, carcasas de coches, alguna ala de avión; piedras. Pero los obuses siguen cayendo y algunos edificios de la ciudad vieja, junto al río, están en llamas. Éric y Meyer encuentran el cuartel general de la insurrección y hablan con oficiales sublevados. Estos últimos les dicen que todavía pueden resistir, pero se quejan: ¿por qué no mandan sus tanques los estadounidenses? En el exterior del Cuartel General, los dos hombres se cruzan con una unidad de la resistencia checa que está filmando. Un historiador militar checo ha exhumado películas y fotos. En ellas se ve a los dos hombres en su jeep, junto a unos sublevados checos que les explican, mapas en mano, cuál es la situación. Meyer y Schwab también han sido fotografiados por separado. Cada uno lleva en bandolera una cámara fotográfica. No se ha encontrado hasta la fecha ninguna de las fotos que tomaron durante la insurrección de Praga. Los alemanes bloquean la carretera de

Theresienstadt. Los dos hombres deciden volver a Pilsen para defender la causa de los pragueños ante el Ejército estadounidense.

Al día siguiente, los tanques soviéticos entran en la Praga sublevada. Ahora la cuestión de una eventual ayuda estadounidense ya ha quedado obsoleta. Meyer y Éric se dirigen a Karlsbad, donde se hallan los últimos puestos avanzados del Ejército estadounidense. El alto el fuego está previsto para mediodía. Después, ningún estadounidense podrá, sin una autorización especial, entrar en la zona que ha correspondido a los soviéticos. Por lo tanto deben irse enseguida. Llenan el depósito de gasolina, comprueban las ruedas del jeep y le indican al centinela que van a dar una vuelta por los alrededores. Pero toman la carretera de Theresienstadt, a unos cuarenta kilómetros dentro de las líneas soviéticas.

Meyer Levin nos da una descripción impresionante del espectáculo que se les ofrece en la carretera. Recuerda que, desde Ohrdruf, Schwab y él mismo han sido testigos del éxodo de las poblaciones. El lector también lo recuerda. Pero las escenas a las que asisten nada más salir de Karlsbad los dejan atónitos. La densidad de la multitud se parece a la de los barrios de negocios de las ciudades estadounidenses a la hora en que los empleados salen de las oficinas. Pero la analogía se detiene ahí: «Aquello no se parecía a nada de lo que conocíamos».

Toda la población que vive al este de Karlsbad parece huir con una sola meta: alcanzar la zona de ocupación estadounidense antes de que cierren la línea de demarcación. En comparación con esas hordas de fugitivos, los refugiados que han visto hasta ahora en las carreteras parecen «una alegre cuadrilla de bohemios que han salido de excursión»[\[66\]](#). Lo que ven «supera la imaginación más apocalíptica». Era «un movimiento épico, gigantesco, grotesco, lamentable, pero merecido», «una maraña de toda la humanidad». Meyer Levin se pone lírico para describir la interminable procesión.

Un locomotor avanza al paso. Exhala un humo tóxico que asfixia a toda la carretera. Arrastra una treintena de vehículos. Levin piensa en un dinosaurio ciego, herido, tirando de una comitiva de mendigos con harapos, lisiados, hambrientos, aferrados los unos a los otros. De los varales de un carretón en el que se amontonan mujeres, bebés y soldados heridos han colgado hatillos, y un coche Opel averiado va atado a ellos mediante unas cuerdas deshilachadas. A ese coche va atada otra carreta, cargada de ancianas y niños. Caminando detrás de esta segunda carreta y agarrándose a ella, chicos, mujeres, un granjero de bigotes blancos, con una chaqueta de cuero y botas, luego el chasis de un vehículo indeterminado con ruedas de hierro, otros carros, varios Volkswagen. Carretillas y carritos de vendedores de frutas cierran ese convoy, que avanza muy despacio y crea un embotellamiento. Aparece una nueva oleada humana: hombres apoyados en bastones o muletas, otra cadena atada a un camión desvencijado con el capó abierto. Acostado sobre el capó, un hombre se esfuerza por mantener en su sitio una pieza defectuosa del motor.

El *Spirit of Alpena* intenta avanzar, es el único vehículo a contracorriente del flujo. El espectáculo aún se vuelve más irreal. Todo un hospital de soldados alemanes heridos está huyendo. Hombres con la cabeza y los miembros vendados, un brazo o a veces incluso una pierna escayolada, cojeando y apoyándose en muletas. De tarde en tarde pasa un coche de verdad, en buen funcionamiento, cargado de prisioneros de guerra franceses o estadounidenses recién liberados por los soviéticos. Como los concentracionarios que también han sido liberados, se mezclan en la carretera con los alemanes que huyen y no pueden sino estar satisfechos de la justicia final que reciben aquí mismo sus enemigos,

piensa Levin.

Meyer Levin destaca un solo incidente en esa carretera atestada. El jeep de los dos hombres, comprimido por la multitud, choca con la moto que maneja un SS de uniforme negro, agotado y loco de rabia por la derrota. Éric salta del jeep y lo insulta. El SS empuña su revólver. Nuestros dos compañeros están solos en medio de la multitud. Meyer ve entonces a un oficial alemán y le grita: «¡Pídale a su hombre que entregue el arma! Se ha firmado el armisticio». Empujo a Éric —prosigue Meyer—, que también quiere apoderarse del arma. El oficial agarra el brazo del SS, le quita el revólver y me lo tiende. Meto a Éric dentro del jeep y nos largamos a toda prisa. Éric examina el arma y lanza un último taco. Era un Colt estadounidense, probablemente tomado en la batalla de las Ardenas».

El *Spirit of Alpena* progresa como puede a través de esa «fantasmagoría» en la cual se suceden una fila de vehículos, el camión pintarrajeado de un circo, carretas, personas caminando con la espalda encorvada por el peso de dos, tres o cuatro mochilas y con maletas en la mano; de pronto, un par de magníficos jinetes parecen flotar por encima del gentío; luego los evacuados de los hospitales; ancianos extenuados descansando en la cuneta; hogueras; exprisioneros; heridos. Una procesión que se extiende sobre varios kilómetros y que no parece tener fin.

Es porque tienen pánico a los soviéticos, explica Levin. «Hemos oído retazos de historias a los prisioneros franceses y estadounidenses que rodeaban nuestro jeep cuando estaba atrapado en el embotellamiento. Los *russkis* se han ensañado con los *jerries*. Cuando los primeros entraban en una ciudad, sus tropas actuaban sin control. Se puede imaginar de todo. Luego se instalaba la disciplina y cesaban las violaciones y los asesinatos. Reinaba el orden. Nuestros hombres decían: “Tenían razón. Los alemanes han recibido exactamente lo que se merecían”».

El *Spirit of Alpena* penetra sin problemas en la zona soviética. El ejército soviético, constata Levin, se asemeja a cualquier otro ejército. Parece totalmente indiferente al flujo de los civiles. El jeep intenta avanzar entre sus vehículos, «reptando prácticamente por debajo de ellos», encontrando a veces una cuneta libre y manteniendo el equilibrio con una o dos ruedas fuera del foso. Cuando se ven atrapados, los dos hombres compran su derecho de paso con cigarrillos.

En la carretera, un panel indica «Theresienstadt».

«El campo no era difícil de encontrar —observa Meyer Levin—. Se confundía con la propia ciudad»[\[67\]](#). Theresienstadt, nombre alemán para el checo Terezin, es efectivamente un campo o un gueto o un campo-gueto —las denominaciones son erráticas para ese lugar de internamiento tan particular— instalado en los edificios de la vieja guarnición fortificada epónima de donde fueron expulsados los habitantes. Adolf Eichmann creó ese campo-gueto para internar, a partir de noviembre de 1941, a ciertas categorías de judíos del «Gran Reich» (Alemania, Austria, protectorado de Bohemia-Moravia): los que habían combatido en los ejércitos de Guillermo II durante la Gran Guerra; los que habían servido al Estado, como el padre del escritor y traductor Georges-Arthur Goldschmidt, consejero del Tribunal de Casación de Hamburgo, de una familia convertida al protestantismo desde hacía cinco generaciones y que fue en Terezin el pastor de los protestantes que los nazis, en base a su genealogía, habían designado como judíos. También se internaron allí a los que habían demostrado un mérito excepcional: grandes médicos, investigadores, artistas; o que tenían más de 65 años; los responsables de las comunidades judías de Berlín, Viena o Praga conservaban

allí, en cierto modo, su papel dirigente.

Porque el campo-gueto, como todos los guetos, estaba gestionado por un Consejo de Ancianos, compuesto por los dirigentes de las antiguas comunidades judías, bajo el control estricto de las SS. Desempeñaba el papel de un Ayuntamiento, se ocupaba de distribuir la escasa comida que le era asignada, de alojar a los recién llegados en espacios superpoblados, de los servicios sanitarios y del cuidado de las personas ancianas, que eran muchas. Dedicaba una atención especial a la educación de los niños y a la vida cultural. Los internos de Terezin, los del «viejo Reich» como Austria o Bohemia-Moravia, eran hombres y mujeres de cultura alemana. Muchos eran artistas o intelectuales de renombre y contribuyeron a crear en el campo una vida cultural rica y creativa: varias orquestas, una ópera, una compañía de teatro, cabarets, una biblioteca de préstamo de 60.000 volúmenes, conferencias, etcétera.

Los nazis también usaron el campo de Terezin como instrumento de propaganda, un engaño. Arreglaron el campo para la visita que el Comité Internacional de la Cruz Roja, conducido por Maurice Rossel, efectuó el 23 de julio de 1944. No todos los que estaban internados en Terezin estaban destinados a quedarse. A partir de enero de 1942, Terezin fue utilizado como campo de tránsito hacia lugares de asesinato en masa: el bosque de Rumbula, cerca de Riga, Treblinka, Majdanek, Auschwitz-Birkenau, etcétera. O hacia guetos como los de Minsk y Varsovia. De los 140.000 judíos que pasaron allí un tiempo variable, 90.000 fueron deportados más al este, hacia la muerte; 33.000 murieron en el campo-gueto de enfermedad o de hambre. Unos treinta mil sobrevivieron.

Levin y Schwab aparcan su jeep delante del edificio administrativo. Como una exhalación, la palabra *America* se extiende por el campo, y una pequeña multitud rodea su vehículo. Meyer entra en las oficinas para informarse de la suerte de la madre de su compañero. Una mujer joven le explica entonces que los soviéticos no han instalado ninguna autoridad en un campo donde impera la anarquía y que había sido confiado a la Cruz Roja unos días antes de su llegada. Han saqueado los almacenes. Ya no hay suministro. Los registros del campo han sido destruidos. Nosotros que conocemos Buchenwald podemos añadir también que no hubo, a diferencia de lo que ocurrió en ese campo, toma de control de la administración por parte de los presos.

Cuando Meyer, acompañado de la mujer joven, sale del edificio, Éric ya no está en el jeep. Pero la multitud examina el vehículo, leyendo uno a uno los nombres que han inscrito en él durante su recorrido, los «de judíos de Buchenwald y de Dachau, y de campos encontrados en nuestra ruta cuyos nombres son desconocidos. Greenfelds, Schwartz, Katzenbaum, Zynchowskis, Levys, judíos de Lodz, Varsovia, Pinsk, Ámsterdam, Lyon e incluso de Irlanda y de Suecia. Una joven empieza a chillar: “¡Mi marido está vivo!”, señalando un nombre, Rosenblatt, Dachau. “¡Es su firma!”».

Meyer Levin visita el campo-gueto y constata, excusándose por expresarse así, que es «el mejor de los campos de concentración». Inmediatamente atenúa sus palabras: también era un lugar de muerte. La hijita de la mujer que lo guía ha muerto allí, pese a los cuidados que su madre no dejó de prodigarle. Pues en «ese campo *soft*, la muerte se destilaba lentamente». Sin embargo, algunos sobrevivieron. Una «supervivencia a costa de una última pirueta diabólica —escribe Levin—. Los habitantes de Theresienstadt se salvaron considerándose superiores a la chusma judía del Este exterminada en los campos de esclavos o en los crematorios». Meyer Levin pone el dedo en la llaga

de una polémica violenta entre los supervivientes de Terezin, que se encenderá en 1963 cuando Hannah Arendt publique en Nueva York su *Eichmann en Jerusalén* y condene sin paliativos a los dirigentes de las comunidades judías que participaron en los *Judenräte*, los consejos judíos. Según ella, cooperaron, especialmente los de Terezin, en la muerte de su pueblo. Sin ocultar nada, Meyer Levin matiza: atribuye a esos dirigentes la supervivencia de varios miles de judíos, escribiendo no sin valentía, pues se dirige a lectores de la prensa judía, que en Theresienstadt encontró un «gueto dentro del gueto».

Los que están aparcados en ese gueto son en gran parte los evacuados de la nebulosa concentracionaria. Han traído con ellos el tifus y la disentería. Entre ellos, señala el representante del Ministerio Frenay Francis Rosenauer tras su visita a Terezin el 13 de junio de 1945, hay 450 franceses. Una parte son judíos. Han conocido Birkenau y Bergen-Belsen, como Marceline Rosenberg, convertida en Loidan-Ivens y Anne-Lise Stern, que será la psicoanalista lacaniana de todos conocida. Otros no lo son, como el poeta Robert Desnos, que pasó por Buchenwald y Flossenbürg y murió en Terezin de tifus. Un centenar de ellos, enfermos de tifus, todavía están siendo tratados allí cuando el representante del Ministerio Frenay efectúa su visita. Meyer Levin camina por los barracones donde han sido confinados los evacuados, «las entrañas del infierno»: «Es como caminar de nuevo por Buchenwald: los supervivientes yacían, desnudos, en el suelo o cojeaban medio muertos por los pasillos encharcados y repugnantes. El contraste es impresionante con el hospital, limpio, tranquilo y bien equipado, donde trabajan médicos famosos de Praga, Viena o Berlín».

Cuando una vez terminada la visita Meyer se dirige hacia el edificio de las oficinas, Éric lo llama desde el jeep. En el asiento de delante está sentada una mujer frágil, de cabellos blancos, tocada con una cofia blanca de enfermera. «Éric había encontrado a su madre». Recordando la postal que su madre le había enviado a una amiga en Bonn, Éric había buscado la sección de los niños. Había abierto la puerta y la había visto, rodeada de niños jugando. Ella había levantado la vista. Lo había visto a su vez. Había repetido su nombre, convencida de que se trataba de una alucinación.

Meyer Levin se pregunta si tienen derecho a irse así sin más con la madre de Éric. Pero nadie parece prestarles la menor atención. Aunque en el campo haya tifus, no está drásticamente aislado como lo estaba el de Dachau, y la exfiltración de la madre de Éric no plantea los mismos problemas que la de Robert Antelme.

«Habíamos terminado la guerra», escribe Meyer Levin, usando una fórmula propia de los corresponsales de prensa. En un pueblo cerca de Karlsbad, se dirigen al cuartel general de un regimiento estadounidense. Les asignan dos habitaciones en una casa alemana requisada. En un armario, encuentran un mantel y unos platos. Cocinan una comida con sus raciones y sirven una «cena del ejército» a la madre de Éric, cuyo nombre Meyer no escribe nunca, él que sin embargo está siempre tan preocupado por los nombres. Ella toca cada objeto, los platos, el mantel, como «para convencerse de que estas cosas son reales, que había un mundo que aún existía. Solo al ver la habitación, una habitación para ella sola, con una cama, unas sábanas y una almohada, lloró». Éric registra los armarios, saca un montón de ropa y zapatos de mujer. Su madre dice que «no» con la cabeza. Él insiste. Va cubierta de harapos. Pero ella se niega: «No quiero nada de nadie».

En el centro de prensa, los dos hombres eran famosos, los apodaban los *operators*. Estaban

acostumbrados a verlos regresar con sorpresas de todas clases. Ya hemos visto a los GI coleccionando estrellas amarillas en París y a Meyer enviando «trofeos» a su hijo Jonathan. Partían al frente con una lista de recuerdos que tenían que traer, encargos del comandante: cámaras de foto, Leica o Rollefleix, Rolleicord; Lugers o Mausers que arrebatarían a los alemanes[68]. Pero su llegada con la madre de Éric despertó una alegría que no habían podido ni siquiera soñar. «Fue la reina del centro. La paz era posible».

Las rutas de Éric Schwab y Meyer Levin se separan.

De la madre de Éric, tenemos las informaciones precisas que nos proporcionan los archivos de Bad Arolsen. Se llamaba Elsbeth Yvonne Bieber, nacida el 3 de febrero de 1889, Schaper de casada, por el apellido de su segundo marido, «ario», del cual había tenido un hijo. Su matrimonio la protegió, hasta que quedó disuelto por la muerte del marido, o por el divorcio. No lo sabemos. En la lista del «transporte» «de evacuación» de 74 judíos de Berlín, para usar la terminología nazi, organizado por la Gestapo de Berlín el 23 de febrero de 1944, su segundo nombre de pila se convierte, como el de todas las mujeres judías que figuran en esa misma lista, en «Sara».

El 15 de junio de 1946, embarca en Bremen en el trasatlántico estadounidense *Marine Perch* en dirección a Nueva York. Ha obtenido con su hijo un visado de entrada a Estados Unidos gracias a la HIAS (Hebrew Immigrant Aid Society), la gran organización judía que se encarga de la emigración. Murió en Hamburgo, donde está su tumba, lo cual hace pensar que volvió a Alemania tras una estancia americana.

Éric Schwab abandona nuestro relato. Durante un tiempo, sigue con su trabajo de fotógrafo junto a las fuerzas estadounidenses, realiza en julio de 1945 un reportaje sobre la reconstrucción de Noruega, trabaja en Nueva York como corresponsal de la AFP (1945-1949) y luego para diversas organizaciones internacionales, la UNESCO y la OMS. En esa elección por el sector humanitario tal vez podamos leer el efecto de la experiencia por la que pasó con Meyer Levin. Nunca fue muy prolijo sobre ese episodio de la guerra y del descubrimiento de los campos. No escribió nada sobre el reencuentro con su madre. Conservó toda su vida los lazos de amistad con Meyer. Y también, más tarde, con la escritora Charlotte Delbo, superviviente de Auschwitz, a la que conoció en Suiza y a la que retrató varias veces: los dos habían conocido los campos, aunque sus experiencias no eran las mismas. Nunca se sintió propietario de sus fotos de los campos que trazaron su camino, a merced de los azares de la memoria, anónimas hasta el trabajo de identificación realizado por Mikael Levin.

Meyer Levin, por su parte, se queda en Alemania, obsesionado por la suerte de los judíos que no quieren o no pueden vivir en lo que fue «su casa», Polonia, Hungría, los países bálticos. Estos lugares para ellos son ahora cementerios. Vuelven y vagan entre las sombras por paisajes de cenizas, como los personajes de la novela de Leïb Rochman, *À pas aveugles de par le monde* [69] (A pasos ciegos por el mundo), hasta que comprueban que nadie de su familia ha sobrevivido. Para los aliados, los judíos no existen como tales. Son los nazis y sus vasallos quienes han hecho de ellos una categoría aparte. El hundimiento del nazismo los devuelve a lo que eran antes de su advenimiento y su conquista de Europa. Son franceses, polacos, alemanes, húngaros... Ningún nombre, sino en *yiddish*, la lengua de la mayoría de las víctimas, designa la destrucción de los judíos de Europa. No

es una categoría. El término «superviviente» todavía no se emplea. Los judíos supervivientes forman parte de la categoría de las *displaced persons*, de las «personas desplazadas» (DP). Se dice corrientemente un «depé» o un «dipí». No se sabe demasiado bien cómo se ha constituido esa categoría, pero desde 1942 forma parte del discurso de los aliados. Como indica su sentido literal, el término designa a todas las personas —sea cual fuere su nacionalidad— que han sido desplazadas contra su voluntad, pero también a veces por propia iniciativa: prisioneros de guerra, trabajadores requeridos por el Servicio de Trabajo Obligatorio, o reclutados en Polonia o Ucrania, voluntarios para las fábricas alemanas, deportados a los campos de concentración... Para ocuparse de ellos, ayudarlos especialmente a ser repatriados, se creó una nueva organización internacional el 9 de noviembre de 1943 en la Conferencia de Atlantic City: la UNRRA, la administración de Naciones Unidas para la ayuda y la reconstrucción. En un primer momento, al final del conflicto, depende del Estado Mayor aliado, el SHAEF, que es el único que tiene autoridad sobre los planes de repatriación. La existencia de la UNRRA se concibe de entrada como transitoria, debiendo ayudar a pasar de la guerra a la paz, lo cual no impide que sus objetivos sean ambiciosos: tiene la misión de facilitar la resolución de los problemas económicos de la posguerra para permitir a los países de Europa devastados retomar su puesto en el sistema económico mundial y poner a su disposición servicios médicos, sociales y de asistencia, lo que se llama el *Welfare*. También se encarga de buscar a las personas desplazadas o desaparecidas. Una oficina de búsqueda se creó ya en 1943. En 1946 se instaló en la pequeña ciudad de Bad Arolsen, «en el centro geográfico de las cuatro zonas de ocupación»[\[70\]](#). Los archivos que allí se conservan se han dedicado durante decenios a la indemnización de las víctimas del nazismo. Ahora son accesibles a los investigadores.

La UNRRA tiene dificultades para constituirse y su papel en los primeros tiempos de la liberación no correspondió a sus ambiciones. Las primeras reuniones de su sección europea tienen lugar la segunda quincena de mayo de 1944, y el ministro francés encargado de los Prisioneros, Deportados y Refugiados, Henri Frenay, se preocupa por su lentitud. Cuesta reclutar personal. En diciembre de 1944, el SHAEF pide que la UNRRA forme 450 equipos de carácter internacional, constituido cada uno por entre seis y ocho personas de diferentes nacionalidades. Solo veinte equipos funcionan el 5 de abril de 1945, el mismo día en que se descubre Ohrdruf, el primer campo de concentración del Oeste. El 14 de julio de 1945, la UNRRA tiene 2.626 empleados repartidos en 332 equipos. Debe ocuparse de una «marea de población nómada», la misma marea en la cual Meyer Levin y Éric Schwab se han visto atrapados, y que desborda a la maquinaria humanitaria.

La prioridad es la repatriación. Para los DP de los países de Europa occidental es obvia. A esa tarea se dedican los oficiales de enlace franceses adscritos al SHAEF que hemos visto en Buchenwald, Thekla y Dachau desde principios de abril. La repatriación de los «ausentes» de Francia (cerca de un millón de prisioneros de guerra, 700.000 STO, unos 45.000 deportados de los cuales 3.000 son judíos) que se encontraban en las zonas de ocupación de los aliados occidentales quedó terminada prácticamente en junio de 1945, mientras que la de la zona de ocupación soviética fue más difícil y se hizo escalonadamente hasta agosto de 1945. Para los ciudadanos de los países que les han tocado a los soviéticos la repatriación es más problemática: polacos, ucranianos, letones, estonios, lituanos, yugoslavos. Por razones políticas, algunos no quieren volver a su país (pues han sido auxiliares entusiastas del nazismo). Estos, como los judíos supervivientes del Este de Europa, permanecerán en campos para personas desplazadas. Entre 1945 y 1950, cuando la guerra fría se instalaba en Europa, separando radicalmente el Este del Oeste, «la crisis de las personas

desplazadas» fue un importante tema de conflicto. Hay aproximadamente unos 250.000 judíos aparcados en esos campos, mayoritariamente en las diferentes zonas de ocupación en Alemania, pero también en Austria y en Italia.

Es difícil reconstruir con precisión los desplazamientos de Levin después de separarse de Schwab. En Leipzig, se une de nuevo a su división del 3.º Ejército. Ya no es una fuerza de combate, sino una fuerza de ocupación. El rabino Lefkowitz está agregado a ella. Con Meyer, hablan del porvenir de los judíos. Toda una corriente del judaísmo estadounidense es partidaria de reinstalar a los judíos en Europa. Su inteligencia y su talento podrían servir para reconstruir una nueva Alemania^[71]. Los judíos, los que han emigrado a Canadá o a Estados Unidos, podrían volver. Meyer Levin es escéptico. Lo ve como una idea británica para desviarlos de Palestina, que para él es su destino natural. La discusión ilustra una vez más los debates transversales de una parte de los ambientes judíos al finalizar la guerra.

Lefkowitz le pide entonces un favor a Levin: llevar a los judíos de Colonia la Torá que uno de ellos había exhumado en las ruinas de una sinagoga donde la habían enterrado tras la Noche de los Cristales Rotos. A principios de marzo de 1945, Levin había pasado unos días en la Colonia en ruinas, la primera gran ciudad alemana liberada del nazismo por los estadounidenses, y había enviado varios comunicados describiendo el estado de la comunidad judía, una de las más antiguas de Alemania, calculando que el número de supervivientes era como máximo de 500 de una población de 20.000. Meyer acepta de buen grado el encargo de devolver a la ciudad la Torá.

Con la Torá metida en una cajita es, pues, como termina Meyer Levin su periplo alemán. El 11 de mayo, envía un comunicado desde Wiesbaden. Ha visitado el campo para DP que ha sido instalado en unos barracones a las afueras de la ciudad. Está poblado en su mayor parte por soviéticos y hay una sola muchacha judía de 19 años, que se siente aislada. Su padre, su madre y sus cinco hermanas han sido fusiladas en su pueblo. Ella pudo escapar porque fue considerada polaca y enviada al STO. Y Levin se pregunta: «¿Dónde está su casa?». Este ejemplo ilustra el principal problema al que se enfrentan los DP judíos, mezclados en proporciones variables con los demás DP. El primer combate fue conseguir que pudieran estar juntos en campos separados y que las organizaciones judías, especialmente la gran organización caritativa estadounidense fundada durante la Primera Guerra Mundial, el Joint Distribution Committee, fueran autorizadas a aportarles su ayuda, cuando los únicos que estaban presentes en esos campos eran los rabinos del Ejército estadounidense. Eso se logró en julio de 1945.

Hacia el 20 de mayo, Meyer Levin pasa sin detenerse por Bergen-Belsen, siempre con la Torá dentro del jeep. Es el único campo que ha sido liberado por los británicos. No es esta su única particularidad. Aunque perteneciente al sistema concentracionario, se le han asignado funciones especiales: era un campo para judíos que podían ser intercambiados y un campo denominado «de recuperación» para concentracionarios, dicho de otro modo: un hogar para deportados moribundos. Sobre todo, desde el mes de agosto de 1944 hasta enero de 1945, recibió millares de mujeres trasladadas desde Auschwitz, y luego supervivientes de todos los demás campos, Ohrdruf y Buchenwald especialmente. La falta de agua y de comida, la superpoblación —el campo pasa de

unos siete mil presos a finales de julio de 1944 a 55.000 en el momento en que se hacen cargo de él los británicos— explican la amplitud devastadora de las epidemias de tifus y de disentería que allí se produjeron. Allí murieron, como miles de otros, Ana Frank, que más tarde será una obsesión para Meyer Levin, su hermana Margot y la madre de Simone Veil, Yvonne Jacob. Los británicos encuentran, pues, un campo sembrado de innumerables cuerpos sin sepultura. Los internos siguen muriendo en masa tras la llegada de los británicos. Estos últimos procedieron a enterrar los cuerpos con ayuda de *bulldozers*, quemaron los barracones después de trasladar a los enfermos a los cuarteles del Ejército alemán que había no lejos de allí. Fueron muy reticentes a dejar que nadie más que ellos se ocupara de los presos que estaban en una situación sanitaria sin parangón con ninguna otra. Bergen-Belsen se convirtió luego en el campo más importante para personas desplazadas, con 12.000 habitantes.

No parece que Meyer Levin se percatase de la magnitud de la catástrofe que se produjo en ese campo. En el comunicado que envía, se queja de que los nombres de los supervivientes no estén registrados y de que no se permita a las organizaciones judías aportar su ayuda.

Meyer Levin pasa por Colonia, entrega la Torá a los judíos de la ciudad. Eso, escribe en *In Search*, habría podido constituir una especie de *happy end*: el renacimiento del judaísmo en Europa. Para él, no es así. Los judíos de Colonia, como los demás judíos de Europa, están «rotos, acabados».

Dos años más tarde, escribe una pieza radiofónica y un guion que han permanecido inéditos: *The Torah and the Jeep*[\[72\]](#). Dos metonimias para lo que fue su búsqueda. Así habríamos podido titular nuestro relato. En la obra encontramos a Éric y Meyer bajo el nombre de André y Mike transportando en su jeep la Torá, que hace simbólicamente todo el periplo por los campos que aquí hemos narrado. Después de Terezin, la madre de André se encuentra en el jeep al lado de la Torá.

Así termina nuestro viaje.

EL DESPUÉS

Empieza otra historia: la historia de la circulación de las fotos de Schwab, la de las diversas obras —películas, libros, piezas de teatro— que expresan la obsesión de Meyer Levin por el destino de los judíos, una historia que corre paralela a la evolución en la conciencia colectiva de las huellas del universo concentracionario y del genocidio. Una historia larga, que ahora ya cubre setenta años.

Hubo en efecto un «momento» del descubrimiento de los campos en la primavera de 1945, un momento «de irrupción generalizada del horror»^[73] del cual todos los medios de la época, en Francia y en Estados Unidos, fueron vectores: prensa escrita nacional y regional, exposiciones de fotos, noticiarios filmados, radio.

Las «atrocidades nazis», según la expresión que se usaba entonces, están presentes en la prensa, ilustradas con fotos de cadáveres, de «muertos vivientes», de fosas, muy apreciadas por los fotógrafos de guerra. Las visitas guiadas por los presos de Ohrdruf y de Buchenwald habían dado el tono. Tereska Torrès, después de pasar unos meses en París, volvió a Londres, donde aún estaban sus padres, para dar a luz a su hija, Dominique. Escribe en su diario: «Estamos sublevados de horror a la vista de las fotos atroces de los campos de concentración». Fue para Susan Sontag un momento fundador: «Cuando miré esas fotografías, algo cedió. Se había alcanzado algún límite, y no solo el del horror; me sentí irrevocablemente desconsolada, herida, pero una parte de mis sentimientos empezó a atiesarse; algo murió; algo gime todavía»^[74].

Los noticiarios filmados no se quedan atrás. Ponen en movimiento, con algunas variaciones, las mismas temáticas que ya hemos destacado en una parte de las fotos de Éric Schwab: abundancia de imágenes de cadáveres, supervivientes famélicos, planos de los crematorios. En Nueva York hay un cine dedicado a las actualidades filmadas, las *Newsreels*. Siempre está lleno, con un récord de público cuando se proyectan las imágenes de la famosa visita de los generales a Ohrdruf. Todos los *Newsreels* estadounidenses reproducen esas imágenes; la visita inaugural de Eisenhower a Ohrdruf es garantía de su autenticidad. Anclan en el público la idea de que la liberación de los campos fue obra de los estadounidenses: el Bien triunfó sobre el Mal. A partir de la década de 1980, cuando «el holocausto» reemplazará a los «campos» en el imaginario colectivo y se convertirá en parte integrante de la cultura estadounidense, los testimonios de los GI que liberaron los campos serán sistemáticamente recogidos —se encuentran en Internet—, ratificando la idea de que Estados Unidos acudió a socorrer a los judíos de Europa. Auschwitz, que había sido la gran ausente de los medios en la primavera de 1945^[75], sustituye poco a poco a Buchenwald y se convierte progresivamente en la década de 1980 en la metonimia (*pars pro toto*) del genocidio de los judíos y de todos los campos del universo concentracionario. Este recubrimiento del universo concentracionario por el «holocausto» queda condensado en la visita que hizo Barack Obama a Buchenwald el viernes 5 de

junio de 2009, antes de acudir a las ceremonias de conmemoración del 65.º aniversario del desembarco[76]. Estaba acompañado por Elie Wiesel y por su tío, M. Payne, uno de los GI que entró en Ohrdruf. La víspera, en El Cairo, había anunciado: «Voy a visitar Buchenwald, que formaba parte de una red de campos donde los judíos fueron reducidos a la esclavitud, torturados, muertos por bala y gaseados por el III Reich».

Ya en 1945, se inauguran y circulan casi simultáneamente dos exposiciones en Francia y en Estados Unidos. La exposición «Crímenes hitlerianos» se puede ver en el Grand Palais desde el 10 de junio al 1 de julio de 1945. Originariamente, debía mostrar el martirio del pueblo francés. Pero la conmoción por el descubrimiento de los campos llevó a su responsable, Jacques Billiet, director del Servicio de Crímenes de Guerra, a dedicarla a los campos de concentración. Los objetos que se sacaron del Struthof son los que hemos visto en las fotos o las películas de la apertura de los campos y que el servicio de prensa de Buchenwald quiso mostrar a los corresponsales de guerra: cadalso, caballete de tortura donde el interno recibía como castigo veinticinco bastonazos, de lo cual Ignatz Feldmann había hecho delante de las cámaras una demostración a los generales estadounidenses, angarillas y elevadores de cuerpos del horno crematorio. Las seis urnas de cenizas atestiguan la función que tuvieron: hacer desaparecer los cuerpos, y no matar, a diferencia de la cámara de gas. Había reproducciones de varias fotos de Éric Schwab junto con otras que ya habían aparecido en la prensa. La exposición recibió unos 800.000 visitantes, en París y luego en provincias.

En Estados Unidos, la exposición se tituló: «No olvidemos». Subtítulo: «Los horrores de los campos nazis revelados de una vez por todas por las fotos más espantosas jamás tomadas». Fue mostrada en Saint Louis de Missouri primero, y luego en la biblioteca del Congreso en Washington por Joseph Pulitzer, una de las grandes personalidades de la prensa, que a petición de Eisenhower había efectuado en compañía de otros periodistas un viaje a Buchenwald y a Dachau. Veinticinco fotos de cerca de cuarenta metros de alto mostraban fosas y «muertos vivientes».

Esta exhibición en la prensa, en los noticiarios, en las exposiciones hizo de los campos «un punto de referencia indeleble de la imaginación occidental»[77], según escribe Saul Friedländer.

Pero hay un nombre que en general está ausente de esas primeras evocaciones: Auschwitz. Y si bien, aquí y allá, en la prensa o en la radio, se menciona a los judíos, su suerte no aparece como fundamentalmente diferente de la de los concentracionarios: los «centros de exterminio» del Este están lejos, en la zona liberada por los soviéticos, muy pronto tras el telón de acero; los supervivientes son en general poco numerosos, si exceptuamos a los de los campos de Auschwitz, que en el momento de su liberación se encuentran en los campos de concentración del Oeste. El campo típico es Buchenwald, como ya hemos mostrado en *Déportation et Génocide*. No es que nadie tuviera entonces conciencia de que el judaísmo europeo había sido amputado para siempre de la parte más importante de su población y de que una parte de los que habían sobrevivido, tan poco numerosos, no encontraban un lugar donde vivir en el mundo de la posguerra. Se pudrían en las decenas de campos para personas desplazadas instalados en Alemania, ahora dividida en zonas de ocupación.

La situación de los judíos en Europa presenta un contraste. Los de los países occidentales que han

sobrevivido a la deportación, tanto si han vivido en esos países desde hace generaciones como si han inmigrado entre las dos guerras, en general eligen vivir allí. En cambio, la situación sigue siendo dramática en el Este de Europa, que está soviétizándose. Todos esos países son en ese momento «países de violencia». Si una minoría de judíos fueron bien acogidos por sus vecinos cuando regresaron a casa, otros fueron víctimas «de ataques brutales y fatales»[\[78\]](#) durante los meses e incluso los años posteriores a la guerra, tanto en Polonia, como en Hungría, en Checoslovaquia o en Rumanía. Algunos fueron asesinados individualmente, otros colectivamente, víctimas de pogromos. El pogromo más famoso, que suscitó una gran emoción internacional, tuvo lugar en Kielce el 4 de julio de 1946, causando la muerte de 42 judíos y muchos heridos. Se calcula que los judíos asesinados en Polonia entre finales del año 1944 y 1946 fueron 1.500. El retorno de los judíos es vivido por los polacos como una intrusión. Las poblaciones locales se han distribuido en todas partes sus casas, sus comercios y sus bienes. Los judíos lo han perdido todo, su familia, su comunidad, sus posesiones. Y tienen miedo. Se van a América, a Europa occidental (30.000 llegan a Francia) y a Palestina. La salida hacia Palestina no topa con la hostilidad de los países de Europa del Este, que ahora están bajo la bota de la Unión Soviética. Por otra parte, todos, salvo Yugoslavia, votarán en la ONU en 1947 a favor de la creación de un Estado judío y un Estado árabe.

En 1945, Palestina sigue estando bajo mandato británico y los 600.000 judíos que allí residen entonces descubren las imágenes de los campos y se percatan de la magnitud de la tragedia al mismo tiempo que el resto del mundo. Los judíos solo son admitidos en Palestina con cuentagotas, y Ben Gurion reclama que los británicos flexibilicen su política de emigración y autoricen la entrada de 100.000 judíos. En vano. La Haganah se libra entonces a un combate militar contra los británicos para obtener la creación de un Estado, y Meyer Levin vuelve a su trabajo de corresponsal de guerra. Había terminado la segunda parte de *In Search*, titulada «los testigos», declarando que ya no tenía más que hacer por los judíos de Europa y que podía volver a su casa, es decir, a Estados Unidos. Pero no se quedó allí, obsesionado por lo que había visto durante los meses decisivos de abril y mayo de 1945 y por la suerte de los judíos supervivientes. Según él, la única opción posible para esos hombres y esas mujeres de los que nadie quería saber nada, sobre todo para los niños huérfanos, es la salida hacia Palestina. Dedicó a su historia los años 1946-1947, un tiempo que culmina con la epopeya del barco *Exodus* y su cargamento de supervivientes de los campos, que conmovió al mundo, y luego con la creación del Estado de Israel, en 1948. Los corresponsales que habían seguido la guerra de España, como Arthur Koestler, así como los combates en Europa, como Robert Capa o Joseph Kessel, quisieron cubrir, con la pluma o a través de la imagen, el nacimiento del nuevo Estado.

La principal preocupación de Meyer Levin son los niños supervivientes, como Josef Schleifstein, que se convierten en tema de su primera película, *My Father's House*, cuyo guion escribe, luego dirige, para acabar transformándola en novela[\[79\]](#). La historia del niño que es uno de los personajes principales, David, separado de sus padres, escondido en los bosques, recuerda la que contó unas décadas más tarde el escritor israelí Aharon Appelfeld. David busca en vano a su padre en Palestina. El joven protagonista de la película también es un eco, prácticamente en los mismos términos, del relato que hizo después de la guerra un «verdadero» niño que sobrevivió en Auschwitz, Karol Pila, y a quien Levin sin duda alguna conoció[\[80\]](#). Karol Pila, que fue liberado en Mauthausen, se había

convertido en cierto modo en la mascota de los libertadores estadounidenses. Su foto con uniforme del Ejército estadounidense había aparecido en la prensa francesa.

Seis meses después del final de la guerra, mientras dirige *My Father's House* y escribe la novela, Meyer Levin acaricia el proyecto de rodar una película sobre la emigración ilegal a Palestina de los supervivientes de las comunidades judías europeas. Para él, como explica en *In Search*, es una forma de completar su trabajo de corresponsal de guerra; pero también es, como siempre, la búsqueda de los orígenes, su interminable búsqueda de una judeidad que lo obsesionará hasta la muerte. Quiere rodar en Polonia, adonde sus pasos de corresponsal de guerra no lo han llevado, ese país que es la fuente de las judeidades europeas, pero también en gran parte de la estadounidense («Éramos hijos de los mismos padres»). Lo conseguirá, filmando a Tereska Torrès en las ruinas del gueto de Varsovia y siguiendo, en esa docuficción *avant la lettre* titulada *The Illegals*, el camino de unos emigrados clandestinos en ruta hacia Palestina, hasta la inspección del barco por los británicos.

Fueron los días pasados en Buchenwald, las largas conversaciones con los supervivientes, la intensa reflexión que no lo abandona sobre el tema del destino del pueblo judío lo que inspiró a Levin durante los años de la inmediata posguerra. Después de *The Illegals*, que no obtuvo el éxito que él esperaba, cierra definitivamente esa primera parte de su vida con la redacción de *In Search* (publicado casi por cuenta del autor en 1950). Vive en Francia con Tereska, con la que se ha casado, escribe como siempre lo ha hecho, porque es un escritor, pero también porque tiene que mantener a su familia.

En los años inmediatamente posteriores a la guerra, los supervivientes del genocidio y del universo concentracionario escribieron centenares de testimonios. En 1947, el flujo de los testimonios, que en general no encontraron público, se agota, con la excepción notable de los escritos en *yiddish*. La memoria del genocidio se halla confinada en el pequeño mundo de los supervivientes. Los que se salvaron son acogidos, sí, pero sus relatos son inaudibles. Y en Estados Unidos, en Francia y en Israel, se les sugiere que se callen. Es la época de los combatientes, de los héroes, y de la sospecha respecto a las víctimas.

«Antibes. Villa para el verano —escribe Tereska—. Hace tres años que estamos casados. Tenemos dos niños, una joven sirvienta bretona y dos gatos siameses»[\[81\]](#). En el escaparate del librero de la calle principal, un libro llama la atención de Tereska. Lo compra. Es un regalo para Meyer: «Parece ser que es un libro extraordinario. El diario que llevó durante la guerra una joven muerta a los quince años en Bergen-Belsen. Meyer se inclina y me besa para darme las gracias»[\[82\]](#).

Ana Frank ya no abandonará a Meyer, será una obsesión en su vida y la de su familia. A través de la manera como fue recibida la obra, transformada en pieza de teatro (1955) y luego en película (Georges Stevens, 1959), se lee no solo la historia de Meyer Levin, la de una obsesión, sino también la de dos concepciones de lo que fue el exterminio de los judíos de Europa: una persecución, un genocidio entre otros genocidios, bajo una visión que se autoproclama «universal», según la cual la identidad judía de las víctimas importa poco; y una persecución cuya finalidad fue erradicar a los judíos de Europa, que se inscribe en la larga historia del antisemitismo europeo.

«Desde el principio, fui consciente de que jamás sería capaz de escribir la historia de los judíos de Europa. Esa epopeya trágica no podía ser escrita por alguien que era ajeno a esa experiencia, pues los supervivientes tenían una visión aumentada que nosotros no podíamos alcanzar. Habían

vivido tanto tiempo en la cercanía de la muerte que, a nivel moral, eran como la gente que puede oír sonidos que la agudeza auditiva normal no percibe», había escrito Levin en *In Search*[83]. Ahora tiene entre las manos el libro al que aspiraba, la voz de ultratumba que es, según él, la única capaz de dar testimonio: el diario de Ana Frank. A partir de entonces, abandona el guion en el que está trabajando, que es el de una película sacada de su novela *Yehuda*, la historia de un violinista en el kibutz de la década de 1920 cuya vocación artística entra en conflicto con los intereses colectivos, que tiene la esperanza de hacer interpretar por Yehudi Menuhin. De nuevo está habitado por una misión: dar a conocer el texto de la joven Ana. Quedó impresionado en cuanto leyó la primera página. Tiene la certidumbre, escribe en *La obsesión*, una obra que puede considerarse como el segundo tomo de su autobiografía, de que es «el» documento necesario: cuenta la historia de una «familia urbana con la cual todo lector estadounidense puede sentir empatía»[84].

A través de Calmann-Lévy, que en 1950 editó la traducción francesa de la obra bajo el título *L'Annexe*, se pone en contacto con el padre de Ana, Otto Frank, el único de la familia que ha sobrevivido a Auschwitz. El *Diario* de Ana Frank es uno de los libros más traducidos (más de 70 lenguas) y más vendidos del mundo (al menos 30 millones de ejemplares acumulados). Son incontables los museos, películas, libros, cómics... que se le han dedicado, y las novelas donde aparece la figura de la adolescente, como *La visita al maestro*, de Philip Roth. Cada año, más de un millón de personas de todos los países visitan la famosa casa del Prinsengracht de Ámsterdam, en la que vivió la familia Frank, convertida en museo en 1960.

A veces se olvida que el libro no sedujo de entrada al público, y que las traducciones no fueron inmediatas. La traducción de la obra al alemán (1950), en la que Otto Frank tenía particular empeño, no tuvo de entrada mucho público. Fue difícil encontrar un editor estadounidense y el papel de Meyer Levin, el agente no oficial de Otto Frank, fue decisivo, como lo fue en el éxito inmediato que tuvo el libro cuando se publicó en Estados Unidos, con un prefacio de Eleanor Roosevelt, que hacía hincapié en los ideales humanistas y pacifistas de su autora. No mencionaba ni la conciencia creciente que tuvo Ana Frank de que las persecuciones de las que era objeto su familia constituían un preludio del exterminio de los judíos, ni la mención por parte de la joven del antisemitismo secular del que eran víctimas los judíos. Bajo la pluma de Eleanor Roosevelt, Ana Frank se convertía en el símbolo de la lucha contra todos los sufrimientos del mundo.

Esta visión le parecía bien a Otto Frank. Pero no era la de Meyer Levin. Logró que le encargaran la reseña del libro para el *New York Times Book Review*, y su largo artículo apareció en la primera página del suplemento literario del periódico el 15 de junio de 1952. Ana Frank, escribía, quizás era uno de los cuerpos de las fosas comunes de Bergen-Belsen. Era imperativo honrar el que había sido su deseo: vivir después de muerta, permitiéndole expresar, según sus propias palabras, todo lo que llevaba dentro. Por un lado, la maduración psicológica de una joven; por otro, la tragedia de una de las seis millones de almas judías sepultadas. Los dos aspectos estaban íntimamente ligados y formaban un todo. El artículo de Levin aseguró en Estados Unidos el destino de la obra.

Meyer había empezado a escribir, con la aprobación de Otto Frank, una adaptación del *Diario* para el teatro, que debía ser el preludio de una película. El extraordinario éxito del libro atrajo todas las codicias. Su pieza fue rechazada, fue la de Frances Goodrich y Albert Hackett la que obtuvo los favores de Otto Frank, la que recibió una acogida triunfal en Broadway en 1955 y sirvió de guion para la película de George Stevens (1959). Esa versión obtuvo la exclusiva. No se autorizó ninguna adaptación teatral o cinematográfica más a partir del texto mismo del *Diario*. Todas debían referirse

a la obra de teatro, generando así enormes beneficios. Otto Frank vetó que la obra escrita por Levin pudiera representarse.

Según Meyer Levin, Goodrich y Hackett habían plagiado su trabajo. La justicia estadounidense le dio la razón en este punto. Sobre todo, los dos autores habían suprimido de su pieza todas las reflexiones de Ana sobre su judeidad y sobre el destino de los judíos para convertirla en una figura universal. Según Meyer Levin eso era intolerable. Se enzarzó violentamente con Otto Frank, y hasta lo llevó a los tribunales. El hombre estaba santificado por la muerte de sus dos hijas, Ana y Margot, y por la de su mujer. Él mismo había sobrevivido a Auschwitz. Nadie podía poner en duda su fidelidad a los escritos de su hija. Ahora sabemos que compuso él mismo la versión del *Diario* que se imprimió. En efecto, ante los ataques reiterados de los negacionistas afirmando que el *Diario* era falso, pretendiendo algunos incluso que Meyer Levin era su autor, unos historiadores holandeses establecieron una edición crítica de los diarios de Ana: la primera versión y la segunda, que ella misma había revisado pensando en una futura publicación. La versión publicada en 1947 en Ámsterdam, y luego traducida a varias lenguas, era la establecida por Otto a partir de las dos versiones de su hija, suprimiendo los pasajes que él consideraba impublicables. En esos cortes, y luego en la versión teatral «autorizada» por Otto Frank, se lee el hombre que era y que impuso su marca. En el momento de la invasión de los Países Bajos, Otto Frank ya tiene más de cincuenta años. Pertenece a una familia típica de la burguesía judía alemana patriota —ha luchado como oficial en la Gran Guerra— y muy asimilada. Sus propios valores —los de su edad y su origen— no son necesariamente los de sus hijas: respeto absoluto a la familia tradicional, tabú del cuerpo y el sexo, desaparición del «particularismo» judío en aras del «universalismo». Por consiguiente, suprimió una parte (aproximadamente un 7 por ciento) de los escritos de su hija y dio su bendición a las transformaciones del texto para el teatro que eliminan en gran parte las referencias a la judeidad. La pieza, al igual que la película, termina con una última declaración de Ana sobre su fe en la humanidad en el momento en que los del anexo son detenidos. Levin no podía soportarlo.

Para él, la prohibición de su pieza teatral era pura censura, y jamás lo pudo aceptar. Perdió ese combate, convertido en una obsesión, que lo condujo al borde de la locura. Retrospectivamente, Tereska tuvo la certeza de que, cuando Meyer Levin pasó por Bergen-Belsen, el *dybbuk*, el espíritu de Ana Frank se apoderó de él y ya no lo abandonó. Meyer Levin publicó todavía una decena de obras. No dejó ya de meditar sobre el Mal, que está en el corazón de las sociedades y de los individuos. Este enigma está en el centro de la novela que más éxito tuvo, *Impulso criminal*, ilustración del «genio del mal»[\[85\]](#). Ana Frank fue la pesadilla de Tereska. Meyer Levin quiso ser su portavoz, el portavoz de una de esas muertas de los campos de concentración. Y eso le fue arrebatado cuando rechazaron su pieza teatral. Tereska vio cómo día tras día se deterioraba la salud mental de Meyer, ese «Don Quijote» cuyas «aspas de molino» tenían «forma de estrella judía»; era difícil estar casada con «un gran obseso de la historia»[\[86\]](#), un hombre que había penetrado el «corazón maléfico». Meyer Levin murió en 1981, unos meses después que Otto Frank.

Si bien en Francia no interesa mucho la controversia en torno a Ana Frank, ese debate es muy conocido en Estados Unidos, donde ha sido objeto de varios estudios. A principios de la década de 1970, las voces que se alzan en favor de Meyer Levin son cada vez más numerosas. Sobre todo porque la percepción del genocidio de los judíos como un acontecimiento distinto de los demás

aspectos de la criminalidad nazi tiende a generalizarse. Primero es el proceso de Adolf Eichmann en 1961, ese «Nuremberg del pueblo judío» (Ben Gurion); luego la difusión por televisión del serial *Holocausto*, en 1978, que pone en escena a una familia judía alemana del mismo tipo que la familia Frank y que dota al mundo anglosajón de un término específico para designar el genocidio de los judíos.

El final de la década de 1970 marca en efecto un punto de inflexión. Si el proceso de Adolf Eichmann había hecho, por primera vez para un público amplio, del genocidio de los judíos una historia aparte dentro de la Segunda Guerra Mundial, ese episodio de la historia comenzaba entonces su migración de la periferia hacia el centro de la visión de la guerra. Mientras que en *La France de Vichy* (1973), Robert Paxton no se había preocupado mucho de la suerte de los judíos, dedicó el libro *Vichy et les Juifs*, publicado en 1981, a esa parte de la historia junto a su colega canadiense Michael Marrus, especialista de la historia de los judíos en Francia. En Estados Unidos, el presidente Carter había encargado en 1978 a Elie Wiesel la dirección de una comisión presidencial sobre la Shoah que debía diseñar un futuro memorial. El Museo Conmemorativo del Holocausto de Washington fue inaugurado en 1993. La generación de los pioneros, como Meyer Levin, pasó el testigo a una segunda generación, constituida en algunos casos por descendientes de las víctimas, que procedió a recoger sistemáticamente testimonios, optó por estudiar la historia o la forma cómo había llegado hasta nosotros, escribió novelas y realizó películas o libros como *War Story*, de Mikael Levin.

En la década de 1990, el combate de Meyer Levin consistente en lograr que se reconociera la identidad judía de las víctimas de Hitler se ganó. Él ya no vivió para verlo.

CRONOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN DE LOS CAMPOS

- 24 de julio de 1944: Los soviéticos descubren las instalaciones del campo de Lublin-Majdanek.
- 23 de noviembre de 1944: Los aliados occidentales descubren las instalaciones del campo de Natzweiler-Struthof.
- 27 de enero de 1945: Los soviéticos entran en los campos de Auschwitz donde ya solo quedan 7.000 presos.
- 5 de abril de 1945: Los estadounidenses descubren Ohrdruf, un campo anexo de Buchenwald, del que se acaban de llevar a los prisioneros.
- 11 de abril de 1945: Los estadounidenses entran en Buchenwald.
- 15 de abril de 1945: Los británicos entran en Bergen-Belsen.
- 22 de abril de 1945: Los soviéticos entran en Sachsenhausen.
- 23 de abril de 1945: Los estadounidenses entran en Flossenbürg.
- 29 de abril de 1945: Los estadounidenses entran en el campo de Dachau.
- 30 de abril de 1945: Los soviéticos entran en el campo de Ravensbrück.
- 2 de mayo de 1945: Los británicos descubren las instalaciones del campo de Neuengamme.
- 5 de mayo de 1945: Los estadounidenses entran en Mauthausen.
- 8 de mayo de 1945: Los soviéticos entran en Terezin.

A MODO DE AGRADECIMIENTO

«Conocí» a Meyer Levin cuando trabajaba en mi tesis, «Déportation et Génocide. Entre la mémoire et l'oubli», leída en diciembre de 1991. De forma prácticamente simultánea habían aparecido tres obras en las que se mencionaba al escritor estadounidense: el libro de Robert H. Abzug, *Inside the Vicious Heart*, que por primera vez estudiaba desde el punto de vista histórico la liberación de los campos y los estadounidenses, y tomaba prestado a Levin el título; la edición de los diarios de Ana Frank, que evocaba la controversia entre Otto Frank y Meyer Levin; y el libro autobiográfico de Tereska Torrès, su esposa, *Les Maisons hantées de Meyer Levin*.

Me sentí muy feliz por lo tanto cuando, en 2003, Isabelle Neuschwander, que entonces estaba al frente de la sección del siglo XX en los Archivos Nacionales, me pidió que asesorase dos exposiciones que ella organizaba en el Hôtel de Soubise: la primera presentaba *War Story*, de Mikael Levin, que había seguido los pasos de su padre y del fotógrafo Éric Schwab, al cual estaba dedicada la segunda exposición, posible gracias al minucioso trabajo de identificación efectuado por Mikael Levin en los fondos de la AFP. Ambas exposiciones fueron objeto de sendos catálogos publicados por los Archivos Nacionales.

Mikael Levin conoció entonces a mis amigos Henri y Hella Borlant y a Séverine Nickel. Nació la idea de que Henri Borlant había podido ser el guía de Meyer Levin y Éric Schwab en Ohrdruf. Esta idea me persiguió durante más de diez años y me prometí que un día la estudiaría. Esta obra es pues el fruto de aquella relación, aunque no he podido demostrar nada. El encuentro en Ohrdruf el 4 de abril de 1945 entre Henri Borlant y los dos corresponsables de prensa sigue y seguirá siendo, salvo que milagrosamente aparezca algún documento, como ocurre a veces, una simple hipótesis plausible. Séverine Nickel, que a la sazón trabajaba en *L'Histoire*, nos reunió a Mikael Levin y a su madre, Tereska Torrès, a Henri Borlant y a mí misma en el documental de radio que propuso a France Culture: «Ninguno de nosotros había visto nada». Esta obra es fruto de una nueva cooperación con Séverine Nickel. Sin su apoyo constante, no la habría escrito. Sin sus revisiones minuciosas, no tendría la forma que hoy tiene. ¿Cómo darle las gracias?

Este libro también le debe mucho a Mikael Levin, que ha ejercido de intermediario con la obra de su padre: *War Story* no me ha abandonado durante toda mi investigación. Mikael me ha prestado un apoyo constante, permitiéndome acceder a los archivos de Meyer Levin y comunicándome todos los documentos que había recogido. Ha releído mi libro con atención. También quiero dar las gracias a Dominique Torrès, que ha dado pruebas de la misma generosidad que su hermano, prestándome libros y películas. Con Claude-Alice Peyrottes, ha sido mi *go between* con Corinne Schwab, que me ha permitido localizar los archivos de su padre y precisar la historia de la madre de Éric Schwab. Muchas gracias a las dos. Mi agradecimiento se dirige también a Éléonore Bakhtadze y a Anne Lorre en la AFP y, en la BNF, a Dominique Versavel, que se encarga de los fondos Schwab; en los Archivos Nacionales a Monique Leblois-Péchon, que vela por los de Bad Arolsen y del Ministerio

Frenay.

He podido ir a los archivos de Meyer Levin gracias a una generosa subvención de la Fundación para la memoria de la Shoah, que también ha financiado el cuaderno de fotos. Que Philippe Allouche, Gabrielle Rachmann, Régine Socquet, Dominique Trimbur, Judith Cytrynowicz y los miembros de la comisión «Mémoire et transmission» encuentren aquí la expresión de mi gratitud. A finales del mes de agosto de 2014 Alice Tajchman y Régis Schlagdenhauffen me acompañaron a Leipzig, Ohrdruf, Buchenwald y Weimar, donde después de Meyer Levin, Éric Schwab, Mikael Levin y algunos otros nos alojamos en el albergue del Elefante. Su ayuda fue valiosísima. También quiero manifestar mi agradecimiento a Manfred Ständer, que nos acogió en Ohrdruf y nos permitió visitar el emplazamiento del campo, en la zona militar de la Bundeswehr y, en Buchenwald, a Philipp Neumann-Thein, que nos acogió, nos acompañó a visitar el campo y respondió a muchas preguntas, así como en los archivos a Sabine Stein. Gracias a Cédric Gruat por comunicarme las imágenes del documental sobre la apertura de los campos, y a Sylvie Lindeperg, que lo sabe todo —o casi todo— sobre Gaston Madru y que me inició en la lectura de las imágenes.

Y por último, muchas gracias en Seuil a Caroline Pichon por la edición del texto.

Huelga decir que, según la fórmula consagrada, soy la única responsable del contenido de este libro.

NOTAS

EL CORAZÓN MALÉFICO

- [1] Meyer Levin, *In Search*, Londres, Constellation Books, 1951 (1950), pp. 232-233.
- [2] Meyer Levin, *The Torah and the Jeep*, obra radiofónica inédita, archivos Meyer Levin.
- [3] Meyer Levin, *In Search*, *op. cit.*, pp. 232-233.
- [4] Mikael Levin, *War Story*, Múnich, Gina Kehayoff Verlag, 1997, p. 127. En 1995, Mikael Levin, fotógrafo, volvió a hacer el viaje que habían hecho su padre y Éric Schwab, fotografiando los lugares por donde los dos hombres habían pasado, cincuenta años después.

BUSCANDO

- [5] Meyer Levin, *In Search*, *op. cit.*, pp. 169-190.
- [6] Sigue el ejemplo ilustre del *Ulises*, de James Joyce, también publicado en París, en 1922, por Shakespeare and Co.
- [7] Meyer Levin, *In Search*, *op. cit.*, p. 9.
- [8] *Ibid.*, p. 13.
- [9] *Ibid.*, p. 31.
- [10] La precisión de las fechas procede del expediente del FBI sobre Meyer Levin, que figura en sus archivos. A raíz de la denuncia de un tráfuga del partido comunista estadounidense, Levin fue sospechoso de ser comunista.
- [11] Simone de Beauvoir, *La fuerza de las cosas*, trad. Elena Rius, Barcelona, Edhasa, 1987, p. 29.
- [12] Meyer Levin, *In Search*, *op. cit.*, pp. 173-174.
- [13] Todos los comunicados se conservan en los archivos de Meyer Levin depositados en el Howard Gottlieb Archival Research Center de la Universidad de Boston.
- [14] Aborda todos los temas que serán tratados por los historiadores a partir de la década de 1980.
- [15] Meyer Levin, *In Search*, *op. cit.*, p. 16.
- [16] <http://forezhistoire.free.fr/images/89-90-S-Chassagneux-STO-2002.pdf>
- [17] Jacob Apenszlak (dir.), *The Black Book of Polish Jewry: An Account of the Martyrdom of Polish Jewry Under the Nazi Occupation*, Nueva York, The American Federation for Polish Jews, 1943.

EN EL FRENTE

- [18] Meyer Levin, *In Search*, *op. cit.*, p. 190.
- [19] *Ibid.*
- [20] Archivos Éric Schwab conservados en la BNF. Este número sin fecha fue publicado en 1945 o 1946 y editado para el Comité de liberación de los reporteros de fotos de prensa.
- [21] Documental de radio de Séverine Nikel, «Aucun d'entre nous n'avait vu» (Ninguno de nosotros lo había visto), realizado por Anna Szmuc, *Surpris par la nuit* (Sorprendidos por la noche), France Culture, 2004.
- [22] Roger Vailland, «Au Struthof», *Action*, 15 de diciembre de 1944. Claude Blanchard, Michel Droit y André Bourillon: la emisión del 25 de enero de 1945 dura 14 minutos y treinta segundos, archivos INA.

[23] Todo esto procede de Meyer Levin, *In Search, op. cit.*, pp. 231-232.

[24] Esta constatación sorprendente de Meyer Levin, que se lee en sus comunicados y en *In Search*, encuentra su análisis histórico en Ian Kershaw, *El final: Alemania, 1944-1945*, Barcelona, Península, 2013.

[25] Dicho traslado dio lugar a una larga polémica: ¿quisieron los presos comunistas deshacerse del industrial de Clermont poniéndolo en la lista de un convoy con destino a Ohrdruf? ¿Hicieron todo lo posible, en vano, para librarlo de que se fuera? Olivier Laliou, en *La Résistance française à Buchenwald*, París, Tallandier, 2012, pp. 223-225, se inclina por la segunda hipótesis.

[26] Hay que tener en cuenta, escribe Mikael Levin, «que las imágenes de Éric de las que disponemos no son más que una selección de lo que fotografió». Mikael Levin sacó a Schwab y sus fotos del olvido, veinte años después de su muerte, intentando identificarlas en los fondos de la Agencia clasificados no por fotógrafo, sino por tema. «No hay placas de contacto —dice— que muestren la totalidad ni siquiera secuencias de lo que fotografió. Probablemente, alguien eligió entre esas imágenes las que según él merecían preservarse y clasificarse y descartó todas las demás, todas las que tal vez hoy podrían interesarnos para reconstituir un corpus». Mikael Levin, «Éric Schwab, Meyer Levin, Mikael Levin: réflexions sur les traces», en *War Story*, París, Centre historique des archives nationales, 2003, p. 23.

[27] Es posible comprar por Internet postales del campo de prisioneros de guerra.

[28] A principios de la década de 1950, se desenterraron los cuerpos y probablemente se devolvieron a la nación de origen de los muertos. Los soviéticos dejaron el terreno abandonado. Tras la caída del Muro, el lugar se restauró y se instalaron algunas lápidas, aunque no indican el emplazamiento de ningún cuerpo.

[29] «Por su aspecto y su ferocidad, parecía la reencarnación de Heydrich, su “clon”», Gitta Sereny, *Albert Speer. Son combat avec la vérité*, traducido del inglés al francés por William Olivier Desmond, París, Seuil, 1977, pp. 410 y 494 [ed. en español: *Albert Speer, su batalla con la verdad*, trad. Anibal Leal, Barcelona, Ediciones B, 2006].

[30] <http://www.youtube.com/watch?v=8FASm1SupaE>.

[31] El acta de dicho interrogatorio está fechada el 9 de abril de 1945.

[32] *The Buchenwald Report*, traducido por David A. Hackett, prefacio de Frederik A. Praeger, Boulder-San Francisco-Oxford, Westview Press, 1995, p. 99.

[33] *Ibid.*

[34] http://www.criticalpast.com/video/65675064113_Colonel-Hayden-Sears_Ohrdruf-Concentration-Camp_local-people_camp-tour

[35] <http://www.youtube.com/watch?v=0e3EKHNUJpo>

[36] Correo fechado el 15 de abril de 1945, http://www.eisenhower.archives.gov/research/online_documents/holocaust/1945_04_15_Patton_to_DDE.pdf

BUCHENWALD I

[37] El escultor Fritz Cremer ha representado la insurrección en su colosal estatua a la gloria de los combatientes, que es uno de los componentes del Memorial Nacional de la Exhortación y el Recuerdo de Buchenwald inaugurado en septiembre de 1958 en la ladera sur del Ettesberg.

[38] Fue internado por actividades comunistas.

[39] Robert Capa, *Ligeramente desenfocado*, trad. Miguel Marqués, Madrid, La Fábrica, 2009, p. 316.

[40] Archivos Buchenwald, BWA 77-1-24.

[41] Meyer Levin, *In Search, op. cit.*, p. 239.

[42] Se había hecho célebre sobre todo al defender a Samuel Schwartzbard. El relojero anarquista de Ménilmontant dio muerte el 25 de mayo de 1926 en la rue Racine a Petlioura, al que consideraba responsable de los pogromos en Ucrania durante la guerra civil. Fue absuelto en octubre de 1927 tras un proceso que hizo correr mucha tinta.

[43] En realidad, Blum fue evacuado el 3 de abril, y no el 8, junto con otros presos que no son los que cita Levin.

[44] Este material se puede ver en la página del Holocaust Memorial de Washington.

[45] Mikael Levin finalmente la fotografía a su vez en 1995 cuando reconstruye el periplo de su padre y de Schwab: figura en el cartel pegado a un muro de Múnich anunciando una exposición en Dachau.

BUCHENWALD II

[46] Meyer Levin, *In Search, op. cit.*, p. 245.

[47] *Quatorze récits d'Auschwitz*, serie documental propuesta por Annette Wiewiorka y realizada por Caroline Roulet, MK2, 2008.

[48] Aquí utilizamos a la vez el texto del comunicado de Meyer Levin y la nota que figura en el museo del Holocaust Memorial de Washington. Hemos unificado la ortografía del apellido.

[49] Marek Edelman, citado por J. M. Rymkiewicz, en *Umschlagplatz. La dernière gare*, traducido del polaco al francés por Véronique Patte, París, Laffont, 1990.

HACIA DACHAU

[50] https://www.youtube.com/watch?v=_lijbKYY3dDk

[51] http://en.wikipedia.org/wiki/Mass_suicides_in_1945_Nazi_Germany#mediaviewer/File:Leipzigsuicide.jpg

http://www.youtube.com/results?search_query=leipzig+suicide

[52] Robert Capa citado por Brigitte Ollier, *Libération*, 22 de octubre de 2013.

[53] Meyer Levin, *In Search*, *op. cit.*, p. 252.

[54] *Ibid.*, p. 255.

[55] *Ibid.*

[56] *Ibid.*, p. 256.

[57] <http://www.ina.fr/video/AFE86003106>. Tema del 26 de mayo de 1945.

[58] Al mismo tiempo que se desarrollaban en Nuremberg los procesos internacionales, los estadounidenses habían instalado un tribunal militar en Dachau. Allí tuvieron lugar tres grandes procesos sucesivamente: el de los responsables de Dachau, luego de Mauthausen y finalmente de Buchenwald.

[59] *Libres*, domingo 6 y lunes 7 de mayo de 1945, artículo firmado por François Morland, seudónimo de Mitterrand.

«HEMOS LIBERADO EL *WHO'S WHO*»

[60] Así es como empieza su artículo «*We liberated Who's Who*».

[61] <http://www.lagodibraies.com/de/willkommen-hotel-pragser-wildsee.asp>. La lista de los que allí fueron liberados se halla en la red: <http://www.archivpragserwildsee.com/?cat=2&lang=1&cont=25>

[62] Curiosamente, esa muerte confirmada por testigos oculares absolutamente dignos de fe es constantemente puesta en duda, como se constata viendo las diversas páginas dedicadas a Dachau en Internet.

TEREZIN

[63] Meyer Levin, *In Search*, *op. cit.*, p. 261.

[64] Tomo la expresión del título de la novela de Jean Hatzfeld, *L'Air de la guerre. Sur les routes de Croatie et de Bosnie Herzégovine*, París, Éditions de l'Olivier, 1994.

[65] Meyer Levin, *In Search*, *op. cit.*, p. 261.

[66] *Ibid.*, p. 265.

[67] *Ibid.*, p. 268.

[68] *Ibid.*, p. 278.

[69] Traducido del *yiddish* por Rachel Ertel, París, Denoël, 2012.

[70] <https://www.its-arolsen.org>

[71] Meyer Levin, *In Search*, *op. cit.*, p. 284.

[72] La primera está destinada al programa semanal «The Eternal Light», que se emite por la radio NBC en colaboración con el Jewish Theological Seminary de Nueva York. Nada indica que se emitiera. El guion tampoco se rodó. El texto no lleva fecha. Pero Meyer Levin menciona los dos años que lo separan de los acontecimientos, e indica que es el autor de *My Father's House*. No menciona el rodaje de *The Illegals*. Es razonable por lo tanto pensar que la redacción de esa pieza tuvo lugar entre la elaboración de estas dos obras.

EL DESPUÉS

[73] La expresión es de Ophir Levy, véase la bibliografía.

[74] Susan Sontag, *Sobre la fotografía*, trad. Carlos Gardini, Madrid, Alfaguara, 2005, p. 38.

[75] En Francia, las primeras imágenes de Auschwitz, las tomadas por los soviéticos, se muestran con ocasión del proceso de Adolf Eichmann: véase Ophir Levy, p. 107.

[76] <http://www.youtube.com/watch?v=rGSRNxXI-SE>

[77] Citado por Ophir Levy, véase la bibliografía.

[78] Anne Appelbaum, véase la bibliografía.

[79] Meyer Levin, *My Father's House*, Nueva York, Viking, agosto de 1947; *La Maison de mon père*, trad. de Georges Achard, París, Nouvelles Éditions latines, 1948. Georges Achard fue el seudónimo en la Francia libre de Georges Torrès, que a veces usó Tereska.

[80] *Ibid.*, pp. 90-91.

[81] Tereska Torrès, *Les Maisons hantées de Meyer Levin*, París, Denoël, 1991, p. 39.

[82] *Ibid.*, p. 42.

[83] Meyer Levin, *In Search*, *op. cit.*, p. 173.

[84] Meyer Levin, *The Obsession*, Nueva York, Simon and Schuster, 1973, pp. 34-35 [ed. en español: *La obsesión*, trad. Antoni Pigrau, Barcelona, Grijalbo, 1976].

[85] *Le Génie du mal* es el título elegido en francés para la película de Richard Fleischer basada en la novela.

[86] Tereska Torrès, *Les Maisons hantées de Meyer Levin*, París, Denoël, 1991, pp. 82 y 107.

FUENTES

ARCHIVOS

Los escritos inéditos de Meyer Levin, especialmente los comunicados que envió desde Europa entre agosto de 1944 y mayo de 1945, se encuentran en sus archivos, depositados en el Howard Gotlieb Archival Research Center de la Universidad de Boston (<http://hgar-srv3.bu.edu/home>).

El cuaderno con los nombres se encuentra en la caja 5; los comunicados y artículos en las cajas 7, 11, 12, 13 y 15. El expediente del FBI está en la caja 57.

Los archivos de Éric Schwab, que constan esencialmente de sus fotos, están depositados en el departamento fotográfico de la Bibliothèque nationale de France (Richelieu), EP-3577.

Se refieren sobre todo a su actividad en la posguerra para las grandes instituciones internacionales (ONU; OMS; UNESCO...).

Las fotos del descubrimiento de los campos se encuentran en la AFP.

En los Archivos Nacionales franceses, el fondo del Ministerio de los Prisioneros, Deportados y Refugiados es considerable (signaturas F/9/2001-3882 y F/9 5565-5801). Ha sido objeto de un inventario detallado: www.archivesnationales.culture.gouv.fr/chan/chan/series/pdf/F9_2001.pdf

Internet ha cambiado las condiciones de la investigación, sobre todo porque permite poner a disposición documentos fotográficos y filmados que antes no estaban al alcance del investigador. Las películas y los documentos gráficos de la liberación de los campos ahora son accesibles con un simple clic.

ALGUNAS DE LAS OBRAS QUE PARA NOSOTROS HAN SIDO FUENTES

Allemagne, avril-mai 1945 (Buchenwald, Leipzig, Dachau, Itter), fotografías de Éric Schwab, documentos de los Archives nationales, Centre des Archives nationales, 2003.

Mikael Levin, *War story*, Múnich, Gina Kahyoff Verlag, 1997. La obra ha sido traducida y reconfigurada en un formato reducido con el mismo título: Mikael Levin, *War story*, traducida por Ariane James-Sarazin, catálogo de la exposición «1945, Regards et écrits sur la guerre» («1945, Miradas y escritos sobre la guerra»), Centre historique des Archives nationales, París, 2003.

Meyer Levin, *In Search*, París, 1950.

BIBLIOGRAFÍA

EL CORAZÓN MALÉFICO

La obra de referencia sobre la apertura de los campos por los estadounidenses es la de Robert H. Abzug: *Inside the Vicious Heart. Americans and the Liberation of Nazi Concentration Camps*, Oxford University Press, 1985.

El cuento hasídico «Israel and the Enemy» fue publicado en Meyer Levin, *The Golden Mountain*, 1932, reeditado en 1975 por Penguin Books con el título de *Classic Hassidic Tales*, con ilustraciones de Marek Swarcz. Esta edición es la que utilizamos. He aquí el resumen de este cuento:

Érase una vez, en un *shetl* de Ucrania, cuenta Levin, un niño que se llamaba Israel. Su padre, el rabino Eleazer, le dijo estas palabras en su lecho de muerte: «Hijo mío, debes saber que el Enemigo siempre estará contigo, en la sombra de tus sueños, en tu carne viva, pues forma parte de ti. A veces, un relámpago profundo te permitirá vislumbrarlo, y se disipará como una nube evanescente. Otras veces, te envolverá con un muro de Tinieblas, y tú te erigirás solo en un océano de noche».

Al oír al joven Israel cantando con los niños en los bosques que rodeaban el *shetl*, Satán, enfurecido, baja a la tierra. Introduce su propio corazón en el pecho de un anciano que vive escondido en el bosque, un viejo carbonero sin alma, que no conoce ni el mal ni el bien. Cuando el carbonero convertido en la Bestia se precipita hacia los niños, el joven Israel mete sin miedo la mano en el pecho del hombre y le arranca el corazón. Pero el chico se apiada de ese corazón palpitante entre sus dedos y lo deposita en la tierra. Entonces la tierra se abre y se lo traga.

BUSCANDO

Sobre la autojudeografía

Robert Ouaknine, «Autojudéographie», en Luc Rosensweig (dir.), *Catalogue pour des Juifs de maintenant, Recherches*, núm. 38, septiembre 1979.

Sobre los vínculos entre Tereska Torrès y Meyer Levin en Londres

Tereska Torrès, *Une Française libre, Journal 1939-1945*, París Phébus, «Libretto», 2000, pp. 217 *sq.*

Sobre los corresponsales de guerra en París

Anthony Beevor y Artemis Cooper, *Paris libéré, 1944-1949*, París, Pwerrin, «Tempus», 2014, ver sobre todo p. 68 [ed. en español: *París después de la liberación, 1944-1949*, trad. David León, Barcelona, Crítica, 2006].

Sobre los judíos de Francia tras la liberación

Annette Wieviorka, *Déportation et Génocide. Entre la mémoire et l'oubli*, París, Plon, 1992, tercera parte: «La communauté juive face au génocide», pp. 329-412 y también, para lo que se percibe durante la guerra, pp. 50-63.

Sobre los GI judíos en Francia

Deborah Dash Moore, *GI Jews. How World War II Changed a Generation*, Cambridge, Harvard University Press, 2004.

Laura Hobson Faure, *Un «plan Marshall juif». La présence juive américaine en France après la Shoah, 1944-1954*, París, Armand Colin, «Recherches», 2013.

Sobre Éric Schwab

El texto más completo es la introducción al catálogo de la exposición «Allemagne, avril-mai 1945», organizada por los Archives nationales en 2003, y titulada «Schwab, una mirada humana».

EN EL FRENTE

Sobre la historia de Struthof

Robert Steegmann, *Struthof. Le KL-Natzweiler et ses Kommandos. Une nébuleuse concentrationnaire des deux côtés du Rhin. 1941-1945*, Estrasburgo, La Nuée bleue, 2005.

—, *Le Camp de Natzweiler-Struthof*, París, Seuil, «L'Univers historique», 2009.

Sobre la «liberación» de Auschwitz

Primo Levi, *La tregua*, en *Trilogía de Auschwitz*, trad. Pilar Gómez, Barcelona, Aleph, 2005, pp. 251-252 para la cita.

Vassili Petrenko, *Avant et après Auschwitz*, traducción francesa por François-Xavier Nérard, París, Flammarion, 2002, sobre todo pp. 120 y 145.

Andrzej Strzelecki, «La liquidation du camp», en *Auschwitz 1940-1945*, volumen 5, Oswiecim, Museo de Estado de Auschwitz-Birkenau en Oswiecim, 2011 para la traducción francesa, pp. 9-48. Los cinco volúmenes ofrecen una historia detallada de los campos de Auschwitz.

Annette Wieviorka, *Auschwitz, soixante ans après*, París, Laffont, 2004, reedición bajo el título, *Auschwitz. La Mémoire d'un lieu*, París, Hachette, «Pluriel», 2006.

OHRDRUF

Existe un expediente «Ohrdruf» en los Archivos Nacionales franceses (AN F/9/5568).

The Buchenwald Report, traducción francesa por David A. Hackett, prefacio de Frederick A. Praeger, Boulder-San Francisco-Oxford, Westview Press, 1995.

Marcel Lanoisélé, *Ohrdruf, le camp oublié de Buchenwald. Un survivant témoigne*, prefacio de Renaud Donnedieu de Vabres, París, Jean Picollec, 2005. El relato de su trabajo en el «Sonderkommando repugnante» figura en pp. 131 y ss.

Helga Raschke, *Das Aussenkommando SIII und die Bauvorhaben im Jonastal*, Erfurt, Ulenspiegel-Verlag, 2005.

El interrogatorio del SS Gerrit Oldeburshuis en el proceso de Buchenwald, que se celebró en 1947 en Dachau, está reproducido en Klaus-Peter Schambach, *Tatort Jonastal. Ermordet für das Führerhauptquartier in Thüringen im Aussenkommando SIII des KL Buchenwald*, Zelle-Mehlis/Meinigen, Heinrich-Jung-Verlagsgesellschaft, 2010, p. 79.

Sobre la utilización de la mano de obra concentracionaria en los últimos meses de la guerra y en Ohrdruf en particular

Adam Tooze, *Le Salaire de la destruction. Formation y ruine de l'économie nazie*, traducido al francés por Pierre Emmanuel Dauzat, París, Les Belles Lettres, 2012, pp. 593 y 603.

Sobre el destino de los túneles de Ohrdruf

André Sellier, *Histoire du camp de Dora*, París, La Découverte, 1998, pp. 111 y 196.

Sobre la visita de los generales estadounidenses en Ohrdruf

Robert H. Abzug, *Inside The Vicious Heart...*, op. cit., p. 30.

George Patton Jr, *War as I Knew It*, introducción de Rick Atkinson, Boston/Nueva York, Houghton Mifflin, 1995, p. 203.

Imágenes filmadas de Ohrdruf liberado

<http://www.youtube.com/watch?v=8FASmISupaE>

Otras imágenes del campo de Ohrdruf, procedentes del National Archives and Record Administration, están montadas en el documental de Serge Viallet, Julien Gaurichon, Pierre Catalan y Cédric Guat: *L'Ouverture des camps en Allemagne. 1945*, difundida por Arte en la serie «Mystère d'archives», el viernes 28 de febrero de 2014.

Todo un conjunto de películas de la liberación de los campos por los estadounidenses, de Ohrdruf a Mauthausen, se encuentra también en la página del Memorial del Holocausto Memory de Washington: <http://www.ushmm.org/>

Sobre la presencia de los judíos húngaros en los campos de concentración en la primavera de 1945

Annette Wieviorka, *Déportation et Génocide*, op. cit., pp. 255-259.

Sobre los suicidios en Alemania los últimos días de la guerra, como por otra parte sobre los límites de nuestro conocimiento

Christian Goeschel, *Suicide in Nazi Germany*, Oxford, Oxford University Press, 2009, pp. 149-171.

Testimonios

Henri Bolant, «Merci d'avoir survécu», París, Seuil, 2011, los pasajes citados se encuentran en pp. 132 y ss.

René Hermitte, *André Hermitte (1925-1945). Un résistant au sourire de source*, prefacio de Roger Pestourie, París, L'Harmattan, 2000.

BUCHENWALD I

Sobre la historia de los campos nazis y la deportación

François Bédarida, Laurent Gervereau, Olga Wormser Migot (dir.), *La Déportation. Le système concentrationnaire nazi*, París, BDCIC, 1995. Véase sobre todo Klaus Drobisch, «Les camps allemands de 1933 à 1939», p. 46; y también para la creación y la historia del campo, Harry Stein, «Buchenwald», pp. 108-118.

Tal Bruttman, Laurent Joly y Annette Wieviorka, *Qu'est-ce qu'un déporté ? Expériences et mémoires des déportations de la Seconde Guerre mondiale en France et en Europe*, París, CNRS-Éditions, 2009.

Sobre las diferencias de condición en los campos y el lugar que ocupan en los testimonios de la posguerra

Annette Wieviorka, *Déportation et Génocide, op. cit.*, pp. 190-235.

Sobre Buchenwald

Buchenwald Concentration Camp 1937-1945. A Guide to the permanent exhibition, editado por el Memorial de Buchenwald, textos reunidos por Harry Stein, Gotinga, Wallstein Verlag, 2010, véase pp. 227 y ss.

The Buchenwald Report, op. cit.

Eugen Kogon, *El Estado de la SS: el sistema de los campos de concentración alemanes*, trad. Enrique Gimbernat, Barcelona, Alba, 2005.

Sobre los franceses en Buchenwald

Olivier Lalieu, *La Résistance française à Buchenwald*, París, Tallandier, 2012, especialmente pp. 223-225 para el traslado de Marcel Michelin, y la página web de la Fondation pour la Mémoire de la Déportation: www.fond.asso.fr

Sobre los vínculos entre Jeanne y Léon Blum

Dominique Missika, «*Je vous promets de revenir*», 1940-1945, le dernier combat de Léon Blum, París, Robert Laffont, 2009.

Sobre la entrada de los estadounidenses en Buchenwald

Robert H. Abzug, *Inside the Vicious Heart...*, *op. cit.*, p. 49.

Sobre las fotografías de Buchenwald

Clément Chéroux (dir.), *Mémoire des camps. Photographies des camps de concentration et d'extermination nazis, 1933-1999*, París, Marval, 2001, especialmente pp. 160-161 y pp. 148-149 para la historia de la fotografía del «disentérico moribundo».

Los dibujos de Buchenwald

Léon Delabre, *Croquis clandestins d'Auschwitz, Buchenwald, Bergen-Belsen, Dora*, París, Michel de Romilly, 1945. Formó parte del convoy llamado de los Tatuados, ese convoy que salió de Compiègne el 27 de abril de 1944, pasó por Auschwitz (lo cual explica el tatuaje), permaneció brevemente en Buchenwald y luego fue enviado a Dora. El Musée de la Résistance et de la déportation de Besançon conserva sus dibujos, la mayoría de los cuales son de Dora.

Boris Taslitzky, *Dessins faits à Buchenwald*, prefacios de Julien Cain y Jorge Semprún, textos de Louis Aragon, Christophe Cognet, Lionel Richard, Maurice Kriegel-Valrimont y Annette Wieviorka, París, Adam Biro Éditeur, 2009.

Testimonios

Léon Blum, *Lettres de Buchenwald*, editadas y presentadas por Ilan Greisalmmer, París, Gallimard, «Témoins», 2003.

David Rousset, *El universo concentracionario*, trad. Michel Mújica, Barcelona, Anthropos, 2004.

—, *Jours de notre mort*, París, Éditions du Pavois, 1946; París, Hachette Littératures, «Pluriele», 2 vols., 1993.

Jean-Baptiste Lefebvre, «Un texte inédit sur la libération de Buchenwald», anexo a David Rousset, *Jours de notre mort*, París, Hachette Littératures, «Pluriele», 1993. La cita figura en la p. 966.

Albert Kirmann, «Buchenwald, la grande ville», en *De l'Université aux camps de concentration. Témoignages strasbourgeois*, París, Les Belles Lettres, 1947.

Jean Puissant, *La Colline sans oiseaux. Quatorze mois à Buchenwald*, París, Éditions du Rond-Point, 1945. Las citas están sacadas de las pp. 46-48.

Jorge Semprún, *El largo viaje*, trad. Jacqueline Conte y Rafael Conte, Barcelona, Tusquets, 2004.

—, *Aquel domingo*, trad. Javier Albiñana, Barcelona, Quinteto, 2004.

Jorge Semprún, *La escritura o la vida*, trad. Thomas Kauf, Barcelona, Tusquets, 1997.

BUCHENWALD II

La novela dedicada a Stefan Jerzy Zweig se reeditó en francés bajo el título *L'Enfant de la valise. Comment un petit garçon a survécu à l'enfer de Buchenwald*, París, Denoël, 2014.

Sobre su historia

Bill Niven, *The Buchenwald Child. Truth, Fiction and Propaganda*, Rochester, Nueva York, Camden House, 2007.

Sonia Combe, *Une vie contre une autre. Échange de victime et modalités de survie dans le camp de Buchenwald*, París, Fayard, 2014.

Un solo volumen de la obra prolífica de Mordechai Strigler ha sido traducido al francés: *Maidanek. Lumières consumées*, trad. Maurice Pfeffer, París, Honoré Champion, 1998.

Sobre la memoria y el olvido

Yosef Hayim Yerushalmi, *Le Moïse de Freud*, traducido por Jacqueline Carnaud, París, Gallimard, «Tel», 1991, p. 166 para la cita [*El Moisés de Freud: judaísmo terminable e interminable*, trad. Javier Alcoriza y Antonio Lastra, Madrid, Trotta, 2014].

Annette Wieviorka, *Déportation et Génocide...*, *op. cit.*

Sobre los cambios de apellido en Francia después de la guerra

Nicole Lapierre, *Changer de nom*, París, Stock, 1995.

Annette Wieviorka, *Déportation et Génocide... op. cit.*, pp. 361-368.

HACIA DACHAU

Sobre la muerte de Gaston Madru en Leipzig

Jacques-Francis Rolland, *Jadis, si je me souviens bien*, prefacio de Edgar Morin, París, Le Félin, 2009. Los fragmentos citados se encuentran en las pp. 286-287 y 291.

Sobre la masacre de Thekla

R. H. Abzug, *Inside the Vicious Heart...*, *op. cit.*, véase sobre todo pp. 74 y 78-79.

La traducción francesa del informe del capitán estadounidense Claude B. Merry se encuentra en AN/F/9 3306.

Testimonios sobre Dachau

Léon Blum, *Le Dernier Mois*, París, Arléa, 2004 (1947), pp. 86-87 y 74 para las citas.

Abbé Roger Chetaneau, *Le Christ chez les rayés par le n° 31397*, prefacio de Msr Piguet, Fontenay, Lussabd, 1947.

Marguerite Duras-Antelme, *El dolor*, trad. Clara Janés, Barcelona, Círculo de Lectores, 2008.

Dionys Mascolo, *Autour d'un effort de mémoire*, París, Maurice Nadeau, 1987, pp. 47-49 para las citas [*En torno a un esfuerzo de memoria*, trad. Isidro Herrera, Madrid, Arena, 2005].

Edmond Michelet, *Rue de la liberté*, París, Seuil, 1954, p. 234 para la cita.

Este largo artículo ilustrado con fotografías reproduce un gran número de testimonios de los libertadores estadounidenses:

<http://www.scrapbookpages.com/DachauScrapbook/DachauLiberation/LiberationDay.html>

Sobre la matanza de Dachau, véase la nota en Wikipedia, http://es.wikipedia.org/wiki/Masacre_de_Dachau

Estudios

Sobre el capellán judío estadounidense de Dachau cuando la liberación, véase Deborah Dash Moore, *GI Jews. How World War II Changed a Generation*, *op. cit.*, p. 237.

Sobre las fotos de Schwab en Dachau, véase Clément Chéroux (dir.), *Mémoire des camps*, *op. cit.*, p. 144 para la cita.

Sobre el tren de la muerte

François Bertrand, *Convoi de la mort Buchenwald-Dachau (7-28 avril 1945). Notre devoir de mémoire*, París, Éditions Héraclès, 2000.

Sobre los burdeles de los campos y el de Dachau en particular

Régis Schlagdenhauffen-Maïka, «Promotion de la prostitution et lutte contre l'homosexualité dans les camps de concentration nazis», *Trajectoires*, <http://trajectoires.revues.org/109>

Sobre el proceso de Dachau, ver sobre todo

Joshua M. Greene, *Justice à Dachau*, traducción de Dominique Peters, París, Calmann-Lévy, 2005.

Archivos

El informe sobre Dachau por R. Poussard, 26 de mayo de 1945, se encuentra en AN/F/9/3307.

«HEMOS LIBERADO EL *WHO'S WHO*»

Sobre Léon Blum

Léon Blum, *Le Dernier Mois*, *op. cit.*, pp. 91 y 101.

Testimonios sobre Itter

Marie-Agnès Cailliau, *Souvenirs personnels*, París, Parole et Silence, 2006.

Édouard Daladier, *Journal de captivité 1940-1945*, París, Calmann-Lévy, 1991, p. 207 para la cita.

André-François Poncet, *Carnets d'un captif*, París, Fayard, 1952, p. 77.

Augusta Léon-Jouhaux, *Prison pour homme d'État*, París, Denoël-Gonthier, 1973, pp. 36, 65-66 y 144 para las citas.

René Lévesque, *Attendez que je me rappelle...*, Montreal, Quebec/América, 1986, p. 129.

Maurice Gamelin, *Servir*, París, Plon, 1946.

Paul Reynaud, *Carnets de captivité. 1941-1945*, París, Fayard, 1997.

François La Rocque, *Pourquoi je suis républicain. Carnets de captivité*, París, Seuil, 2013.

Maxime Weygand, *Memorias*, trad. Víctor Scholz, Barcelona, AHR, 1957.

Véase también la obra de un periodista estadounidense, especializado en temas militares: Stephen Harding, *La Dernière bataille.*

Quand GI's et soldats de la Wehrmacht s'allient pour libérer des personnalités françaises, traducido por Danielle Lafargue, Bruselas, Ixelles éditions, 2014 (sobre todo pp. 26-31 para la descripción detallada de los arreglos), y la obra de Benoît Luc, *Otages d'Hitler*, París, Vendémiaire, 2014.

TEREZIN

El informe de Francis Rosenhauer sobre Terezin se encuentra en los Archivos Nacionales franceses F/9/5569.

Sobre la película de Terezin

Claude Lanzmann, *Alguien vivo pasa*, trad. Luisa Etxenike, Madrid, Arena Libros, 2005.

Sylvie Lindeperg, *La Voie des images. Quatre histoires de tournage au printemps-été 1944*, París, Verdier, 2013, pp. 103-141.

Sobre los DP

Ben Shephard, *Le Long Retour 1945-1950. Histoire tragique des «déplacés» de l'après-guerre*, traducido por John E. Jackson, París, Albin Michel, 2014, pp. 13, 58, 94, para las citas.

Una copia digital de los archivos de Bad Arolsen se encuentra en los Archivos Nacionales franceses. Actualmente (2014) solo pueden consultarlos los documentalistas. Gracias a Monique Leblois-Péchon por habernos comunicado las fichas relativas a la madre de Éric Schwab.

EL DESPUÉS

Ophir Levy, «Les Images clandestines. De la sédimentation d'un imaginaire des "camps" et de son empreinte fossile sur le cinéma français et américain (des années 1960 à nos jours)», tesis dirigida por Sylvie Lindeperg, Paris1-Panthéon-Sorbonne, 2013, 2 vols., ver sobre todo p. 85 para las exposiciones.

Marie-Anne Matard-Bonucci y Édouard Lynch (dir.), *La Libération des camps et le retour des déportés*, Bruselas, Complexe, 1995.

Sylvie Lindeperg, *Clio de 5 à 7. Les actualités filmées de la libération: archives du futur*, París, CNRS-Éditions, 2000.

Annette Wieviorka, *Déportation et Génocide, op. cit.*, p. 80.

Sobre las violencias en el este de Europa

Anne Appelbaum, *Rideau de fer. L'Europe de l'Est écrasée*, Bernard Brassat, 2014, pp. 199-200, 205.

Jan Gross, *La Peur. L'antisémitisme en Pologne après Auschwitz*, trad. J.-P. Ricard y X. Chantry, París, Calmann-Lévy, 2010.

Annette Wieviorka e Itzhok Niborski, «L'impossible retour», en *Livres du souvenir. Mémoires juifs de Pologne*, París, Gallimard, «Archives», 1983, pp. 33-47.

Sobre los testimonios de la posguerra

Annette Wieviorka, *Déportation et génocide*, segunda parte: «Les premiers témoignages», pp. 161-328.

—, *L'Ère du témoin*, París, Plon, 1998. La primera parte trata específicamente de los testimonios «de un mundo sepultado», véase pp. 17-80.

Sobre Ana Frank

Diario de Ana Frank, trad. Diego Puls, Barcelona, Plaza y Janés, 2010.

Laurence Graver, *An obsession with Anne Frank. Meyer Levin and the diary*, Berkeley/Los Ángeles/Londres, University of California Press, 1995.

Ralph Melnik, *The Stolen Legacy of Anne Frank. Meyer Levin, Lillian Hellman and the Staging of Diary*, New Haven/Londres, Yale University Press, 1997.

FOTOGRAFÍAS



BUCHENWALD

Éric Schwab fotografió desde el interior del campo la puerta en primer plano para que se pudiera leer la inscripción incrustada en la reja: «Jedem das Seine» (A cada uno lo que merece). Detrás, se distinguen las siluetas de los libertadores estadounidenses, de los tanques y, como telón de fondo, unos vehículos militares y unos prisioneros. Esta inscripción es única. En otros campos, en Dachau, Auschwitz o Terezin, se leía «Arbeit macht frei» (El trabajo hace libre).



Arriba: un preso no identificado perteneciente a la organización de la resistencia, apoyado en un montón de armas, en compañía de un libertador.

Abajo: Julien Cain, nacido en 1887, administrador general de la Biblioteca Nacional de Francia, autor de una política audaz de fomento de la lectura bajo el Frente Popular.



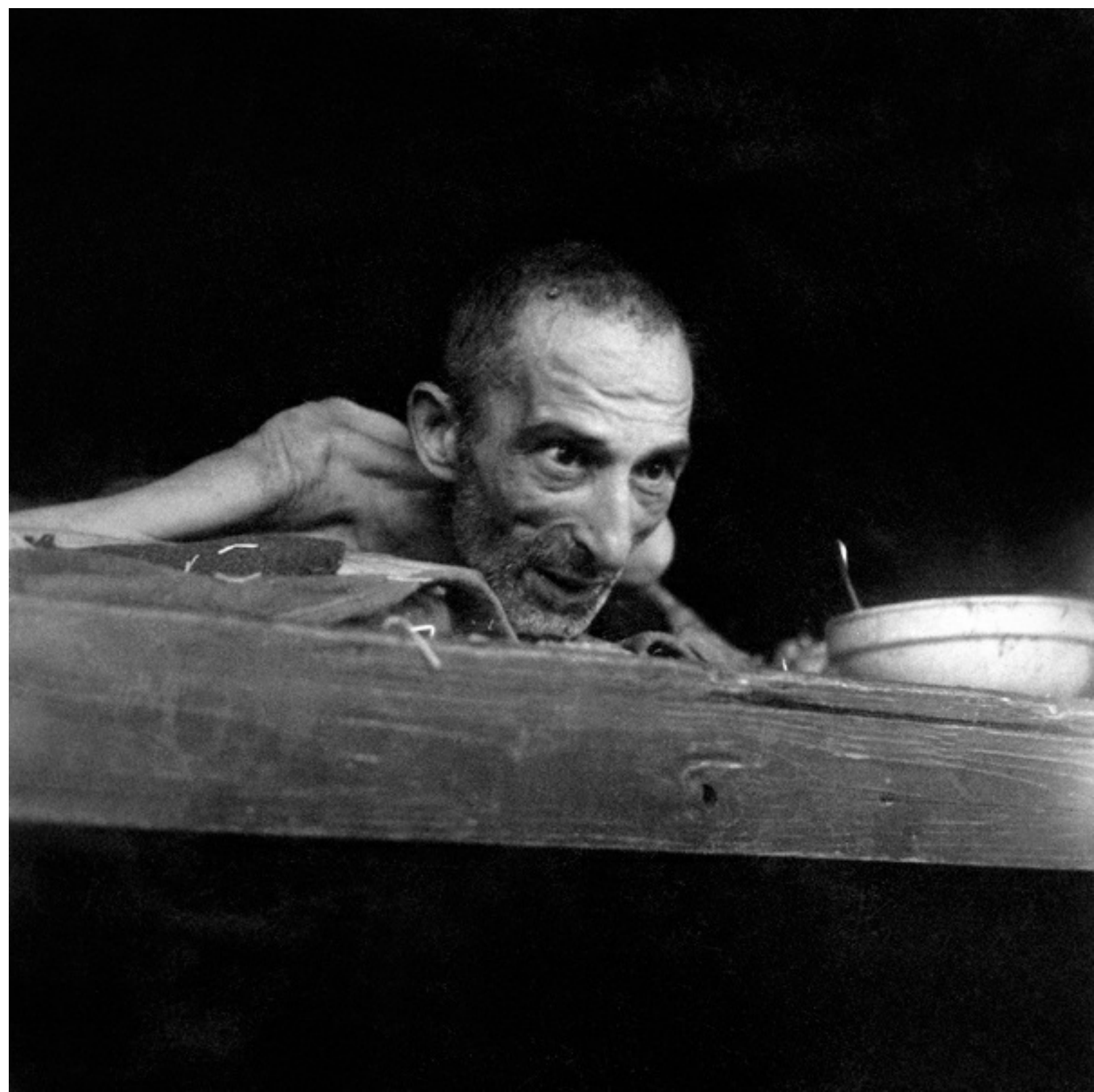
BUCHENWALD

Schwab realiza en el «campo grande» una serie de retratos de franceses eminentes. Todos parecen estar en una relativa buena forma física. El contraste con los supervivientes judíos y los enfermos del «campo pequeño» es impresionante y atestigua las diferencias de condición y de destino entre los deportados. Al trabajar para la AFP, Schwab se interesa por los hombres que han trabajado en la resistencia para la prensa clandestina. Se ha podido identificar a seis (de los siete). De izquierda a derecha: Rémy Roure, Alfred Smouler, Maurice Nègre, Christian Pineau, Christian Ozanne y Jean Grandey-Réty, todos ellos periodistas y resistentes. Forman parte de la oficina de prensa que organiza la visita de los periodistas a Buchenwald.



BUCHENWALD

Instrumentos de tortura y de muerte, hornos crematorios, fosa común, «esqueletos vivos». Estos son los elementos principales del tratamiento que dan los medios a los campos y a las «atrocidades nazis». Poco a poco, lo que se había iniciado en Ohrdruf se institucionaliza: un ritual de la visita, una forma de turismo del horror. Unos guías muestran a los soldados, a los periodistas y a los funcionarios las fosas comunes, los hornos crematorios y objetos varios. Schwab toma unas fotos que acreditan lo que la oficina de prensa decidió mostrar.



BUCHENWALD

Un «disentérico moribundo». Así es como Schwab titula esta foto, tomada en la enfermería del «campo pequeño». Sirvió principalmente para ilustrar la portada de *Franc-Tireur* el 27 de abril de 1945 y fue escogida para la cubierta del *Magazine de France* sobre los crímenes nazis que se publicó al mes siguiente.



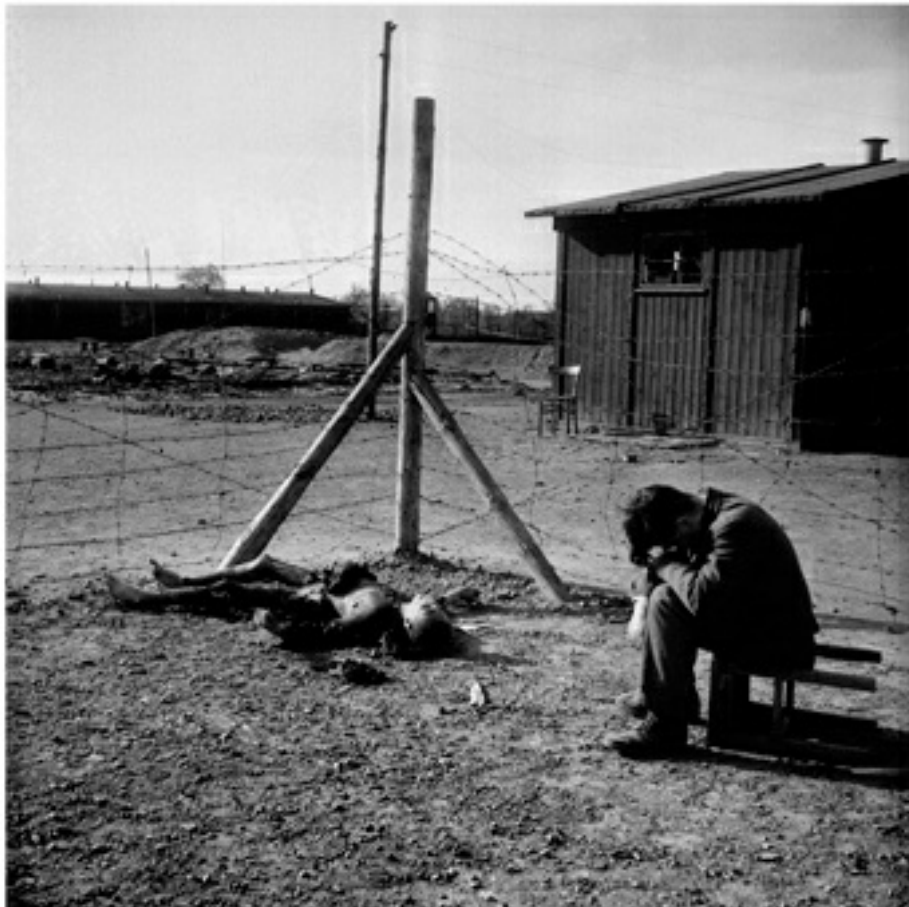
BUCHENWALD

En el momento de la liberación de Buchenwald, a los estadounidenses les sorprendió muchísimo constatar la presencia de niños, todos judíos. El niño que da la mano a los presos, en esta foto, no ha sido identificado. En el campo sobrevivieron unos 900 «niños». El 85 por ciento de ellos tenía entre 14 y 18 años. El más célebre es Elie Wiesel, liberado de Buchenwald a la edad de 16 años.



LEIPZIG

Un soldado estadounidense en medio de los escombros, en el monumento conmemorativo de la Batalla de las Naciones. La foto da una idea de la desmesura de dicho monumento colosal, erigido en 1913 para conmemorar la victoria sobre Napoleón en 1813. Allí lucharon y allí murió el cámara francés Gaston Madru.



LEIPZIG-THEKLA

En Thekla, a tres kilómetros al noreste de Leipzig, se encontraba una fábrica de alas de avión en la que trabajaba un comando dependiente de Buchenwald. Allí fueron quemados vivos 300 prisioneros, entre los cuales había unos cincuenta franceses. Los estadounidenses dejaron deliberadamente intacta la escena del crimen. Éric Schwab fotografía las huellas de la masacre y a un hombre sentado en un taburete volcado, con la cabeza entre las manos, postrado.



DACHAU

Se han conservado una docena de fotos de Schwab que muestran el tren, lleno de cadáveres, abandonado en la vía que conduce a Dachau. En él amontonaron a 5.082 prisioneros de los campos de Buchenwald, la mayoría evacuados de Ohrdruf. Durante veintiún días, prácticamente sin comida y sin agua, los hombres fueron muriendo. Cuando el tren llegó a Dachau, solo habían sobrevivido 816 hombres, la mitad de ellos agonizantes. Como dice el comentario de las *Actualités françaises*, aquello «ya era un cementerio». Ese tren, al que a veces se llamó «el tren de la muerte», permaneció mucho tiempo en la vía de acceso a Dachau y fue fotografiado y filmado por otros grandes fotógrafos, como Lee Miller, y cámaras, como George Stevens. La exhibición del horror interesó durante un largo periodo a las agencias de prensa.



DACHAU

Un guardia SS abatido por los estadounidenses. Algunos soldados estadounidenses, enfurecidos por la visión del tren, dispararon sobre los SS que aún se encontraban allí, pese a que estos se presentaban a ellos con una bandera blanca para rendirse, y mataron a varias decenas. Algunos presos también abatieron a una cuarentena de aquellos SS, sin que los soldados estadounidenses hiciesen nada para impedirlo.



DACHAU

Éric Schwab fotografía desde el exterior la cámara de gas, con un GI mirando la calavera y la inscripción «Vorsicht! Gas! Lebensgefahr! Nicht öffnen!» («¡Atención! ¡Gas! ¡Peligro de muerte! ¡No abrir!»). Nada indica que esa cámara de gas llegase a funcionar.

Abajo, los brazos tatuados con números de dos deportados, trasladados de los campos de Auschwitz a Dachau. El tatuaje del número de identificación en la piel del antebrazo fue propio únicamente de los campos del complejo de Auschwitz. El número del primero por la izquierda corresponde al de los convoyes de judíos húngaros de la primavera de 1944, que son muy numerosos en los campos abiertos por los aliados en la primavera de 1945; los enviaron allí como mano de obra esclava durante los últimos meses de la guerra.



DACHAU

Arriba, franceses reunidos para izar la bandera tricolor con la cruz de Lorena entonando la *Marsellesa*. Abajo, un interno en

traje a rayas conversa con una mujer que quizás fue destinada al burdel del campo de Dachau. El *Sonderbau*, «edificio especial», no se abrió hasta abril de 1944.



DACHAU

Schwab fotografía una misa en la capilla instalada de forma totalmente legal por los curas en el bloque 26. El Vaticano obtuvo que todos los sacerdotes prisioneros en los campos fuesen agrupados. Vemos a unos hombres recogidos, rezando y comulgando. Estas fotografías atestiguan que hubo una vida religiosa en Dachau, así como la profundidad de la fe de algunos prisioneros.



DACHAU

Éric Schwab alcanza la cima de su arte cuando fotografía los rostros conmovedores de unos hombres que nos miran: un joven deportado judío ruso trasladado de Auschwitz (arriba), y un deportado judío de Hungría, identificado como un famoso cirujano de Budapest (abajo).



ITTER

El *Who's Who* del castillo de Itter, en el Tirol austriaco: Meyer Levin y Éric Schwab vivieron como una aventura la liberación de los hombres y mujeres de apellidos famosos que los nazis tenían presos allí como rehenes. De izquierda a derecha y de arriba abajo: el general Gamelin, Michel Clemenceau, Paul Reynaud con un oficial de enlace francés; en uniforme del ejército estadounidense, el campeón de tenis Jean Borotra, comisario de Educación General y Deportes del Gobierno de Vichy; la hermana mayor del general De Gaulle, Marie-Agnès Cailliau, y su marido; Meyer Levin conversando animadamente con el dirigente sindicalista Léon Jouhaux.



ITTER

Édouard Daladier, expresidente del Consejo, abandona el castillo de Iguerande el 5 de mayo de 1945.

El descubrimiento más sobrecogedor del siglo XX, cuya onda de choque no ha terminado aún de sacudir la conciencia internacional, contado en tiempo real.

«Lo sabíamos. El mundo había oído hablar de ello. Pero hasta ahora ninguno de nosotros lo había visto. Fue como si al fin penetráramos en el lado oscuro del corazón, en el más despreciable interior del corazón maléfico.»

Meyer Levin

Buchenwald, Dachau, Bergen-Belsen... El descubrimiento de los campos de concentración nazis se hizo a medida que avanzaban las tropas aliadas en abril y mayo de 1945. Entre los primeros testigos del infierno había dos corresponsales de guerra: Meyer Levin, estadounidense, escritor y periodista, y Éric Schwab, fotógrafo francés de la agencia France Presse. Ambos judíos, se adentran mano a mano junto a los soldados americanos, cada uno guiado por una obsesión: el primero rastrea lo que queda de la comunidad judía en Europa; el segundo busca a su madre deportada. En cada campo descubren los rostros demacrados de los supervivientes, y montañas de cadáveres.

Annette Wieviorka, especialista en memoria del Holocausto mundialmente reconocida, parece deslizarse en la parte trasera del *jeep* y, siguiendo los pasos de estos dos periodistas, nos permite, de alguna manera, vivir en directo un acontecimiento que aún hoy no ha terminado de sacudirnos.

Liberar a los deportados no era, en realidad, un objetivo de guerra: nada o casi nada se había previsto para ellos. Este libro muestra la perplejidad ante la amplitud de los crímenes, la incomprensión, la lenta toma de conciencia de los primeros testigos y el desafío mediático que supuso semejante descubrimiento.

La crítica ha dicho...

«Annette Wieviorka ofrece un relato original, entre la *road-movie* y el ensayo divulgativo. Es excelente a la hora de mostrar el contraste entre lo que vieron los “liberadores”, para quienes los campos nunca fueron un objetivo de la guerra, y lo que sabemos hoy.»

Nicolas Weill, *Le Monde*

«1945. Cómo el mundo descubrió el horror combina con brío y concisión las imágenes del momento con el análisis del sistema concentracionario y la confrontación de las memorias de ayer y de hoy.»

Emmanuel Hecht, *L'Express*



«Wieviorka retoma el tema del descubrimiento de los campos adoptando un enfoque original. La enorme dignidad de los dos periodistas, a quienes Annette Wieviorka, gran especialista en la *shoah*, rinde un concienzudo homenaje, consiste precisamente en haber captado de inmediato que algo inaudito había ocurrido, y que el hombre no podría volver a mirarse a sí mismo como si nada hubiera pasado.»

Laurent Lemire, *Livres Hebdo*

«Un libro diferente en muchos aspectos. Sobre todo porque se apoya en la mirada de dos corresponsales. Está escrito con su estilo habitual, muy preciso, natural, sensible.»

Nathalie Lévisalle, *Libération*

«Un libro sobre el momento en que terminó la pesadilla y comenzó el insomnio.»

Jean-Marc Bastière, *Le Figaro*

SOBRE LA AUTORA

Annette Wieviorka (1948) es directora de investigación emérita en el Centre National de la Recherche Scientifique. Es una especialista de prestigio mundial en la memoria del Holocausto. Su libro *Auschwitz explicado a mi hija* (Debolsillo, 2001) es un *best-seller* internacional.

Título original: *1945. La découverte*

© Éditions du Seuil, 2015

© 2016, Núria Petit, por la traducción

© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-306-1824-8

© Éric Schwab, AFP, por la imagen de cubierta

© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, por el diseño de cubierta

Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

ÍNDICE

[1945. Cómo el mundo descubrió el horror](#)
[El corazón maléfico](#)
[Buscando](#)
[En el frente](#)
[Ohrdruf](#)
[Buchenwald I](#)
[Buchenwald II](#)
[Hacia Dachau](#)
[«Hemos liberado el *Who's Who*»](#)
[Terezin](#)
[El después](#)
[Cronología de la liberación de los campos](#)
[A modo de agradecimiento](#)
[Notas](#)
[Fuentes](#)
[Bibliografía](#)
[Fotografías](#)
[Sobre este libro](#)
[Sobre la autora](#)
[Créditos](#)